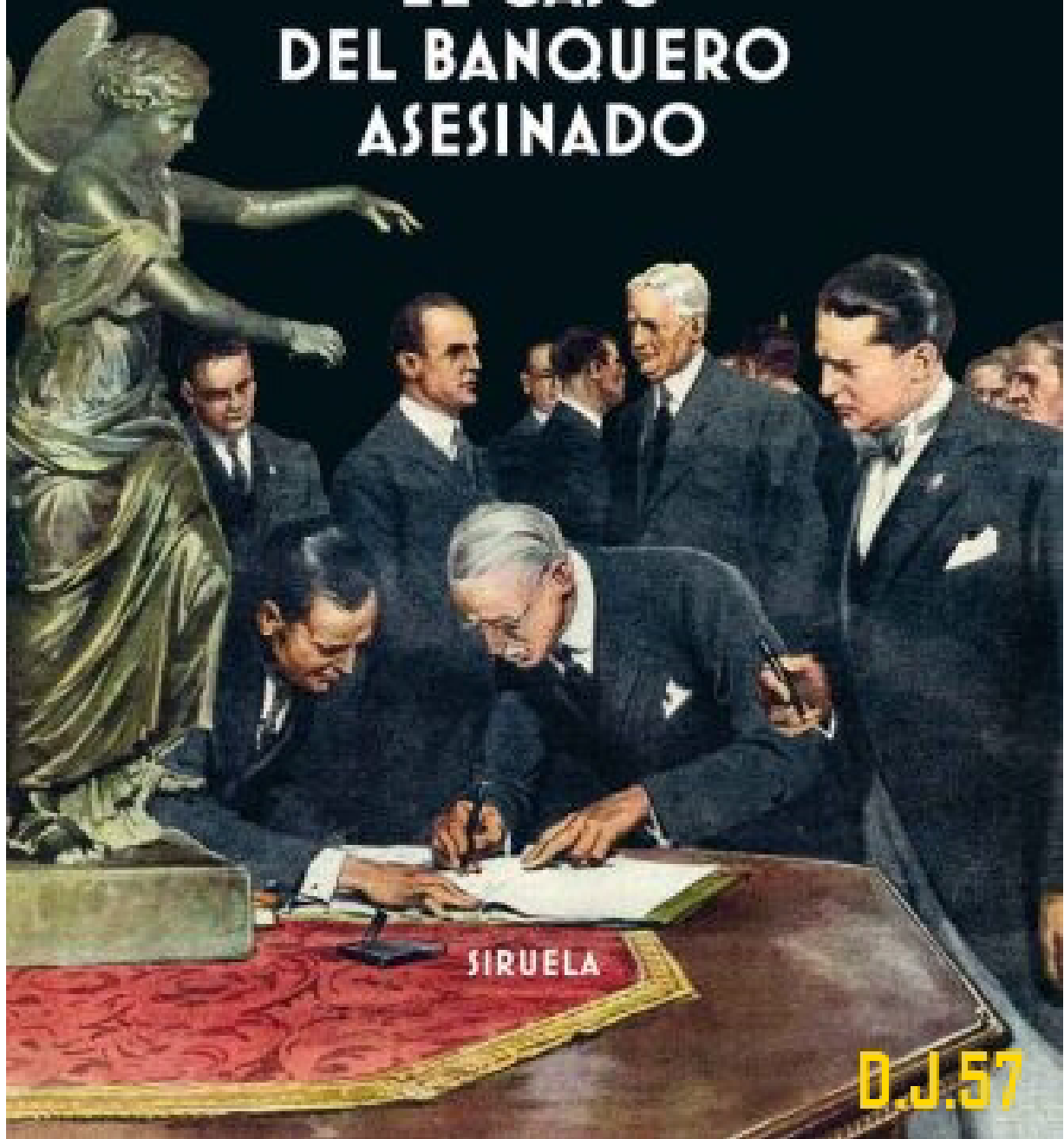


AUGUSTO DE ANGELIS

EL CASO DEL BANQUERO ASESINADO



EL CASO DEL BANQUERO ASESINADO

AUGUSTO DE ANGELIS

Augusto de Angelis

EL CASO DEL BANQUERO
ASESINADO

Traducción del italiano de
Alfonso Zuriaga

 Siruela

Libros del Tiempo / Biblioteca de Clásicos Policiacos

Edición en formato digital: enero de 2019

Título original: *Il banchiere assassinato*

En cubierta: ilustración de Mary Evans Picture Library

Diseño gráfico: Ediciones Siruela

© De la traducción, Alfonso Zuriaga

© Ediciones Siruela, S. A., 2019

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ediciones Siruela, S. A.
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
www.siruela.com

ISBN: 978-84-17860-88-2

Conversión a formato digital: María Belloso

CAPÍTULO 1

NIEBLA

Piazza San Fedele era un bituminoso lago de niebla en cuyo interior las farolas de arco abrían halos teñidos de rojo. El último automóvil se alejaba de la acera frente al teatro Manzoni muy despacio, mientras hacía sonar el zumbido metálico del claxon. El teatro cerraba sus grandes puertas negras.

Sombras fantasmales atravesaban la plaza. Dos de ellas se cruzaron al comienzo de la Via Agnello, y una notó que la otra era la de un señor en traje de gala, con abrigo de piel y chistera. El señor, en cambio, no vio más que una sombra negra. Por lo demás, ni siquiera estaba mirando. Caminaba. Desde la plaza avanzó despacio por la Via Agnello a través de la niebla. Siguió su camino.

El hombre, como si hubiera reconocido a aquel con quien se había topado, dio la vuelta para seguirlo; pero un instante después se detuvo, indeciso, sacó el reloj y, acercándose a los ojos, vio que pasaban algunos minutos de las doce de la noche. Se encogió de hombros y volvió sobre sus pasos, dirigiéndose rápido hacia el gran portal de la comisaría, por el que entró.

—¿Qué hay, señor?

—¡Ah!... ¿Qué quieres?

—¿Alguna novedad?

—¿Has preguntado a Masetti?

—¿Por qué? ¿La brigada sigue trabajando a estas horas?

—Masetti tiene que estar ya de vuelta... Lo envié a Porta Ticinese. Ve a

enterarte de qué ha pasado.

—Hurtos de poca monta, De Vincenzi... Habrá encontrado las tres pulseras donde el perista. —La redonda cara de De Blasi, apoplética, se burlaba con sarcasmo—. Esa es su especialidad. Encontrar pulseras en manos de peristas.

—¿Y cuál es la tuya, De Blasi? ¿La abstinencia?

—La verdad, no me jacto de beber siempre agua con limón, como tú...

De Vincenzi, sonriendo, se encogió de hombros. Ese periodista, redondo y rojo como una señal de prohibido, le caía bien. Pese a su mofletuda cara de borracho, era avisado y sagaz. Sin duda, el mejor de todo el Sindicato de Periodistas; engañarlo no era nada fácil.

—Todos tenemos nuestras debilidades, De Blasi...

—La mía no es una debilidad; es una fortaleza. Escucha...

Entró en el despacho y cerró la puerta tras de sí.

De Vincenzi se levantó de golpe, escondiendo debajo de una pila de expedientes el libro que estaba leyendo.

—¡Suficiente! Si te sientas, no te vas a marchar hasta mañana, y tus teorías sobre las propiedades moleculares del vino ya las conozco bien.

De Blasi, impertérrito, miró hacia la estufa e hizo una mueca.

—¿No van a cambiar nunca las estufas de aquí dentro? Esa de ahí apesta. Yo no podría aguantar esto... Han pintado las paredes del patio, han cambiado el mobiliario del comisario jefe... ¿Has visto los sofás rojos? Un poco duros, pero de momento están impecables. Y, por el contrario, a vosotros no os cambian ni las estufas ni el papel descolorido de las paredes, ¿eh? ¿Hoy te toca turno de noche?

—Escucha, De Blasi... —Y el inspector, avanzando alrededor de la mesa, se acercó al periodista—. Eres muy simpático, pero ahora quiero estar solo una hora o dos... Vete a hablar con Masetti, o al Pilsen, o a la Galleria.

—¿Con esta niebla y a tres grados bajo cero? ¡Estás loco!

—En el Pilsen hace calor... Además, tú entras rápido en calor.

—¿Estabas leyendo?

De Vincenzi lo empujaba hacia la puerta mientras De Blasi, sin oponer mucha resistencia, señalaba la pila de expedientes sobre la mesa.

—¡Has enterrado tu vicio bajo los delitos y las faltas! ¿Cuántos ladrones

y peristas aplastan ahora a Pirandello?

—¡Vete! No es Pirandello.

—Sí, ya me voy. ¿Pero es cierto que estudias psicoanálisis? Me lo ha dicho Ramperti... Un día de estos me tienes que dejar a *Froind*... ¿Se dice así? ¿Quién es *Froind*?

—Un señor que justificaría todos tus pecados diciendo que los sueñas por la noche.

—¡Qué curioso! ¿Por qué te has hecho policía, De Vincenzi?

—Para disfrutar, un día de estos, del placer de arrestarte. El escándalo público por embriaguez está contemplado en el Código Penal...

—¡Hum! ¿Cuándo me has visto borracho? ¿Vienes al Pilsen más tarde? ¿O al Cassè a las cuatro?

—Sí, al Cassè... Adiós.

Cerró la puerta, metió un tronco de madera en la estufa y abrió el regulador de tiro. Humeaba mucho, la verdad. Miró alrededor. El despacho del turno de noche era sórdido. Sobre la mesa, llena de quemaduras de cigarrillos y cuyo contrachapado se había echado a perder aquí y allá, casi cubierta en su totalidad por folletos, formularios y carpetas, el teléfono nuevo y reluciente parecía un objeto de lujo puesto ahí por error. O quizá un instrumento quirúrgico.

Se volvió a sentar y desenterró el libro de debajo de la montaña de papeles.

No era Freud. Era Lawrence. *Le serpent à plumes*. Los sentidos...

Abrió el cajón y tocó otros dos libros: *Eros*, de Platón, y las epístolas paulinas.

Se recostó sobre la silla y miró al techo. ¿Por qué se había hecho, justo él, inspector de policía?

Se incorporó de un brinco y, mientras cerraba apresuradamente el cajón, gritó nervioso:

—¡Adelante! ¡Tú! ¿Qué haces aquí a estas horas?

Alto, delgado, muy elegante, con el traje bajo el abrigo de piel y la chistera sobre la cabeza, Giannetto Aurigi entró muy rápido, se quitó el sombrero y permaneció de pie frente a la mesa, mirando con fijeza a De

Vincenzi.

Sus ojos resplandecían, extrañamente brillantes, y su rostro estaba exangüe, contraído, enjuto.

Sonreía, y al hacerlo sus finos labios desaparecían, de forma que su boca parecía más bien una incisión.

Su palidez y sus mejillas enrojecidas impresionaron a De Vincenzi.

—¿Frío?

—¡Niebla! Desde Piazza della Scala no se ven las farolas de arco de la Galleria... Agujas en la cara y dedos entumecidos...

De Vincenzi lo miraba con curiosidad e interés.

—Dentro de la Scala, el sol de Egipto, los abanicos y la gloria de los faraones... Y, fuera, un vigilante dando vueltas...

Plegó el clac que sostenía entre las manos. Miró alrededor y fue a dejarlo sobre una especie de anaquel lleno de legajos.

Se quitó el abrigo y lo colgó en un clavo de la pared. A continuación, tomó asiento a la vez que se frotaba sus esbeltas manos ahusadas.

—¿Y tú has venido a San Fedele?!

—¿Eh? —Como se había abstraído, la pregunta lo sobresaltó—. Sí, y no es la primera vez... Sabía que estarías de guardia.

—Estoy de guardia todas las noches en un sitio o en otro, pero hacía tiempo que no te pasabas por aquí...

—Ya, pero no porque no piense en ti. Te tengo aprecio. De todos mis antiguos compañeros de clase, a ti era a quien más quería, aunque...

Se detuvo de pronto, como amedrentado, o porque su pensamiento se había ido por otros derroteros. Se rio y miró a su alrededor.

—Qué lugar tan triste.

—Es una comisaría como otra cualquiera. Pero estabas diciendo «aunque...». Aunque me haya hecho oficial de policía, ¿verdad?

—¡Qué vida más terrible! Pero, bueno, ¡debe de ser una vida de perros! Hay ladrones. ¡Eso también es natural!

—Ya...

De Vincenzi llevó mecánicamente la mano al libro que tenía delante. Una reacción inconsciente, de la que no se percató, le hizo añadir:

—Ladrones y asesinos...

—¿Qué tendrá eso que ver? —Y la voz de Aurigi sonó estridente, casi falsa.

—Lo decía sin más. Esta noche estás sensible. ¿Es por *Aida*?

El otro se rio:

—¿Crees que ha afectado a mis nervios? Puede ser.

Estiró sus largas piernas y apoyó la nuca sobre el respaldo de la silla. Tenía los ojos entornados.

De Vincenzi lo miraba. ¿Por qué había venido? ¿Y por qué a esa hora?

Habían sido compañeros de clase y amigos. Su relación era afable, pero no se tenían mucha confianza. Aunque, por otro lado, ¿dónde podía encontrarse esa confianza, ahora que todos los hombres estaban en manos de su propio destino, de sus pasiones, de sus necesidades y de todos los vicios del cuerpo humano?

Cada uno de nosotros guarda un secreto, pero solo los más afortunados tienen uno que pueda confesarse.

¿Cuál era el secreto de Aurigi, quien, hacia las dos de la madrugada, había sentido la necesidad de venir a visitarlo y se estaba quedando dormido en la silla, como quebrantado por el cansancio, o por sus desvelos, o por una modorra enfermiza?

Sonó el teléfono sobre la mesa y el somnoliento pegó un brinco.

—¿Qué ocurre?

De Vincenzi sonrió.

—¡Nada! El teléfono...

Levantó el auricular y contestó:

—Dígame...

Pronunció algún monosílabo y colgó el receptor. Miró a Aurigi:

—Podías haber seguido durmiendo...

—¡Discúlpame! La música de Verdi...

Evidentemente, estaba intentando disimular. Hizo un gesto con la mano:

—Ese teléfono debe de ser tu martirio, toda una pesadilla para ti.

De Vincenzi posó su mano sobre el aparato negro y resplandeciente, y lo tocó casi amorosamente.

—¡Mi querido, tiránico teléfono! Es él quien, por la noche, durante mis largas horas en vela, me une a la ciudad (exagero), digamos que al mundo, a

mi mundo de inspector, de jefe de la Brigada Móvil. A través de él me llegan las voces de alarma, las primeras llamadas desesperadas.

Dibujó una sonrisa indulgente en su rostro, como apiadándose de sí mismo, y siguió:

—Generalmente, los que llaman son porteros que se despiertan por el ruido de las ganzúas o por el sonido punzante de una descarga de revólver o sencillamente a causa del alboroto de una pandilla de gamberros nocturnos. ¡Míralo! Para ti es achaparrado, negro, inexpresivo; nada más que una caja con un ridículo auricular y un cable verde. Para mí, en cambio, tiene mil voces, mil rostros, mil expresiones. Cuando suena, ya sé de antemano si es una llamada rutinaria o si anuncia un nuevo drama, una tragedia de amor y de delincuencia...

Aurigi exclamó con burla:

—¡Un misterio que desentrañar!

—Ríete si quieres. Tienes razón. Es muy raro que se trate de un misterio. ¡Me encantaría! Pero ya no ando buscándolos, ni me los espero en el sentido que te imaginas (una intriga policiaca, un enigma, un culpable que encontrar y que detener...). ¡No, no! La vida es más sencilla y mucho más compleja al mismo tiempo. Sin embargo, hay un misterio trágico, profundo, que me apasiona: el misterio del alma humana.

—¡Qué poeta!

Aurigi vio ante sí a su antiguo compañero de clase. También en el colegio hablaba de esta guisa, declamando para sí mismo, como poseído.

—Lo que yo me pregunto es...

—¿Por qué me he hecho policía? Eres la segunda persona que se lo pregunta esta noche. Justo por eso me he hecho policía: porque quizá soy un poeta, como tú dices. Percibo la poesía de esta profesión..., la poesía de este despacho gris y polvoriento, de esta mesa corroída, de esta pobre y vieja estufa cuyas juntas tienen que sufrir para que yo me mantenga caliente. ¡Y la poesía del teléfono! La poesía de las largas noches de espera en las que la niebla de la plaza llega hasta el patio de este antiguo convento, que es hoy una comisaría donde moran réprobos en lugar de santos; de las noches en las que no sucede nada, pero sucede de todo, porque en la gran ciudad dormida, en este mismo instante en el que estamos hablando, los dramas son infinitos, pese a no ser sangrientos. Mejor dicho, los más terribles son justo aquellos

que no acaban con un disparo o una cuchillada...

Se detuvo como si una idea inesperada lo hubiera hecho reflexionar.

—Ya... ¡Poeta! Tú, por ejemplo, Giannetto...

El estremecimiento de Aurigi fue repentino, evidente.

—¿Yo? ¿Qué dices? ¿Qué drama voy a estar yo viviendo?

—¡Claro que no! ¿Quién ha dicho nada de tus dramas? Decía que tú, Giannetto, ¡eres un poeta como yo! ¿No es tal vez el amor por la poesía lo que te ha hecho pensar esta noche en tu compañero de clase, lo que te ha conducido hasta aquí? ¿Por qué habrías venido, si no?

—He venido muchas otras veces, pero nunca te has asombrado por ello.

—Ya..., pero esta noche es diferente.

—¿Estás investigando?

De Vincenzi tuvo una repentina intuición.

—¡Tú me necesitas esta noche, Giannetto!

—¡Claro! Tú puedes ayudarme a que me aclare con esto. En la Scala me entró una extraña flojera. Me quedé dormido en el palco, vencido por un agotamiento dulce y enfermizo. Después...

—¿Estabas solo?

—¿En el palco? No. Es el palco de los Marchionni. Estaban Maria Giovanna y su madre. Más tarde llegó Marchionni. Me dormí... Qué vergüenza... Mi suegro... mi futuro suegro me hizo salir al vestíbulo para reprenderme. Llevaba unos cuantos días buscando una excusa para hacerlo. Dice que me doy al juego, que paso las noches en el club, que estoy siempre de juerga y que por eso me quedo dormido cuando veo a mi prometida. Me acusa de fuertes pérdidas económicas de las que al parecer soy responsable; y, también, de haber cerrado el mes en bolsa con un balance negativo increíble...

—¿Es eso cierto?

—¿Que juego? No.

—¿Y lo de la bolsa?

Aurigi vaciló un instante, miró a los ojos a De Vincenzi y se encogió de hombros.

—¡Oh! La industria textil se ha desplomado...

—¿Tenías muchas acciones?

—Bastantes. ¡Pero esta era, si acaso, una razón para permanecer despierto! No, no. Es otra cosa. Te lo he dicho: me siento agotado. Salí del teatro antes del final del tercer acto. Necesitaba caminar. La niebla... el frío... la ciudad casi desierta... Atravesé la Galleria, volví sobre mis pasos y decidí venir aquí para verte... ¿Te aburro?

—Me preocupas.

—Bromeas, ¿verdad? No pienses que tengo algo insólito o grave que revelarte. ¡Sería ridículo!

De Vincenzi sonreía y hacía muchas preguntas con curiosidad y aire de niño bueno.

—¿A qué hora terminó el tercer acto de *Aida*?

—¡No lo sé! Hacia las once..., once y media..., quizá más tarde.

—¿Y tenías frío?

—¿Yo? ¿Por qué?

—Has llegado aquí a la una y media... Calcula.

Aurigi se encogió de hombros.

De repente, De Vincenzi se levantó y se dirigió hacia el calendario colgado de la pared. Puso un dedo sobre el número rojo y miró a Giannetto.

—Mañana es 28...

Una mirada de terror inundó los ojos de Aurigi. Se quedó sin fuerzas; no podía mantener el tipo. De pronto pareció vulnerable. Murmuró agitado:

—¡Ah! ¡Esto es el fin!

De Vincenzi se acercó a él.

—¿Estás hasta el cuello, entonces? ¿No?

Una sonrisa siniestra contrajo la boca de Giannetto.

—¿Estás de broma, De Vincenzi? ¿Qué querías decir? Que estamos a fin de mes, simplemente... Pues lo mismo he dicho yo.

—Ya. Ahora se cierra la contabilidad del mes. ¿Qué tal va ahora la industria textil?

—¡Se está recuperando!

—¿Y tú?

—¿Y yo? Ahora estoy en la industria del acero.

—Que se está hundiendo.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo veo escrito en tu cara.

—Sí, se está hundiendo. Es inexplicable, pero es así. Estoy pasando por un momento espantoso, De Vincenzi. ¿Has dicho «hasta el cuello»? Más, mucho más...

Se levantó y dio algunos pasos por la estrecha habitación. Se movía como un autómeta.

De Vincenzi lo miraba mientras trataba de comprender qué era mayor, si la aprensión que sentía por la suerte de su amigo, o el deseo frío y despiadado de llegar hasta el fondo de su cerebro y descubrir su secreto escondido.

—¡Ánimo! Eres un buen jugador; ya lo eras en el colegio. Resistirás, lograrás recuperarte.

En ese momento, Aurigi comenzó a hablar muy deprisa, como para liberarse de una carga interior.

—¡No! ¡No lo soporto más! Esta vez no puedo con ello. Ya fue grave el mes pasado. Tuve que usar todos mis recursos. Si te dijera la cifra exacta, no me creerías. Este mes tenía que recuperarme y me lo jugué todo. Vendí los títulos del textil y compré los del acero... Todos los que pude... ¡Como un lunático o como un clarividente, que al fin y al cabo viene a ser lo mismo! ¡Tú no puedes entenderme!

—Te entiendo. Sigue.

Aurigi se puso rígido.

—¿Por qué? ¿Por qué me haces hablar?

—¿No has venido aquí para eso?

—¿Para contarte mi ruina? ¡Estás loco! ¿Por qué habría de hacer eso? ¿Tienes medio millón para darme?... ¿Tú? ¡Ja, ja!

Se reía. Estaba claro que no podía reprimir su risa ante esa idea.

—¿Puedes darme medio millón? —repitió.

—No, evidentemente no puedo darte esa cantidad. Pero el conde Marchionni...

Giannetto se detuvo y miró a De Vincenzi con los ojos abiertos de par en par, como si no entendiera nada.

—¿Marchionni?

—Claro... ¿No va a ser tu suegro? ¿Cuándo te casas? Marchionni es muy rico, ¿no?

Aurigi se encogió de hombros con cierta violencia y volvió a pasearse por la habitación.

De pronto, se detuvo.

—De Vincenzi, me has hecho hablar, aunque yo no tenía intención de hacerlo. He venido aquí para dejar de pensar. ¿Dos horas, dices? Puede ser. Pero si me preguntas dónde estuve durante esas dos horas, entre la niebla, no te sabría decir. Paseé. En un momento dado pasé por la Galleria... y vine a visitarte.

De Vincenzi soltó con sarcasmo:

—¡A comisaría!

—Claro. Pero para verte a ti, no por ir a comisaría. Para distraerme. Podías haber tenido entre manos un buen caso que contarme. Y un buen caso, amigo mío, me habría permitido dejar de pensar en mi propia ruina.

De Vincenzi apenas tuvo tiempo para pensar que el tono y el aspecto de Aurigi resultaban espantosos y siniestros, porque el teléfono negro que estaba sobre la mesa sonó tres veces, rabioso e hiriente, como tres gritos desesperados.

CAPÍTULO 2

MONFORTE... CUAREN...

—¡Diga!

De Vincenzi se sentó junto a la mesa y levantó el auricular del teléfono. Aurigi estaba de espaldas a él y miraba fijamente el calendario.

—Sí, Brigada Móvil... Soy yo... Hola, Maccari... Dime... No, espera... Cogió un lápiz y tomó una libreta del otro lado de la mesa.

—Dime ahora, que tomo nota... Bien... Monforte... cuaren...

Su voz se interrumpió y De Vincenzi continuó escribiendo en silencio. Había reprimido con dificultad un escalofrío y su mirada se había posado rápida y aterrorizada en Giannetto, quien seguía dándole la espalda. Después, inclinó la cabeza hacia el papel. Por un momento, sintió que se formaba un gran vacío en su cerebro, pero logró dominar su aturdimiento muy rápido y, cuando volvió a hablar por el receptor, su voz sonó calmada y estable.

—De acuerdo..., he entendido perfectamente el número... y también el nombre... ¿Ha muerto? Comprendo... Espérame, claro... Llego enseguida... Llevaré conmigo a los agentes que haya disponibles; pero prepárate para dejarme a alguno de los tuyos... Adiós.

Colgó el auricular muy despacio. Su mirada era dura, y su mandíbula estaba contraída.

—¿Qué ocurre? —preguntó Giannetto, mientras se daba la vuelta. Vio el rostro de su amigo y volvió a preguntar casi con miedo—: ¿Qué ha pasado?

—Nada... Un asunto rutinario. Esperabas un buen crimen, ¿eh? —Apretó el botón del timbre y volvió a mirar fijamente a Aurigi—: ¿Por qué querías que tuviera entre manos un buen crimen justo esta noche?

—¿Yo? Pero ¿qué te ocurre, De Vincenzi?

—¿Estás seguro de haber paseado durante esas dos horas?

—Sí, ya te lo he dicho. ¿Qué tiene que ver eso ahora?

El sargento Cruni, bajo y corpulento, con un torso cuadrado y musculoso sobre dos piernas demasiado cortas, apareció en el umbral de la puerta.

—¿Me ha llamado, señor?

—Sí, a ti y a otros tres agentes. Un taxi. Rápido.

Cruni se inclinó hacia delante en una especie de reverencia, que sirvió como confirmación y despedida al mismo tiempo, y se puso en movimiento. El inspector le gritó desde atrás:

—¡Mándame a Paoli!

A continuación, cogió de prisa el gabán y se lo puso.

—¿Te vas? —preguntó Aurigi—. Voy contigo.

—No. No puedes. Espérame aquí.

—¿Por qué quieres que te espere aquí? Son casi las tres. Me voy a casa.

De Vincenzi, pese a estar algo más sereno tras haber decidido no ver en el amigo de su infancia nada más que un «caso» que solo incumbiera a su razón y a su deber, se estremeció visiblemente. Casi de forma instintiva repitió:

—¿A casa? ¿A tu casa?

Aurigi lo miró sorprendido.

—Pues claro, ¿adónde quieres que vaya? ¿Qué te pasa, Carlo? ¿Te estás volviendo loco?

—¿Te lo parece?

Estuvo a punto de quedarse e interrogarlo. Podría haber sido una buena manera de proceder. Pero de inmediato renunció a esa idea y con voz fría dijo:

—No, no te vayas. Espérame aquí, por favor. Cuando vuelva, tendré algo que contarte.

El otro se encogió de hombros.

—Como quieras. De hecho, ¿por qué habría de irme a casa?

Sonreía. Se sentó.

El agente Paoli apareció en la puerta.

—Aquí estoy, señor.

De Vincenzi se puso el sombrero, saludó a Aurigi con la mano y se

acercó a la puerta. Paoli se apartó. El inspector le susurró una orden con brevedad y después desapareció.

El agente, sobresaltado, miró con fijeza y curiosidad profesional al hombre del frac, quien, sentado tranquilamente, tamborileaba con los dedos sobre la mesa del inspector.

—¿Me hace usted compañía?

—Si no molesto...

El tono del policía no era ni irónico ni rudo; más bien, obsequioso.

—¿A mí? Siéntese.

Y atrajo hacia sí la caja abierta de cigarrillos que estaba sobre la mesa.

—Por fin llegan, a Dios gracias. Por esta noche hemos terminado...

Había sonado el timbre. El agente se había levantado del sillón y se dirigía lentamente hacia la puerta de entrada.

El salón estaba muy iluminado; demasiada luz, una luz de acto oficial, o de quirófano. Las tres puertas estaban abiertas de par en par. La de la izquierda daba a una sala de estar más pequeña; la de la derecha, al comedor; y la del fondo, al recibidor.

El otro agente se encogió de hombros:

—¡Como si no se estuviera mejor aquí que en comisaría!

Por la puerta de la sala de estar había aparecido el inspector Maccari, regordete, redondo y afable, con las manos en los bolsillos. Su rostro contraído revelaba en él un sentimiento de horror, de piedad, de inquieta concentración, que chocaba con su aire sencillez de hombre de bien. Estaba quieto en el umbral, y miraba en dirección a su agente, aunque sin verlo. Hablaba para sí mismo, mascullando entre dientes.

—¡Vaya! Un crimen terrible... Bien por el que logre entender algo de todo esto... ¿Por qué este desgraciado ha venido justo aquí para que lo asesinaran?

Se dio cuenta de que el agente estaba sentado frente a él y lo miraba sorprendido. Parpadeó como si se estuviera despertando.

—¿Lo ha registrado ya todo?

—Una primera ojeada, señor.

El agente se había levantado y, cuando se aproximó al inspector, le dijo

afligido:

—Pero ahora...

—Pero ahora nos lo quitan, ¿eh?

—Sí... Señor, usted ha llamado al inspector De Vincenzi, ¿no? De la Brigada Móvil... La sede central tomará el mando de la investigación... Es un crimen serio. A nosotros nos dejan los robos y los atracos...

La reacción del inspector fue sincera, casi violenta.

—¡Esta vez dé gracias a Dios por que así sea!

—¡Oh!... Por mí... Pero ¿de verdad le parece tan oscuro este crimen? El nombre en la puerta..., el nombre en los bolsillos del cadáver..., la puerta abierta de par en par y sin indicios de haber sido forzada..., las luces encendidas...

Maccari lo interrumpió con afabilidad.

—¡Apagadas, muchacho!

—No, señor..., encendidas... Las encontramos tal y como están ahora... El apartamento estaba iluminado como si fuera de día.

—Cierto. Y estaba oscuro... ¡Oscuro! Las luces estaban encendidas, pero había oscuridad, muchacho... Y algo turbio, espeluznante en esa oscuridad, créame. Esto no acaba aquí. Ya le digo yo que esta historia apenas acaba de comenzar.

Por la puerta del fondo había aparecido De Vincenzi. Tras él se veían los rostros curiosamente alargados de los dos agentes que lo seguían.

—Buenas noches, Maccari.

—Hola. Disculpa que te haya molestado, pero no me quedaba otra.

De Vincenzi miró a su alrededor. De inmediato se fijó en la lámpara de araña, que desprendía mucha luz, y parpadeó ante esa claridad excesiva para alguien que acababa de llegar de entre la niebla de la calle.

—¡Faltaría más! Y, además..., no sabes lo bien que has hecho en llamarme. Ahora te contaré...

Miró de nuevo a su alrededor.

—¿Estaba todo así? —preguntó De Vincenzi.

—Todo —respondió el otro inspector.

En su voz se percibía un tono como de condescendencia. Maccari sabía qué se habría puesto a buscar ahora su compañero más joven: los rastros, los

indicios, las huellas, la ceniza de los cigarrillos, el olor de la habitación... Y, con todo, no le entraban ganas de reír.

Pero quiso dejar las cosas claras:

—Por lo demás, llegué aquí hace solo un cuarto de hora. He echado una ojeada, me he dado cuenta de que algo no cuadraba y te he llamado de inmediato... Tú eres joven; debes forjarte una carrera... ¿Y yo? —Sonrió con amargura—. ¿A estas alturas?... Además, no soporto ver muertos. He visto más de uno en mi vida... Bastantes, si no me equivoco; sin duda, demasiados para mis nervios. ¿Qué quieres? Detesto al hombre vivo; si fuera un sanguinario, lo mataría yo mismo. Pero el hombre..., el cadáver me provoca piedad y me aterroriza.

Se estremeció y volvió a mirar a su alrededor para cambiar el curso de sus pensamientos.

—Sí, todo está como cuando hemos entrado. El teléfono está en el recibidor; lo habrás visto... Llamé al servicio de salud para que viniera un médico. Había solo uno, que tuvo que avisar a un compañero que estaba en casa. Antes o después llegará... Como ya está muerto, puede esperar. ¿Quieres verlo?

De Vincenzi no se había quitado el sombrero debido a una costumbre ligada a su profesión: en ese momento, él no estaba en una casa privada, sino en el escenario del crimen. Permanecía en medio de la habitación, con las manos en los bolsillos del gabán. Sí, tarde o temprano tendría que ver el cadáver, pero antes quería contarle algo a su compañero.

No titubeó, pese a que un ligero estremecimiento le agudizara un poco la voz.

—¿Sabes, Maccari? Este es el apartamento de Giannetto Aurigi, y Aurigi, por una de esas coincidencias que no me sorprenden (convencido como estoy de que solo el azar nos gobierna), es un viejo amigo mío, compañero del colegio, y justo esta noche... —Dejó de hablar. ¿Por qué contarle todo?—. No importa. Lo que, en cambio, sí es importante, precisamente porque Aurigi es mi amigo, es que yo mantenga la calma y comience desde el principio sin cometer errores. Siento que, si se me escapa algo, no podré volver sobre mis pasos. Es mejor ir despacio, con cautela. —Se quitó el sombrero, porque ahora tenía calor. Lo dejó sobre la mesa y se sentó—. Cuéntame.

Maccari había escuchado todo y lo miraba fijamente. Lo escudriñaba

como hacen las personas gruesas y afables, con los ojos entornados. Incluso parecía que le estuviera guiñando un ojo, aunque no le sonriera. Cuando comenzó a hablar, sus palabras estaban cargadas de ironía.

—Sí, ya lo sé, esto también es un método... Ahora los jóvenes seguís un método. Pero espera. Yo también me he puesto a estudiar..., un poco tarde; pero no creas que lo he hecho para aprender, sino para darme cuenta de todos los errores que he cometido o que he evitado cometer, pese a mi ignorancia, durante los últimos treinta años...

—¡Los cadáveres te acibaran, Maccari!

—¡No! Espera... Quería citarte una regla de tu método. Es esta. —Y la enunció como si estuviera recitando unos versos aprendidos de memoria—: «El valor de un hecho no reside en su singularidad, sino más bien en su vulgaridad, y, antes de pretender desvelar lo invisible a nuestros ojos, conviene ejercitarse en el entendimiento de aquello que resulta demasiado evidente y, justo por ese motivo, no llama la atención...».

Había recitado prestando atención a lo que decía la frase, y dirigía ahora la ironía hacia sí mismo:

—Es buena, ¿eh?

—Ojalá se pudiera proceder siempre como tú dices... ¿Y entonces?

—Hace menos de una hora recibí una llamada: «Vaya a la Via Monforte, cuarenta y cinco, deprisa... Se ha cometido un asesinato». «¿Quién llama? ¿Hola? ¿Hola?». Pero la comunicación se había interrumpido. Con las conexiones telefónicas automáticas ya sabes que es imposible conocer la identidad de quien llama. Me quedé dubitativo. Al principio, confieso que creí que se trataba de una broma; después, me dije: «Si me doy un paseo y no encuentro nada, el daño causado será menor que si decido no ir y hay de verdad un cadáver...». Cuando llegué aquí, la puerta principal estaba entornada; la luz de la escalera estaba encendida, como ocurre generalmente por las noches en las casas señoriales; todo desértico... Pero la puerta estaba entornada, ¿comprendes? Desde ese momento me dije que no podía tratarse de una broma. La portería estaba atrancada...; los porteros, dormidos. Subí y, justo después del primer descansillo, Fanti me dijo: «¿Hueles eso?».

»En efecto, olía como a gas, pero no era gas...; era pólvora, cordita. Sin embargo, no habían disparado en las escaleras; de lo contrario me habría encontrado a todos despiertos... En el segundo piso, una puerta cerrada y la

otra abierta (esta de aquí). El recibidor estaba iluminado. En la puerta, un nombre: “Giannetto Aurigi”. Entré. En el recibidor, nada, pero todas las luces encendidas. Nos giramos y vimos una puerta cerrada: la habitación del criado, evidentemente. Vacía. El chaleco a rayas azules del sirviente, los pantalones y la chaqueta estaban tirados sobre la cama. Allá, también junto al recibidor, la cocina: vacía. Allí, el comedor, sin luz, el único espacio oscuro, y vacío. Aquí, nadie. Allí, otra sala de estar y, tendido en el suelo, a los pies del sofá, un hombre muerto.

Había hablado deprisa, alterado, y se detuvo para recobrar el aliento. De Vincenzi lo escuchaba e intentaba centrarse en sus palabras sin pensar en el tumulto de sensaciones y sentimientos que lo agitaban.

Maccari continuó:

—Un hombre muerto... un orificio de bala en la sien... un hilo de sangre en el rostro. El hombre llevaba un frac. Lo registré...

Buscó en sus bolsillos. Sacó una pequeña cartera de tafilete verde. La palpó un instante y después se la tendió a su compañero.

—Aquí la tienes. Esta es su cartera. Pequeña, a medida del frac. Dentro hay quinientas liras y siete u ocho tarjetas de visita.

De Vincenzi cogió la cartera verde y la abrió. Sin prisa. Sin curiosidad. En él se había formado, imperceptiblemente, un extraño estado de ánimo: debía ver, quería ver, y sin embargo casi no podía, o, para ser exactos, demoraba sus movimientos, como si quisiera con ello demorar el efecto de los mismos.

—¡Mario Garlini!

Vio las tarjetas de visita, en primer lugar, y leyó el nombre. Se estremeció.

—Es un corredor de bolsa...

—Era, querrás decir. Ahora es un cadáver. Sí, en efecto, era un corredor de bolsa. Pero era algo más. Era el dueño del Banco Garlini. Hablamos de treinta o cuarenta millones de patrimonio.

Maccari se encogió de hombros y sacudió la cabeza. Treinta o cuarenta millones: ¡vaya cantidad! Él no los vería en toda su vida. Pero ese hombre tampoco podría verlos nunca más. En el fondo, ahora no había ninguna diferencia entre ellos. Él vivía sin todos esos millones, y por tanto no vivía. El otro individuo estaba muerto y los millones ya no eran suyos. Maccari, que

se sentía triste esa noche, concluyó para sí mismo: los dos estamos muertos.

Pero en voz alta solo dijo:

—¡Bah! Ahora ya no le sirven de nada.

Solo por hablar, De Vincenzi hizo una pregunta, la más simple que podía formularse para comenzar con la investigación.

—¿Signos de violencia?

—Ninguno. Ni siquiera una silla volcada. Tuvo que recibir el disparo mientras estaba sentado. Su cuerpo se deslizó hasta el suelo.

—¿El arma?

—¡Nada! A menos que la hayan escondido en algún lugar de la casa, cosa que me parece poco probable, se la deben de haber llevado. Así se explicaría el olor a pólvora de las escaleras, y podría deducirse que quien disparó se dio a la fuga.

—¿Y después?

—¿Y después...? ¿Qué más quieres? Al instante me di cuenta de que el asunto era serio, y no solo por esos treinta o cuarenta millones del difunto. Hay algo que no cuadra en todo esto. No me preguntes qué, porque lo desconozco. Tengo esa impresión. Y es tan intensa que, justo después de haber llamado al doctor, te llamé a ti. ¡Arréglatelas como puedas! Ya que puedo elegir, no quiero ocuparme de este caso.

De Vincenzi se levantó. Refunfuñó, solo por seguir la lógica de Maccari:

—¡Bah! —Pero hizo un esfuerzo por liberarse del aturdimiento que sentía que se había apoderado de él, y continuó—: ¿No has mandado despertar a los porteros? ¿No has llamado a la puerta del apartamento de al lado?

—No. Pero habrás visto que la puerta principal está bajo vigilancia, y hay un agente apostado en este rellano.

—Lo he visto...

Hizo un movimiento brusco y se dirigió decidido hacia la puerta de la izquierda, aquella que daba a la sala de estar. Miró el cadáver y no le causó ninguna impresión. Solo se preguntó, casi con rencor hacia ese cadáver: «¿Por qué ha muerto?...». Era una pregunta sin respuesta, naturalmente. No obstante, en cierto modo sí había una respuesta, y De Vincenzi la formuló para sí mismo; se volvió hacia su compañero y dijo:

—Era joven, todavía...

—Treinta y cinco o treinta y seis años. Joven.

—¿Lo has registrado a fondo?

—No, no he querido moverlo. Estaba esperando a que el doctor llegara.

De Vincenzi volvió a mirar hacia el interior de la sala de estar. Era un espacio insulso: un sofá azul y dos sillones; una mesa, una consola, algún cuadro, ninguna fotografía. Al fondo, frente a ellos, otra puerta. No quiso atravesar la sala de inmediato.

—¿Y esa puerta? —preguntó.

—El dormitorio.

—¿Estaba iluminado?

—Sí.

—¿Y la cama?

—Estaba hecha: el embozo abierto y el pijama extendido, bien colocado. Está claro que no se acostó.

—¿Esa es la última habitación de la vivienda?

—No, hay otra puerta. Estaba cerrada. Me he asomado hace un momento: es el baño. Me ha parecido vacío.

El sargento Cruni y el agente Rossi se habían quedado junto a la puerta, en el recibidor, pero miraban y escuchaban. De Vincenzi, en ese instante, sintió sobre sí el peso de su mirada y dijo:

—¡Cruni!

El sargento, satisfecho, avanzó.

—Vaya a registrar el baño.

Cruni se precipitó hacia allí.

De Vincenzi se volvió hacia Maccari.

—Fuera, a causa de la niebla, las calles están mojadas. ¿Has encontrado huellas de pasos?

Maccari señaló hacia el suelo:

—¿No lo ves con tus propios ojos? ¡Nada! Vinieron en coche, se entiende...

Entre ellos dos se hizo el silencio.

Maccari, listo para marcharse, se abrochó el gabán. De Vincenzi se quitó el suyo. Hacía demasiado calor en aquel apartamento. Ni siquiera el cadáver de la habitación de al lado había logrado enfriarlo. El aire era pesado,

abrasador: los radiadores estaban demasiado calientes, y no desprendían vapor, sino que lo absorbían. Aridez, ¡esa era la sensación!, una aridez que De Vincenzi notaba en su propia boca. También en las articulaciones entre sus dedos. Quiso reaccionar, y habría continuado formulándole preguntas a Maccari de no haber oído el sonido del timbre y de una voz que, desde la entrada, dijo:

—Abran. Aquí está el doctor.

Maccari y De Vincenzi se sobresaltaron.

—¡Qué poco ha tardado! —observó Maccari.

Él habría preferido que el doctor se hubiera demorado un poco más. No quería ser interrumpido en medio de esa fase de la investigación.

El doctor apareció casi corriendo. Era joven, delgado, con la nariz aguileña y afilada como un pico, con gafas. Parecía uno de esos estudiantes que no comen todos los días. Tenía un sobre negro bajo el brazo. Este debía de ser uno de sus primeros encargos profesionales. Uno de sus primeros delitos. Un cadáver que estudiar. Era consciente de la importancia de la situación, y de sí mismo. Vio ante sí a los dos inspectores y se aproximó a ellos con la mano extendida.

—Buenas noches, señores... Doctor Sigismondi, del Servicio de Emergencias de la Via Agnello...

Los dos hombres se presentaron.

—Está ahí dentro... —dijo De Vincenzi, señalando hacia la puerta de la izquierda—. Está muerto. Le ruego, doctor, que señale la posición exacta del cuerpo... Deje que un agente le ayude. Usted, Rossi, siga sus instrucciones... Me gustaría pedirle también, doctor, que lo desnude, con cuidado de que ningún objeto se caiga de los bolsillos, y que me entregue la ropa. No obstante, examínelo bien antes. Fíjese en si hubo forcejeos y dígame cuánto tiempo ha transcurrido desde que lo asesinaron.

El doctor quiso ocultar su inexperiencia, y respondió con tono aleccionador:

—Aproximadamente, querrá usted decir. Nadie puede determinar con exactitud el tiempo transcurrido desde la defunción. Quizá podría determinarse, pero con los instrumentos adecuados y midiendo la temperatura del entorno... Y aquí no disponemos de nada de eso.

Mientras tanto, se había quitado el sombrero y el gabán y se disponía a

dirigirse hacia la puerta que le habían indicado, cuando de esa misma puerta salió el sargento Cruni. Su rostro mostraba satisfacción. Con un extraño tono de voz, como si quisiera hacerse escuchar por todos, dijo:

—¡Nada, señor! El baño está vacío.

Miró a su alrededor y se acercó a De Vincenzi, con muestras de que tenía algo que decirle.

—Habla —dijo el inspector.

El sargento habló en voz muy baja, casi reprimida:

—Vaya usted a mirar... El baño está en desorden. Podría decirse que hubo una pelea. Y he encontrado esto en el suelo...

De Vincenzi cogió el objeto que le tendió Cruni y lo observó con detenimiento. Era un frasco de perfume, tallado en oro, uno de esos bonitos objetos que las mujeres llevan en el bolso. Lo cogió con dos dedos y lo levantó para mirarlo a contraluz. Murmuró:

—Incoloro...

Lo olió y se volvió de inmediato:

—¡Doctor!

—Dígame...

—Mire esto... —Y le tendió el frasco.

El doctor lo observó, lo destapó y se lo aproximó a la nariz.

—Almendras amargas... ¿Dónde lo ha encontrado? ¡Qué extraño!

—¿Qué es extraño?

—Que haya encontrado este frasco fuera de su lugar natural.

—¿Y cuál sería, en su opinión, el... lugar natural de este frasco?

—Un hospital o una farmacia... No creo estar equivocándome al decirle que aquí dentro hay ácido prúsico.

El joven siguió mirando el frasco.

Maccari y De Vincenzi guardaban silencio. Ambos habían sentido un escalofrío que les recorrió la espalda.

Pero la víctima había sido asesinada por un disparo de revólver... ¿Para qué entonces el ácido prúsico?

CAPÍTULO 3

LAS PRIMERAS INVESTIGACIONES

Los tres se habían quedado mirando el frasco de oro que el doctor sostenía entre sus manos.

El primero en hablar fue el joven médico, que veía en el frasco otro instrumento mediante el cual resaltar su buena labor forense:

—En cualquier caso —dijo, metiéndoselo en el bolsillo—, mañana por la mañana les haré llegar un informe exacto sobre su contenido.

—Gracias.

Pero De Vincenzi necesitaba unos instantes para ordenar sus ideas, para concentrarse, para hacer balance de la situación; sobre todo en lo relativo a su propio estado de ánimo, porque sentía que ni su mente estaba despejada ni su espíritu estaba sereno. Tenía la impresión de que todos los hechos e, incluso, los objetos materiales que lo rodeaban se le escapaban, se desvanecían, y así, evanescentes, se ponían a bailar a lo loco formando un aquelarre de espectros.

—Y ahora, doctor, ¿sería tan amable de echar un vistazo allí al fondo?

Su voz era gélida. Hasta el doctor lo miró sorprendido, pero asintió con la cabeza y se apresuró a entrar en la sala de estar.

Cruni tiró de la manga del inspector.

—Vaya usted también, señor —le susurró en tono de súplica, debido al intenso deseo de que su superior viera lo que él mismo había visto, y sacara las conclusiones que él no había sido capaz de sacar.

De Vincenzi, tras vacilar un instante, se decidió, y ambos siguieron los pasos del doctor.

Maccari se quedó solo. Pensaba. Tal y como era costumbre en él, sus pensamientos salían de sus labios en forma de palabras; pero hablaba solo para sí mismo:

—¡Ya lo decía yo! Me da que esto es solo el principio. —Se sentía derrotado. Un gran cansancio se había apoderado de él. Se sentó—. Mañana le repetiré a mi mujer: «Cariño, todavía quedan tres años, tres largos años..., ¡hasta la jubilación!». ¡Ah, jubilarme! Y ella, en pantuflas por la casa, mascullará: «¡Pues vaya con tu pensión! Para lo que te van a dar...». —Pero sus ideas cambiaban por momentos y su pensamiento le remitía siempre al asesinato que le habría encantado borrar para siempre de su memoria—. Olor a pólvora... Una puerta entornada... Sin rastro de allanamiento de morada y... un cadáver... ¡La jubilación! Y los estudios del método... ¡El método! El retrato hablado... Los hechos relevantes... Y cantidad de gente que roba y asesina y no sabe que luego deben hacerse estas cosas... ¡Ojalá pudiera yo también desentenderme de todo ello!

Se sobresaltó con el regreso del sargento Cruni, que llegaba corriendo.

—El teléfono... ¿Dónde está el teléfono?

Maccari levantó la cabeza, lo miró y transcurrieron unos segundos antes de que pudiera responderle, porque no conseguía entender el significado de sus palabras:

—¡Ah! Sí... Ahí, sí... A la derecha, en el recibidor...

Cruni se precipitó hacia allí y descolgó el receptor. Un instante después hablaba ya con el inspector de guardia de la comisaría, a quien le dijo que el inspector De Vincenzi estaba en la Via Monforte, en casa del señor Aurigi, donde había un cadáver, el cadáver del banquero Garlini. Al otro lado de la línea, el inspector de noche escuchaba distraídamente mientras tomaba notas. Terminó por preguntarle:

—¿Y bien?

Con esa pregunta, daba a entender que no se explicaba por qué le estaba contando todo eso justo a él, si en el lugar de los hechos se encontraba su compañero De Vincenzi.

Pero Cruni aún no había terminado.

—De Vincenzi dice que en su despacho se halla en este momento Giannetto Aurigi. Él mismo lo dejó allí y ordenó al agente Paoli que no le permitiera marcharse... El inspector quiere que lo traigan aquí de

inmediato... Escuche, señor, el inspector dice que lo acompañen dos agentes... No, no..., sin esposas... De hecho, los agentes deben aparentar que no ha ocurrido nada raro, y no decir ni una palabra acerca del cadáver...

Desde la otra habitación, Maccari escuchó la conversación. Cuando Cruni volvió, le preguntó:

—¿Giannetto Aurigi está en comisaría?

—¡Así es! Ver para creer, ¿verdad, señor?

El inspector se giró hacia la puerta de la sala de estar por la que acababa de aparecer De Vincenzi, quien tenía dibujada en sus labios una sonrisa sarcástica, y exclamó para sí mismo:

—¡Quería un buen crimen!

Pero inmediatamente, casi para borrar el sonido de aquella frase, preguntó con brusquedad a Maccari:

—¿Habías reparado en lo misterioso de este caso?

—¿Yo? No, percibo algo peor: una tragedia.

—¿Por qué dices tragedia? —preguntó De Vincenzi, mirándolo fijamente.

—Ya lo verás...

También De Vincenzi, por lo demás, tenía esa impresión. Había en esa habitación, en ese apartamento, un aire plomizo, molesto, que flotaba como algo invisible, monstruoso, inhumano. Había algo más allá del misterio que encerraba ese cadáver, algo que no podía determinarse. Así lo sentía. No era solo el hecho de que Aurigi, con quien había estudiado en el colegio y que era poeta como él, estuviera involucrado... Todo, todo hasta ese momento le inquietaba profundamente.

—¿Y tú tenías a Aurigi en comisaría?

Esa pregunta devolvió a De Vincenzi a la realidad. Sonrió.

¡Qué coincidencia!

—¿Has dicho que es tu amigo?

De Vincenzi se quedó de nuevo absorto en sus pensamientos. Murmuró:

—¡Déjalo estar! Es terrible...

Como si quisiera liberarse de ese aturdimiento que lo invadía de una manera cada vez más intensa, se volvió de pronto hacia el sargento:

—¡Rápido! Despierte a los porteros y tráigalos aquí. ¿Ha llamado ya a

San Fedele?

—Sí, señor. Ahora mismo lo conducen hasta aquí. El señor Boggi, que le ha sustituido en el turno de noche, dice que él se encargará de llamar al comisario jefe.

El sargento, que salía de la estancia, no oyó los murmullos del inspector:

—¡El comisario jefe! ¡Bah! Ya hablaremos de eso mañana por la mañana.

Ahora necesitaba actuar, debía darse prisa. Se dirigió a la puerta y llamó al doctor, quien seguía inclinado sobre el cadáver que había tendido sobre el sofá. Se volvió, vio al inspector, echó otra ojeada al hombre y luego volvió al salón, frotándose las palmas de las manos como si estuviera secándoselas.

—Usted quiere saber cuánto tiempo lleva muerto, ¿cierto? —Se encogió de hombros y dijo deprisa—: Comienzan a manifestarse las primeras señales de rigidez... Habrán pasado unas dos horas... dos horas y media... Algo así.

—¿Y la ropa?

—Allí mismo... No la he examinado. Si me lo permite, me pongo a ello...

Y, sin esperar una respuesta, volvió a la sala de estar.

Mientras tanto, Maccari seguía mirando a su alrededor, pero no dejaba de abrocharse el gabán, como si quisiera con ese gesto acelerar su marcha, esfumarse de allí. De pronto vio que algo brillaba junto al sofá y se agachó para recogerlo. De Vincenzi lo observaba.

Maccari, en vez de enseñarle el objeto que había recogido y que sostenía entre los dedos, le preguntó:

—¿Has encontrado algo en la otra habitación?

De Vincenzi, con un movimiento mecánico, sacó a medias del bolsillo un trozo de papel, y volvió a meterlo muy rápido.

—Sí... Algo. Justo lo necesario para confundirme del todo... ¿Y tú?

—Yo... ¡Mira!

Y le tendió un pequeño objeto resplandeciente con el que jugaban sus dedos rollizos.

Era un pintalabios rojo; uno de esos tubitos exquisitos que las señoras llevan en el bolso.

De Vincenzi lo observó, pero no hizo ningún comentario. En ese momento apareció Cruni con los porteros.

Extraña pareja. Ella era joven, bastante guapa y de busto generoso. Era evidente que tenía miedo, pero también que una reprimida agitación turbaba su abundante pecho. Él era un hombrecillo macilento, tímido, invadido por un ilimitado terror.

La mujer se puso a hablar inmediatamente, sin pausa, a la vez que avanzaba hacia De Vincenzi, como si hubiera entendido que era a él a quien debía dirigirse.

—¿Qué ocurre? Un ladrón, ¿eh? Si han robado algo, os digo yo quién ha sido... Me lo esperaba... La culpa es suya, de este imbécil... ¡No tenía que haber alquilado la buhardilla! ¡Pero tiene buen corazón!

Señaló con la rígida mano a su marido, quien se puso a temblar y balbució:

—¡Rosa! ¡Rosetta! ¿Qué dices? Espera un poco antes de hablar... ¡Todavía no sabes nada!

En un inesperado despliegue de energía, el pobre hombre se volvió hacia los dos policías, que lo miraban atentamente.

—¿No es cierto, señores? ¡Todavía no sabemos nada! ¿Por qué nos habéis despertado? ¿Qué ha sucedido? ¡No sabemos nada de nada!

De Vincenzi recuperó la sangre fría. Volvía a ser el inspector de policía de siempre, e incluso su tono de voz había cambiado: era hasta un poco más vulgar, algo nada frecuente en él, siempre correcto y distinguido.

—Estaban durmiendo, ¿eh? La historia de siempre... Pero, ahora, cállense...

Se volvió hacia el hombre, con la intuición de que sería más fácil hacerle hablar a él; la mujer, en cambio, se lo habría puesto más difícil.

—Acérquese y respóndame...

El portero dio un paso hacia delante, pero la mujer lo retuvo con tanta fuerza que lo hizo tambalear.

—¡A mí! ¡Interrógueme a mí! ¿Qué va a saber él? Se pasa el día en el Ayuntamiento (trabaja allí). ¡Gana trescientas setenta y cinco liras al mes! ¡Ridículo! Es verdad que no sabe hacer nada. ¡Y por la noche cena y se mete en la cama! ¿Qué va a saber él?

—¿Y usted, por el contrario...?

—Yo me paso el día en la portería. ¡Los conozco a todos! Me quedo

despierta hasta medianoche. A las once cierro la puerta principal, pero, desde ese momento hasta que me meto en la cama, pasa un buen rato.

De Vincenzi se volvió hacia Maccari:

—¿Conoces a estos dos?

—No los he visto nunca... ¿Habéis estado alguna vez en comisaría?

La mujer protestó, indignada.

—¡Nunca! ¿Qué quiere decir usted?

El inspector se encogió de hombros:

—¿Yo? Nada.

De Vincenzi preguntó con la mirada a Cruni y a los otros dos agentes, pero también ellos negaron con la cabeza.

—¡Muy bien! —exclamó De Vincenzi—. Entonces, venga usted aquí, señorita, pero límitese a responder a mis preguntas, sin irse por las ramas. ¿Entendido?

—Siempre y cuando me pregunte cosas que yo sepa...

El inspector, antes de continuar, se dirigió al sargento:

—Cruni, vaya abajo. Cuando lleguen desde San Fedele con... ese señor..., no le permita pasar y condúzcalo directamente a la portería. Mandaré a alguien a por él más tarde.

Cruni desapareció una vez más por la puerta, y De Vincenzi se volvió de nuevo hacia la mujer, quien seguía todos sus movimientos con curiosidad y con una sonrisa casi irónica dibujada en los labios.

—Entonces..., ¿a qué hora cerró el portón esta noche?

—A las once. ¿A qué hora quería usted que lo cerrara?

—¿Permaneció en todo momento en la portería?

—¡Vaya pregunta! ¿Dónde quería usted que estuviera?

—Intente hacer memoria antes de responder... ¿Vio al señor Aurigi durante el día?

La mujer se encogió de hombros.

—Sí, claro... Salía... Entraba...

—Las horas; dígame las horas a las que lo vio. Piénselo bien.

El rostro de la portera resultaba indescifrable.

—¿Cómo recordarlo? ¡Durante el día pasa tanta gente! Habrá salido y entrado a las horas de siempre... Por la mañana, a las once (nunca sale antes).

Vuelve a la una. Sale de nuevo por la tarde... Espere... Hoy debe de haber salido hacia las cuatro menos cuarto. Lo sé porque me preguntó si había venido alguien preguntando por él, y justo en ese momento yo estaba planchando... Poco después dieron las cuatro. Lo sé porque dejé de planchar y miré el reloj. A las cuatro y media tenía que venir el administrador y quería que lo viera todo en orden... No estoy diciendo que no esté todo generalmente en orden, pero ya se sabe...

El inspector la interrumpió:

—¡Continúe!

La mujer se sobresaltó.

—¿Eh? ¿Qué quiere usted?

—¡Adelante! ¡Prosiga!

—¡Pero si me está interrumpiendo! Después... después... se lo puedo decir con seguridad... Lo recuerdo... El señor Aurigi volvió alrededor de las cinco... Iba acompañado...

—¿Por quién?

—Por un señor mayor, erguido, muy distinguido...

—¿Lo había visto antes?

—¡Nunca!

La respuesta fue categórica. La mujer era sincera, eso era indudable. Por lo demás, ¿por qué no iba a serlo? Ella todavía no había comprendido la situación.

—¿Y salieron?

—Aquel señor..., él solo, salió tarde. Nosotros estábamos cenando; mi marido ya estaba de vuelta... Hacia las siete y media, quizá algo más tarde...

—¿Y Aurigi?

—Salió a las nueve... Puede que antes, y vestido de gala. Iba a la Scala...

—¿Cómo lo sabe?

—¿Adónde iba a ir, si no? No es tiempo de carnavales; no hay bailes. Y, además, él siempre va a la Scala.

—¡Continúe!

—Continúe, continúe... No tengo nada más que decir. No lo he vuelto a ver.

—¿Se acostó a medianoche?

—Espere... Le diré...

La mujer se detuvo un segundo. Sin embargo, su turbación desapareció de inmediato.

—Mire. Esta noche me he acostado más temprano, justo después de cerrar el portón. No me sentía bien... La neuralgia... Soy propensa a las neuralgias...

—¡Bien!

—¿Cómo que bien? —gritó la portera.

De Vincenzi se encogió de hombros. La conversación con aquella mujer gárrula le había sido útil para ordenar casi todas sus ideas; no obstante, lo estaba irritando.

—¿Aurigi tiene un sirviente?

La pregunta llamó la atención de la mujer sobre un hecho en el que no había caído todavía. Miró a su alrededor, como si buscara una respuesta.

—Sí... ¿No está? ¿No lo encontraron en casa al llegar?

Los dos inspectores se miraron. Maccari se encogió de hombros. Podía ser un indicio: alguien que debía haber estado allí se había ausentado. En esa casa, en lugar de a un criado, habían hallado un cadáver. Sin embargo, ambos sintieron que esa no era la pista correcta. Habría sido demasiado simple: un crimen vulgar, un crimen de rufianes. Y no debía de ser así; había algo más, algo mucho peor.

—¡No! No estaba aquí. ¿Lo vio salir?

—¡No! Pero es extraño. Giacomo no sale nunca.

—¿Se llama Giacomo?

—Sí, Giacomo Macchi. Lo sé porque recibe una carta cada semana.

—¿Es mayor?

—Más o menos... Tiene unos cincuenta años... ¿Qué sé yo? Es un hombre maduro..., gris.

De Vincenzi retomó las preguntas con una que le interesaba especialmente.

—¿Aurigi... el señor Aurigi recibe visitas de mujeres?

Más que sorprendida, la mujer se mostró desafiante.

—¿Mujeres? ¿Por qué quiere saberlo? ¿Qué tendrá eso que ver con el robo?

—¿Quién le ha dicho que aquí se ha cometido un robo?

—¡Oh! ¿Qué, pues? ¿Por qué están ustedes aquí? ¿Qué ha sucedido?

—¿Después de la una, esta noche, ha escuchado algún ruido, que alguien haya abierto o cerrado el portón, algo insólito o sospechoso?

No, no había escuchado nada. Tampoco cabía ninguna duda: no estaba mintiendo. Todavía estaba demasiado sorprendida, y su curiosidad era demasiado intensa como para pensar en otra cosa que no fuera en descubrir qué era lo que había ocurrido. Aunque solo fuera por ese motivo, estaba diciendo la verdad.

De Vincenzi se volvió repentinamente hacia el portero y, aferrándolo por la chaqueta y mirándolo fijamente, le preguntó:

—¿Y usted..., usted no ha escuchado nada?

El pobre hombre temblaba como una hoja.

—Yo... ¡Ah! No, nada...

La mujer se rio sarcásticamente:

—¿Él? ¡Duerme como un lirón! Aunque se derrumbara el edificio, él no oiría nada... —Lo miró con ironía y desprecio—. ¡Él está siempre durmiendo!

A De Vincenzi le daba pena aquel infeliz, y enseguida quiso acallar a la mujer situando ante sus ojos algo que la habría aterrorizado.

—¿Es usted muy valiente, señorita? ¿Es tan valiente como locuaz?

—¿Qué quiere decir? ¿Qué tiene que ver la valentía con dormir?

—¡Ah! Verá que, después, le será difícil conciliar el sueño.

Señaló la puerta de la sala de estar.

—Mire ahí dentro.

La portera, en vez de asomarse a la puerta, retrocedió. Desconfiaba. Miró a su alrededor y sintió que podía haber gato encerrado.

—¿Ahí dentro? ¿Qué hay ahí dentro?

El inspector la tomó del brazo y la condujo hacia la sala de estar.

—Venga conmigo y no se asuste: asustarse no ayudará en nada.

Tan pronto como cruzaron la puerta, la mujer vio la espalda del médico que se inclinaba sobre el sofá y no se dio cuenta de lo que se escondía tras él. Siguió avanzando, todavía arrogante, pese a que su desconfianza fuera en aumento. El médico se irguió y se echó a un lado. Entonces la mujer lo vio y

gritó con desesperación —el grito de una fiera herida—. Intentó huir y se topó con De Vincenzi.

—¡Virgen santa!

—Vamos, ánimo... Intente recomponerse y mire bien. Dígame si lo ha visto alguna vez, si lo reconoce.

—No, no me haga mirar. ¡Virgen santa! ¡Oh! ¿Cómo quiere que mire?

La voz del inspector se hizo severa, gélida.

—Le estoy diciendo que lo mire.

—¡Virgen santa!

La mujer se giró, posó sus ojos aterrorizados sobre el cadáver, se cubrió el rostro con las manos y se habría desplomado de no ser por De Vincenzi, que la sujetó y la ayudó a sentarse en un sillón. La miraba atentamente. ¿Por qué había quedado tan impresionada? En ese cuerpo sin vida no había nada tan terrorífico. Un orificio en la sien y nada más. Ni siquiera había sangre en la mejilla, porque el médico la había lavado.

El doctor dio un paso al frente, convencido de que su deber era intervenir ante el mal estado de la mujer, pero De Vincenzi se lo impidió.

—Déjela —le susurró—, deje que durante un momento haga lo que quiera. Quiero ver cómo reacciona.

En la sala se hizo el silencio. La portera seguía cubriéndose el rostro con las manos. Se había derrumbado y su pecho se agitaba al jadear.

Mientras tanto, en el salón, su marido se había acercado a Maccari.

—Señor comendador...

El inspector ni siquiera sonrió.

—¿Qué quieres? ¿De veras te parezco un comendador?

El hombre no entendió que se trataba de una pregunta irónica.

—Dígame, comendador, ¿qué hay ahí dentro? ¿Qué ha sucedido?

—Hay un cadáver. Lo que ha sucedido es que han asesinado a un hombre.

El hombrecillo, presa de un temblor convulso, aferró el brazo de Maccari. Su terror infundía piedad.

—¡Oh, Dios! ¡Esta casa está maldita! ¿Saben ellos que es una casa maldita?

—¡Vamos! ¡No te derrumbes! ¿Qué tendrá que ver la casa, ahora? ¡Son los hombres, a veces, los malditos; no las casas! ¡Vamos!

El portero intentó tenerse en pie y susurró:

—No la crea, ¿me escucha? ¡No es verdad! ¡No es verdad! Si dice que ha sido él, el inquilino de la buhardilla, ¡no la crea! Es un buen muchacho, pobre pero honrado. ¡Lo sé! No la crea.

Y miró hacia la puerta de la sala de estar, con el temor de que su mujer reapareciera.

Maccari se encogió de hombros.

—Díselo al otro inspector... Él es quien lleva la investigación.

De Vincenzi volvió, sujetando por el brazo a la portera. Hizo que la mujer se sentara y se quedó frente a ella mirándola fijamente a los ojos.

Ella lo miraba con las pupilas llenas de asombro y miedo.

El inspector colocó sus manos sobre los hombros de la mujer y recalcó:

—Y, ahora, ¡hable!

CAPÍTULO 4

UNA TERRIBLE PRUEBA

En la habitación, un plúmbeo silencio abrumaba a aquellos hombres.

El péndulo del reloj marcaba los minutos con pequeños chasquidos sonoros. Parecía un corazón latiente; el único que latía, porque todos los demás se habían detenido.

Cuando De Vincenzi habló, la voz reveló también en él su turbación.

—Ahora no podéis dejar de decirme la verdad. ¿Conocíais al difunto?

La mujer parecía hipnotizada por la mirada del inspector. Asintió con la cabeza, con un movimiento automático, rígido.

—¿Venía a visitar a Aurigi?

—Sí...

—¿Con frecuencia?

—Desde hace dos o tres días... todos los días...

—¿Y antes?

—No... No, creo que no... Quizá alguna vez... Lo había visto una o dos veces en total.

—Y a casa de Aurigi venía también una mujer, ¿verdad?

Por los ojos de la mujer pasó un destello de miedo más que de sorpresa.

—¿Cómo lo sabe?

—¿Venía a menudo?

—Sí.

—¿Todos los días?

—Casi todos los días... Pero se quedaba poquísimo... No para lo que

usted se piensa...

—Yo no pienso nada. ¿Y hoy? ¿Ha venido hoy?

—Sí...

—¿Por qué no me lo ha dicho antes?

—¡No sabía! Creía que no le habría interesado... Yo pensaba que todo esto no era más que un robo. El señor..., el señor Aurigi no quería que yo dijera que esa... señorita venía a visitarlo... ¡Me había pedido que no se lo dijera a nadie!

—Pagaba bien por su silencio, ¿verdad? Pero eso no importa... ¿A qué hora vino hoy?

—A las cuatro, poco después de que el señor Aurigi hubiera salido...

—¿Subió, pese a ello?

—Sí... siempre sube, sin preguntar. Hoy me gustaría haberle dicho que el señor Aurigi no estaba en casa, pero pensé que quizá ella ya lo sabía...

—¿Cuánto tiempo se quedó?

—No lo sé...

—Así que, cuando Aurigi volvió esta tarde con el señor maduro..., ¿la señora ya estaba en casa, justo aquí dentro?

—Sí, aquí debía de estar.

—¿Y no la vio salir?

—Media hora después. Pasó con prisa, casi corriendo... Estaba muy pálida. Me sorprendió, por lo que salí a la acera y vi que cogía un taxi... Aquí delante, en la esquina con la Via Conservatorio.

De Vincenzi se volvió hacia Maccari:

—Mañana por la mañana, hazme el favor de localizar ese taxi... Si lo encuentras, que el conductor venga a verme a comisaría.

Maccari asintió con la cabeza. Tras haber escuchado todo el interrogatorio, se había dicho a sí mismo que De Vincenzi debía de saber más de lo que daba a entender, y que ya tendría una idea acerca de aquella señorita y el hombre maduro.

De Vincenzi tomó a la mujer por el brazo y la conminó a que se levantara.

—¡Es suficiente! Basta por el momento. Vayan a acostarse los dos... Y guarden silencio, ¿eh? No hablen de esto con nadie, ni siquiera mañana; de lo

contrario, les encerraré en el calabozo y allí se quedan... ¡Vamos!

Empujó al hombre, que seguía temblando —tan pequeñito y encorvado que parecía un viejo decrepito—, y a la mujer, cuya arrogancia se había desvanecido, hacia la puerta del fondo. A continuación, cogió del brazo a un agente y le susurró:

—Acompáñalos abajo, que se metan en la cama. Asegúrate de que no hablen con el señor que debe de estar ya en la portería... que no se dirijan la palabra, ni una sola... ¿Entendido?

—Sí, señor.

Y el agente siguió deprisa a los porteros, que salían.

De Vincenzi y Maccari se quedaron solos de nuevo, porque Cruni se había retirado al recibidor.

El cerebro de De Vincenzi bullía. Era evidente el esfuerzo que hacía por dominar su turbación y por mantenerse lúcido, clarividente. Intentaba no pensar por ahora en Aurigi; no obstante, era justo él la causa de su estado de ánimo, un estado de ánimo desconocido hasta la fecha para el inspector. ¡Un crimen! Un crimen, pese a su juventud, nunca le habría perturbado de verdad.

—No creas en las apariencias —le dijo Maccari, mirándolo y sacudiendo la cabeza—. Siento que detrás de todo esto hay algo que, por el momento, se nos escapa. Algo terrible y antinatural. ¡Algo que se le resiste a la razón!

Su exclamación fue espontánea, casi violenta.

—¡Ah! ¡Ojalá fuera solo antinatural!

—¿Eres su amigo?

—Sí... ¡Y creía conocerlo bien!

—Lo considerabas incapaz...

—¿De asesinar? ¡Pongo la mano en el fuego por él!... No quería decir eso. Pensaba en otra cosa... Pero todavía no pienso nada. Dices bien: hay cosas que se le resisten a la razón.

—Sí... ¡sobre todo el veneno! Al veneno no le encuentro explicación. Porque... mira...

Pero se interrumpió de golpe ante la llegada del doctor, que venía del salón. Se presentó con la satisfacción típica de quien termina una tarea difícil y que le ha resultado interesante.

—Le he quitado la ropa; la he dejado ahí. El cadáver está ahora desnudo,

pero lo he cubierto con una sábana. Puedo decirle que no hay señales de violencia. Parece ser que recibió el disparo por sorpresa. La bala entró por la sien, por la derecha, un poco desde atrás, y se detuvo en el cráneo. Mañana podremos extraerla y conoceremos su calibre, que debe de ser más bien grande..., de más de seis milímetros. La muerte fue instantánea.

Hablaba mientras se ponía el gabán. A continuación, cogió el sombrero, cerró el sobre negro y se lo puso bajo el brazo.

—Mañana le enviaré el informe sobre el veneno... ¡Ah! He dibujado el contorno del cadáver en el suelo con tiza. Todos lo hacen ya... en Alemania, en los Estados Unidos... ¿Hay algo más que le gustaría saber?

No, De Vincenzi no quería saber nada más, y se habría ahorrado lo de la tiza, aunque lo hicieran en Alemania y en los Estados Unidos.

Antes de marcharse, el doctor dijo:

—Naturalmente, mañana a las nueve estaré en el Monumentale. Asegúrese de que el cadáver se encuentre en la mesa de autopsias y avise a los médicos forenses de que estaré a su disposición... Buenas noches.

—Gracias. Buenas noches.

Maccari, enfrascado en sus propios pensamientos, ni siquiera respondió a la despedida.

Los dos inspectores se quedaron solos otra vez. Pero De Vincenzi, en esta ocasión, parecía no tener dudas. Su mirada, dura, brillaba. Se acercó a su compañero y le puso una mano en el hombro.

—Escúchame...

Casi en silencio, murmuró para sí mismo:

—Sí, es arriesgado, pero debo hacerlo. Al fin y al cabo, es un amigo de la infancia. Por otra persona no lo haría, pero por él...

A continuación, levantó el tono de voz:

—Escúchame, Maccari. Te voy a pedir un favor, un gran favor. Es cierto que asumo toda la responsabilidad, pero tú estás aquí conmigo, y quizá mañana te llamen para que des la cara por ello...

Maccari permaneció sereno. Todo ese preámbulo no le había impresionado; más bien, se lo esperaba.

—¡Oh! Por mí... Dime.

—Está bien. Ve abajo. Allí está Aurigi. Haz como si tú fueras el último

en bajar. Dile que me fui hace ya rato. No le digas nada de... de lo que hay aquí dentro... Invéntate algo, lo que quieras, que han entrado a robar, que en San Fedele se han confundido y lo han acompañado a casa en vez de avisarle de que no me esperara, como había dicho yo por teléfono... Hazle creer que todo ha terminado, que no era nada importante y... haz que suba... solo. ¿Has comprendido?

Maccari había comprendido y miraba a ese joven, que podía ser su hijo, con afecto. Lo admiraba, aunque se decía a sí mismo que quizá estuviera cometiendo una gran estupidez.

—¿Lo has pensado bien? ¡Es peligroso!

—¡Eso es lo primero que te he dicho!

Maccari no titubeó. Se encogió de hombros.

—¡Eres joven! Puedes permitirte correr algún riesgo...

Se abrochó por vigésima vez el gabán y cogió el sombrero de la silla.

—¿Quieres que luego me quede abajo?

—No. Solo debes ordenar a Cruni que finja que se va con vosotros y que vuelva inmediatamente después. Que se quede en la portería y espere.

—Bien... Buenas noches y que Dios te proteja.

Salió deprisa. Deseaba con todas sus fuerzas abandonar aquella casa, e incluso esa última misión le oprimía. ¡Oh! No por la responsabilidad —eso le traía sin cuidado—, sino por las fuerzas que debía emplear para cumplirla.

Bajó las escaleras seguido por el agente, deteniéndose brevemente en cada peldaño. Mientras tanto, De Vincenzi, que se había quedado solo en el apartamento, se dirigió rápidamente hacia la sala de estar. Miró el cadáver. El doctor lo había cubierto totalmente con una sábana. Se acercó sin sentir repugnancia y le descubrió la cabeza y una parte del pecho. El cadáver, ahora, tenía los ojos cerrados y parecía como si estuviera durmiendo. Solo el orificio de la sien era negro, ostensible, siniestro.

Se alejó sin prisa, satisfecho, y apagó la luz de la sala de estar.

Cuando volvió al salón miró a su alrededor un instante y también apagó la luz. Ahora solo había luz en el recibidor. Fue hacia allí y giró el interruptor. El apartamento se quedó completamente a oscuras, con aquel hombre muerto en el sofá.

De Vincenzi se escondió en un rincón detrás de un armario, cerca de la

cocina. Había encontrado aquel escondrijo a tientas, moviéndose en la oscuridad con cierta seguridad, porque ya lo había divisado antes.

Esperó. Ni siquiera respiraba. Tenía la impresión de que todos sus pensamientos daban vueltas vertiginosamente alrededor de un solo punto. Y ese núcleo era una pregunta: «¿Qué hará?».

Oyó meter la llave en la cerradura, girarla, accionar el muelle... y se abrió la puerta. Bajo el marco, iluminado desde atrás por la luz de la escalera, apareció Giannetto. Llevaba el abrigo desabrochado y el clac sobre la cabeza. Estaba un poco pálido, pero no demasiado. Entró, cerró la puerta, encendió la luz. Miró a su alrededor. Era evidente que sus ojos escudriñaban la soledad reinante. A continuación, entró en el salón y también encendió la luz. Volvió a mirar alrededor, vio el sofá, la puerta cerrada que daba al comedor y la que daba a la sala de estar, que estaba abierta. Se sentía sorprendido por que todo estuviera en orden. De pronto, se estremeció y se detuvo, como si hubiera oído los pasos de alguien, y se giró hacia la puerta del fondo, expectante. No vio a nadie, y su asombro aumentó. Se pasó una mano por la frente. Esbozó una media sonrisa, que desapareció de forma repentina. Después, se decidió. Comenzó a moverse con naturalidad, deprisa. Se dirigió al recibidor, apagó la luz, volvió al salón. Fue hasta la puerta de la sala de estar, avanzó la mano y giró el interruptor, luego volvió sobre sus pasos para apagar la luz del salón y, con caminar decidido, cruzó la puerta de la sala de estar. Se oyó un grito horripilante.

De Vincenzi, en cuanto se apagó la luz del salón, salió de su escondite y se acercó a la puerta. Escuchó el grito, y con un movimiento rápido encendió la luz otra vez. Se sentía seguro, tranquilo, como un médico que está a punto de comenzar una operación.

Aurigi volvió de la sala de estar. Se había quitado el sombrero y se tambaleaba. El terror de la insania se había grabado en sus ojos.

De Vincenzi avanzó unos pasos hacia él.

Aurigi lo vio. Extendió las manos hacia delante —parecía como si ahuyentara una sombra que lo estaba aterrorizando— y se dejó caer en un sillón.

El inspector siguió acercándose a él, mientras lo miraba fijamente a los ojos.

—¿Tú? ¿Por qué? —logró pronunciar Giannetto, con voz sofocada.

De Vincenzi respondió tranquilo, sin emoción, con el tono de quien desea apaciguar a alguien:

—Ahora intenta recuperarte... Después... hablaremos...

A la izquierda del salón había una chimenea. Sobre la chimenea, un reloj de péndulo. Y el péndulo dio las horas. Cinco golpes sonoros.

De Vincenzi se sobresaltó. Miró la esfera blanca con marcas negras y después a Giannetto.

Había transcurrido casi una hora desde que Aurigi se desplomó en el sillón, donde había permanecido casi inconsciente, como si hubiera recibido un golpe en la cabeza. Tenía los ojos abiertos, pero no parecía que estuviera viendo nada a través de ellos. Sin embargo, algo miraba: una sombra, quizá, que solo él distinguía.

De Vincenzi se quedó mirándolo con detenimiento durante mucho tiempo, mientras se decía a sí mismo que aquella inmovilidad no podía significar nada bueno, y que tampoco habría dado ningún fruto: la inmovilidad da paso a la confusión cuando se sobrepasa el límite de las posibilidades humanas. Porque también el cerebro tiene unos límites precisos, y, cuando las ideas superan esos límites, entran en una atmósfera neblinosa, casi fangosa: la atmósfera de la locura.

Después, De Vincenzi se sentó en un sillón junto a la mesa. Había intentado, en un primer momento, salir del campo de visión de Aurigi para ayudarlo a que volviera en sí mismo; cuando comprobó que su amigo no se reponía ni se mostraba capaz de pensar racionalmente, quiso aproximarse a él, pero sintió miedo y retrocedió de nuevo.

En la habitación de al lado dormían, quizá en el sofá o quizá no —porque el sofá, frente a la sala de estar donde yacía el cadáver, no era un buen sitio para que nadie descansara—, el sargento Cruni y un agente.

El inspector sabía que dormían porque había dejado de oírlos moverse y hablar. Los mandó subir cuando se dio cuenta de que aquella noche habría sido imposible interrogar a Aurigi.

Y, ahora que el reloj de péndulo había dado las cinco, el inspector se levantó y fue a la habitación contigua. Tuvo que mover a Cruni, quien estaba profundamente dormido, y le dijo:

—Me voy a casa. Dejo en sus manos al señor Aurigi, que no se ha

movido de su sitio. ¡Ocúpese de él! Debe vigilarlo, pero no solo para impedir que huya. ¿Me comprende?

Cruni, ya completamente despierto, asintió con la cabeza.

—Volveré por la mañana. Probablemente vengan a recoger el cadáver. Si llega el juez, dígame que me fui a las cinco y que volveré a las nueve.

Volvió al salón y echó una mirada a Aurigi, que había cambiado de postura. Seguía inmóvil, pero se intuía con facilidad la variación: todo su cuerpo se había derrumbado sobre el sofá, y tenía los ojos cerrados. Debía de sentirse literalmente destrozado.

De Vincenzi lo miró solo durante unos segundos, porque quería pensar y para poder hacerlo necesitaba alejarse de él para que desapareciera de su cabeza una imagen precisa del estado de su amigo. Lo había visto tendido en el sofá. ¡Era suficiente! No quería observar las contracciones de su rostro, las arrugas profundas que se le habían formado alrededor de la boca, sobre su piel lampiña, los círculos oscuros que habían surgido bajo sus ojos.

Salió deprisa.

Cruni entró en el salón, vio a Giannetto Aurigi, que parecía dormir, y se sentó, también él, en el sillón junto a la mesa que antes había ocupado el inspector. Debía esperar a que transcurrieran las horas. Miró el reloj de péndulo y se sobresaltó. Marcaba las cinco y diez. El sargento sacó su reloj del bolsillo y se quedó mirando durante un rato ambos objetos, que tendrían que haber marcado la misma hora, y sin embargo distaban mucho de hacerlo.

CAPÍTULO 5

EL JOVEN RUBIO DE LA BUHARDILLA

Tras pocas horas de sueño agitado, se bañó y se dispuso a salir. Aunque no habían dado todavía las ocho, De Vincenzi sentía la necesidad de caminar. Iría andando hasta la Via Monforte. Él vivía en Sempione. Tardaría un buen rato.

Aquella mañana hacía frío; una niebla vaporosa, más densa a medida que iba subiendo, se alzaba desde el parque Sempione hacia el cielo. Y no se veía el cielo con una niebla cada vez más gris, más espesa, más profunda.

De Vincenzi no cruzó el parque; de haberlo hecho, habría llegado antes, pero quería caminar.

Cuando llegó a su casa, hacia las cinco, se había tumbado vestido sobre la cama y se había quedado dormido. Había tenido pesadillas. Ahora necesitaba pensar con la mente despejada.

Conocía a Giannetto, o creía conocerlo: era algo así como un poeta de la vida, cuyas alas habían sido cortadas por las necesidades, los vicios y un irrefrenable hedonismo. No era, quizá, inquebrantable su moralidad, pero solo porque no se había tomado la molestia de formularse a sí mismo las reglas de un código semejante. Era honrado, eso sí, y ciertamente incapaz de cometer ningún crimen, en especial de cometerlo de esa manera, que era a la vez hábil y estúpida, coherente y sobrecogedora.

Porque, en efecto, la situación era la siguiente: Aurigi debía una gran cantidad de dinero a Garlini, quizá una cantidad enorme. No podía pagarla, él mismo lo había dicho. En cualquier caso, De Vincenzi sabía que podía conseguir esa información con facilidad. Aurigi fue a la Scala, tal y como él

mismo había dicho, pero había salido de allí a las once y había estado vagando por la ciudad.

Siempre y cuando creyera lo que Aurigi le había contado... Sin embargo, dado que no debía creerlo sin antes haberlo puesto en duda y sin haber contemplado otras opciones, De Vincenzi tenía que admitir que, desde las once hasta la una, hora de su llegada a San Fedele, Giannetto podía haber cometido el crimen. Pero ¿qué había hecho después? Justo lo más hábil y estúpido que podía hacerse: presentarse ante él, De Vincenzi, en comisaría y mostrarse nervioso, agitado, dejando frases sin acabar y revelando un estado emocional insólito. No obstante, ¿podía considerarse su estado emocional el de un asesino?

Sí, presentarse ante él habría sido hábil si su comportamiento hubiera sido otro, y si hubiese pensado en primer lugar, pese a lo estremecedor del acto cometido, en la conveniencia de acudir a comisaría para disipar toda sospecha. O, a lo mejor, había ido allí empujado por su confusión inicial, sin saber muy bien qué estaba haciendo.

En ese momento, De Vincenzi recordó algo. A medianoche, mientras se dirigía a San Fedele, se cruzó con un hombre con traje de gala y chistera. Ese hombre era Aurigi. Avanzaba desde la plaza hacia la Via Agnello, caminaba ensimismado, atravesaba el frío de aquella noche de invierno. Solo ahora lo recordó, y con cierto estupor por no haber caído antes en ello. Cuando Aurigi estuvo en su despacho de San Fedele, ¿por qué no le dijo de inmediato De Vincenzi: «Hace una hora te vi caminando a través de la niebla aquí enfrente. ¿Adónde ibas?». ¿Y por qué no había relacionado aquel encuentro con la agitación de su amigo?

Es cierto que él no podía prever que, quince minutos o media hora después, el teléfono anunciaría la aparición de un cadáver en casa de Aurigi. Aun así...

Por lo tanto, Giannetto podía ser el asesino. Quizá en poco tiempo descubriría el móvil, o incluso las pruebas. Pero De Vincenzi sentía que aquella no era la verdad, que detrás de todo ello había algo más oscuro y complejo.

No obstante, si no había sido él, ¿quién, entonces?

La portera había terminado por admitir que una señorita visitaba a Aurigi casi todos los días. Enseguida intuyó que aquella señorita debía de ser su

novia, la hija del conde Marchionni. Además, aquel día un señor entrado en años también visitó la casa de Giannetto, y la señorita tuvo que habérselo encontrado, o quizá renunció a ver a su novio a causa de la presencia de aquella tercera persona. En este punto, los resultados de la investigación se estaban volviendo más sólidos y coherentes, y De Vincenzi quiso convencerse de que debía seguir en la investigación. Pero ¿hasta dónde? ¿Y adónde lo habría conducido?

En ese momento, le vinieron a la mente, como dos destellos, la portera lozana y bastante guapa, y su marido flacucho y consumido, y escuchó de nuevo la voz de él, que suplicaba:

—¡No la crea! ¡No la crea! ¡Nosotros no sabemos nada!

Y ella, la mujer, había acusado al de la buhardilla. «¡Si ha habido un robo, el ladrón es él!», había dicho. ¿Quién era él?

Ahora se arrepentía de no haber prestado atención a ese detalle y de no haberlo investigado hasta el fondo. Lo haría en cuanto volviera a la Via Monforte. Pero antes tenía otra cosa que hacer.

Cuando llegó a Piazza Cordusio advirtió que, absorto en sus propios pensamientos, se había pasado el desvío. Volvió sobre sus pasos y tomó la Via Meravigli. Encontró el Banco Garlini con facilidad, gracias a los dos grandes rótulos de latón reluciente que estaban junto a uno de los primeros portales.

Entró y vio al guardia y a algunos empleados —los más madrugadores, porque todavía no eran las nueve—. El cajero sí estaba: un hombretón alto y gordo, con la cara roja. El corto cuello, sobre unos hombros anchos y cuadrados, sostenía su pesada cabeza rubia.

«¡Desafortunada complexión para un cajero!», pensó De Vincenzi. «Vaya susto se pegarán todos si le da una embolia en la ventanilla».

Resurgía su espíritu irónico. Le hizo algunas preguntas rápidas. El cajero quería contar todo cuanto sabía. De Vincenzi miró los libros de cuentas, pero los dejó al instante: no entendía nada y era un trabajo inútil, porque al cabo de poco tiempo llegarían los contables, quienes le dirían lo que él necesitaba saber. En lugar de eso, escuchó al cajero y le hizo repetir dos veces una de sus respuestas.

—¿Está usted seguro?

—¡Y tanto! —exclamó el cajero, y se puso todavía más rojo—. Los saqué

de este fajo justo delante de él y se los di. ¡Mire aquí! Ahora quedan ochenta en vez de cien. ¿Quiere contarlos?

No, el inspector no quería contarlos.

—¿Y para qué los necesitaba?

El cajero rio con cierto esfuerzo y con una mueca sarcástica —risilla típica de los hombres rojos como él—.

—Ni que tuviera que darme explicaciones justo a mí... Quién sabe. Alguna jovencita... Le gustaban las mujeres, ¿lo sabía?

Otro factor más a tener en cuenta.

Se encogió de hombros: ¡las muchachitas en casa de Aurigi! Se quedó todavía más concentrado y absorto. Entró en un bar y se bebió dos tazas de café, una después de la otra. Miró el reloj y vio que eran ya casi las nueve, paró un taxi y se dirigió a la Via Monforte.

Al pasar por delante de la portería, vio a la portera, que lo miraba fijamente con sus brillantes ojos nerviosos.

Entró, y la mujer ni tan siquiera dijo buenos días, tal era su ansiedad por escuchar las palabras de De Vincenzi.

El cadáver la había trastornado. Casi no se había peinado y, sin maquillaje, su rostro brillaba como el de una mujer gorda de piel grasienta.

—¡Dígame usted! —embistió el inspector, que no tenía ni tiempo ni ganas de cuidar las formas, y la portera se sobresaltó.

—¿Qué ocurre ahora?

—Anoche hablaste de una buhardilla... De un hombre que vive en ella... Que sería capaz...

La mujer tragó saliva.

—Dije eso... porque creía que se trataba de un robo... Pero ahora...

—Y bien, ¿quién es esa persona de la que hablabas?

—Un joven. ¡Oh! Un joven diferente a los demás en apariencia, que no debe de tener dinero. Había una habitación vacía en el último piso..., ¿sabe? Una de esas en las que suelen vivir los criados... Y mi marido se la quiso alquilar, hace más o menos dos años. Él pasa encerrado en ella todo el día. Escribe, ¿qué se yo?, dice que novelas, cuentos... Pero esas historias tuyas no le dan para grandes manjares, eso sin duda... Porque se ha hecho con un hornillo y por la mañana siempre sale a comprar alguna cosa...

—¿Cómo se llama?

—Remigio Altieri.

—¿En el último piso, ha dicho?

—Sí, en la misma escalera que el señor Aurigi.

El inspector salió de la portería y subió al cuarto piso. Al pasar por la puerta de Aurigi y verla entornada aceleró el paso, porque no quería que lo entretuvieran en ese preciso momento.

Encontró la puerta con facilidad. Era la única que estaba cerrada. Las otras, abiertas, daban al largo pasillo iluminado por una lámpara eléctrica que siempre estaba encendida.

Llamó a la puerta y bajo el marco apareció un joven rubio, vestido de negro, que miró sorprendido al visitante.

—¿El señor Altieri?

—Soy yo.

—¿Me permite pasar?

Y De Vincenzi entró por delante del joven, que instintivamente se había apartado.

—Tengo que hablar con usted.

Miró a su alrededor. La habitación era humilde, pero estaba muy limpia. También los muebles eran notables: pocos, pero antiguos. Quizá, los restos de una fortuna desaparecida. O puede que fueran los muebles que sus padres le dieron cuando emigró a la ciudad, provenientes de alguna casa de campo. Un estudiante, pensó el inspector.

El joven seguía junto a la puerta de entrada, todavía abierta, y lo miraba. Su asombro era tal que no podía pensar en irritarse o indignarse por aquella intrusión casi violenta. Se limitaba a intentar explicarse lo que estaba pasando, sin éxito.

De Vincenzi vio la cama, una cómoda, una mesa con un sillón y, sobre la mesa, el retrato grande de una mujer.

Una bonita mujer; debía de ser joven. Tenía una melena abundante y los ojos profundos y luminosos.

La habitación olía a colonia y cigarrillos.

¿Pobreza? ¿Miseria? ¿Comidas escasas o, incluso, se saltaba algunas de ellas? El inspector buscó en vano huellas de una cocinilla o de un calentador.

Pese a la miseria del lugar, su apariencia era tan digna que más bien infundía respeto.

—Quisiera hacerle algunas preguntas, señor Altieri. Soy inspector de policía.

El joven no pareció asustarse. Es más, se habría dicho que dejó de sentirse sorprendido.

Cerró la puerta con mucho cuidado y fue hacia donde estaba De Vincenzi.

—No entiendo... —dijo.

—Naturalmente. ¿Desde cuándo vive en Milán?

—Desde hace dos años.

—¿Y antes?

El joven sonrió. Sacó del bolsillo un papel doblado y se lo tendió al inspector.

—Creo que será más rápido que lea mi documento de identidad. Nací en Nancy.

—¿Francés?

El joven asintió con la cabeza.

—Francés.

—¡Si habla italiano perfectamente! ¡Sin acento!

—Es cierto. Llevo en Italia diez años. Vine cuando tenía quince.

—¿Solo?

—Con mi padre.

—¿Y ahora?

—Solo. Mi padre murió hace ya nueve años, uno después de nuestra llegada a Italia.

—¿Y usted?

—¡Es una larga historia! —exclamó Altieri—. ¿De verdad quiere escucharla? En ese caso, le rogaría que tomara asiento.

De Vincenzi se sentó en el sillón sin pronunciar palabra. El joven también se sentó en la única silla que había, al otro lado de la mesa.

—Si quisiera decirme, señor inspector, la razón por la cual se interesa por mí, quizá podría darle las explicaciones pertinentes, sin contarle cosas que no le sirvan de nada.

—Prefiero escucharlo todo, también las cosas inútiles —respondió De

Vincenzi, un poco seco.

Se arrepintió casi al instante. Ese joven, en el fondo, era simpático, y él, evidentemente, estaba perdiendo el tiempo. ¿Cómo podía ser que Altieri hubiera asesinado a Garlini, o que, en todo caso, supiera algo acerca de esa tragedia?

El joven levantó las cejas, otra vez sorprendido.

—Está bien, todo sea por complacerle.

Y habló con sobriedad, sin grandilocuencia, sin conmoverse al contar su propia vida, como si no tuviera nada que ver con él, lo que revelaba que se había desvinculado de su pasado, que lo había separado de sí mismo con un corte limpio.

Otras cosas, mucho más importantes y profundas, lo ligaban al presente y al futuro. Y, quizá, justo ese pasado era la carga que hoy lo retenía y lo angustiaba.

—Nací en Francia, de padre italiano y madre francesa. Puede comprobarlo en mi documento de identidad. Mi madre era una duquesa de Noailles. Se casó con mi padre contra la voluntad de los suyos y tras haberse escapado con él. Mi padre era un pintor que se trasladó a Francia en busca de un porvenir. Mi madre, para casarse con él, tuvo que fugarse de casa. Sus padres nunca se lo perdonaron. Mis padres vivieron sumidos en la pobreza. Mi padre tenía talento, pero poca suerte.

Hizo una pausa y después susurró:

—¡Como yo!

Sin embargo, enrojeció de pronto y bajó la mirada.

De Vincenzi miró la fotografía de la mesa. Altieri se dio cuenta y pareció incomodarse todavía más.

—¡Quiero decir «como yo» en lo que respecta a la suerte!

Rápidamente, retomó el hilo. Tras quince años de matrimonio, su madre murió, por lo que su padre volvió a Italia con su hijo. Llevó consigo los muebles que tenía en París. El joven miró a su alrededor. Muchos los había vendido. Solo quedaban esos.

Después, murió también su padre, y se quedó solo. Él había estudiado. Vivió dando clases de francés. Fue preceptor en alguna casa de gente rica, pero aquello no era lo suyo, por lo que se puso a trabajar por su cuenta,

escribiendo. Trabajaba para algunos editores, hacía traducciones.

Eso era todo.

—Y, ahora, ¿en qué puedo ayudarle? —preguntó, de una manera tan llana que dio la impresión de que lo hubiera dicho con ironía.

¡Evidentemente, no podía ayudarlo en nada! De Vincenzi sintió que había perdido el tiempo, por más que aquella historia —algo común, si se quiere, y un poco novelada para jovencitas— le hubo interesado, debido al tono sereno y plácido con que Altieri la había contado, más que resignado, como si fuera una historia ajena.

Un joven inteligente, sin duda. Se veía que era de buena cepa. ¡Su madre, una duquesa de Noailles! Y su padre, pintor. Mucho talento y poca suerte. «¡Como yo!», había llegado a exclamar sin querer.

De hecho, era verdad.

Y, ahora, ¿qué más había que hacer? De Vincenzi tenía que levantarse, agradecer su amabilidad, excusarse y salir de allí.

—Disculpe las molestias. Le he interrogado a usted al igual que al resto de inquilinos del edificio. Anoche se cometió un crimen aquí dentro...

El joven se estremeció.

—¿Un crimen? —preguntó.

—Así es. Un hombre fue asesinado. El banquero Garlini. ¿Lo conocía?

—¡No, de veras que no! —respondió, pero el inspector notó en su voz un pequeño temblor, una vacilación.

Entonces, añadió mientras lo miraba fijamente:

—Fue asesinado en casa de Giannetto Aurigi.

Esta vez el joven se sobresaltó, con tal violencia y tan de improviso que la mesa en la que se apoyaba vibró. Y palideció, se puso blanco como la cera. A causa de sus rasgos delicados, aristocráticos, la palidez le daba aspecto de enfermo.

—¿Conoce al señor Aurigi?

—No —murmuró.

Mentía. Era tan evidente que él mismo tuvo miedo de su propia mentira y se apresuró a balbucear:

—Quiero decir... Lo conozco de vista... Me he cruzado con él alguna vez en la escalera...

—¿Dónde estuvo usted anoche? —preguntó con frialdad De Vincenzi.
El joven lo miró asombrado, pero sin comprender nada.

—¿Cómo dice?

—Digo que dónde estuvo usted anoche, desde medianoche hasta la una.

—Aquí... En esta habitación. ¡Oh! ¿Dónde quería que estuviera?

—¿Y no oyó nada?

—¡Nada!

—¿Dormía?

—No. Quizá escribía; quizá leía.

—¿Alguien puede respaldar esta coartada?

—¿Coartada? ¿Por qué dice «coartada»?

De Vincenzi sonrió. Había ido muy rápido. Estaba claro que el muchacho se había agitado al oír el nombre de Giannetto Aurigi, pero ¿qué podía significar aquello? ¿Podía sospechar que él era el asesino solo por este motivo?

Tenía que haber algo detrás, pero de ahí a pensar que ese jovencito hubiera matado a Garlini... ¡eso era demasiado! Y ¿por qué, además? Es verdad que del fajo del banco faltaban veinte mil liras: «Las conté delante de él cuando se las di», había dicho el cajero. Pero este joven no parecía el tipo de persona que comete un crimen vulgar, un robo.

A menos que... Y De Vincenzi miró la fotografía sobre la mesa... ¡Una mujer!

—¡Bien! Hablaremos más adelante. Volveré a visitarlo o le mandaré llamar.

Y salió deprisa.

El joven permaneció un rato mirando la puerta por la que había salido el inspector.

Después murmuró:

—¡En casa de Aurigi!

Miró la fotografía, y el rostro se le iluminó de ternura y horror.

CAPÍTULO 6

«¡NO SÉ!... ¡NO SÉ NADA!»

De Vincenzi bajó rápido al segundo piso.

Llamó a la puerta de Aurigi, que ahora estaba cerrada, y tuvo que esperar un poco hasta que Cruni le abrió. El sargento, cuando apareció, todavía estaba somnoliento.

El inspector volvió a entrar en el salón que ya conocía al dedillo, porque en su cerebro se había grabado hasta el último detalle de aquel espacio.

Aurigi, todavía en traje de gala y con el abrigo puesto, extenuado y abatido, dormía en el sofá.

—¿Ha estado durmiendo todo el rato? —preguntó a Cruni.

—Tal y como lo ve ahora mismo. Por momentos he pensado que estaba muerto... ¡también él! A ratos, en cambio, se agitaba, se revolvía, pronunciaba frases entrecortadas y sin sentido...

—¿Las ha escrito? —preguntó el inspector casi de forma mecánica, puesto que podía hacerse una idea de las frases que Aurigi pudo haber pronunciado mientras dormía.

—Están ahí.

Y el sargento señaló la mesa, sobre la que De Vincenzi vio una hoja llena de notas. Miró atentamente a Cruni: le había sorprendido aquella demostración de inteligencia de su subordinado.

—Léalas. Verá que no servirán de mucho, no significan nada.

De Vincenzi cogió la hoja y leyó: «¡No, no hagas eso! ¡Pagaré! Tú no debes entrometerte... Mucha paz, un poco de soledad... Me iré, sí, me iré...».

¿No significaban nada? Lo habría pensado después, con la mente despejada. Pero casi se alegró de la observación que hizo el sargento porque probaba, en cualquier caso, que la inteligencia de su subalterno no llegaba demasiado lejos. Y él, sobre todo en este asunto, solo quería depender de sí mismo. La ayuda de los demás no habría servido nada más que para despistarlo. Debía seguir su propio instinto, su propia intuición misteriosa, para llegar a resolver el caso. Pero ¿en qué acabaría la investigación? En aquel momento, no quiso confesarse que todo su ser, empujado por un espontáneo y opresivo afecto hacia su compañero de clase, deseaba salvarlo a toda costa.

De vez en cuando su pensamiento volvía al joven de la buhardilla. No podía olvidarse de la fisionomía de aquel muchacho. Un rostro interesante, sin duda, y más todavía cuando palideció.

¿A qué se debía esa palidez, que se produjo cuando escuchó el nombre de Aurigi?

No encontró una respuesta, por lo que De Vincenzi comenzó a comparar a esos dos hombres. ¡Dos magníficos seres humanos! Por más que uno de los dos todavía fuera muy joven, sin embargo, también era muy maduro, y conocía la vida y el dolor. El otro era un hombre hecho y derecho, aunque por lo general su apariencia era menos profunda, menos apasionada, más superficial.

Si uno, hasta la fecha, solo había conocido el placer en su vida, el otro ya había experimentado la amargura de las renunciaciones, de los sacrificios, de la lucha.

Ahora que venían mal dadas, el primero estaba perturbado, sobrepasado.

El segundo, sin embargo, se había estremecido hasta tal punto que hizo vibrar la mesa...

Miró al hombre que dormía.

Advirtió que la hoja que le había dado Cruni seguía en su mano, y la introdujo en el bolsillo de la chaqueta. A continuación, preguntó:

—¿Ha venido el juez?

—Sí, a las siete. Quería hablar con usted. Le dije que había estado aquí hasta las cuatro... Porque usted, señor, salió de esta casa a las cuatro, no a las cinco...

De Vincenzi lo miró. Se alejó un poco del sofá en el que Giannetto

descansaba y preguntó a Cruni, bajando el tono de voz y escrutando su mirada:

—¿A qué se refiere? ¿Qué quiere decir?

El sargento respondió, también en voz baja:

—Quiero decir que ese reloj de ahí —y señaló el reloj de péndulo sobre la chimenea— va una hora adelantado.

De Vincenzi sacó su reloj del bolsillo, miró el otro reloj de pared y se estremeció, pero no dijo nada y volvió a guardar el suyo.

—No tiene importancia. ¿Qué me decía del juez?

—Volverá más tarde.

—¿Quién es?

—No lo conozco. Es joven. Me ha parecido comprender, por lo que ha dicho el secretario, que de este asunto se ocupará personalmente el fiscal general...

El inspector se encogió de hombros.

—Con tal de que me dejen investigar libremente durante un tiempo...

Señaló con la cabeza al hombre dormido.

—¿Lo ha interrogado?

—Sí, pero no ha dicho nada. Solo sus datos personales. A todas las preguntas ha respondido lo mismo: «No sé nada».

Se hizo un silencio. De Vincenzi miró a su alrededor. Fue hacia la puerta de la sala de estar y se volvió hacia Cruni:

—Se han llevado el cadáver, ¿eh?

—En cuanto el juez dio la autorización.

—¿El juez ha registrado el apartamento?

El sargento hizo un gesto con la mano.

—Más o menos... Ha echado un vistazo... Ha dicho que enviará a los funcionarios de la Unidad Científica para tomar muestras... pero sonreía mientras lo decía, como si fueran formalidades inútiles... Me dio la impresión de que estaba convencido de la culpabilidad de ese de ahí que está durmiendo... Me preguntó si usted lo había declarado bajo arresto.

Esta vez, el inspector no se sobresaltó ni sonrió. ¡Claro! Tendría que haberlo detenido. Pero habría sido inútil.

Se hizo otro silencio. De Vincenzi fue hacia el recibidor, pero después se

detuvo:

—¿Y el criado?

—¡Nadie lo ha visto!

—Llama por teléfono al inspector Maccari...

El sargento miró a su superior con asombro.

—¡Estará durmiendo, inspector! Ayer trabajó en el turno de noche.

—Llama al inspector Duomo, entonces... Si no está Maccari, habrá algún otro.

Cruni se dirigió hacia el teléfono y poco después se asomó a la puerta, sujetando con la mano el auricular, que colgaba del cable verde.

—Aquí está, señor.

De Vincenzi cogió el receptor:

—¡Dígame! ¡Ah!, eres tú... Sí, buenos días. ¿Maccari te ha pasado el informe?... ¡Estupendo! Sí, naturalmente, el juez instructor me ha asignado el caso a mí... Bien, necesito que encuentres cuanto antes al conductor del taxi al que se subió ayer la marquesita Marchionni... Sí, estaba en la parada de la Via Monforte, esquina con la Via Conservatorio... a las cinco o cinco y media de la tarde... Sí, gracias... ¡Otra cosa! La sede central ha ordenado la búsqueda del criado... Giacomo Macchi. Tienen que haber telegrafiado ya su retrato hablado por toda Italia y en las fronteras... Búsquelo también usted... Sobre todo, téngame informado si hay novedades al respecto... ¿Cómo? No hay nada en el registro de antecedentes. Gracias... Nada más, por ahora... ¡Ah! Cuando llegue Maccari, dígame que me llame... Gracias, adiós...

Colgó el receptor y volvió al salón.

Giannetto Aurigi seguía durmiendo. Ahora no estaba alterado; ni siquiera se movía.

El inspector se puso a hablar de nuevo con Cruni.

—¿Te has informado sobre quién vive aquí al lado?

—Le pedí a Verri que se encargara él, y me ha traído la tarjeta de visita del propietario de la vivienda... un ingeniero...

—¿La tienes?

—¿La tarjeta? Aquí está. Le dije a Verri que me la diera; él quería entregársela a usted directamente...

De Vincenzi cogió la tarjeta y leyó: «Vittorio Serpi». No lo conocía.

Preguntó:

—¿Tiene familia?

—Mujer..., dos hijos..., una criada...

—¿Oyeron algo?

—Nada...

—¿A qué hora volvió anoche?

—A las doce, después del teatro. Dice que se encontró la puerta principal cerrada y la escalera vacía...

—¿Olía a cordita en la escalera cuando volvió?

—No creo... Lo habría dicho.

—Envíalo a comisaría después, por la tarde... con todos sus familiares.

Del sofá llegó un gemido apagado, el hombre tumbado se movió. No deliraba. Se había liberado de sus pesadillas y se estaba despertando, poco a poco. Volvía de la oscura noche a la luz del mundo sensible.

De Vincenzi tomó a Cruni por el brazo y lo empujó hacia la puerta del fondo:

—¡Silencio! Vete... Que no te vea hasta que no te llame yo.

Cruni desapareció.

Giannetto, todavía entre pequeños gemidos entrecortados, se revolvía en el sofá, como si buscara una postura cómoda para volver a dormirse, pero como no lo consiguió, abrió los ojos. Miró a su alrededor para comprender dónde estaba. Vio el salón, con sus muebles, después se miró a sí mismo, aún vestido de gala y con el abrigo puesto, y en su rostro se dibujó una expresión de profundo asombro. No entendía nada.

Miró de reojo a De Vincenzi. De un destello se iluminó su espíritu, pegó un salto y se sentó en el sofá. Su cara estaba contraída, pero tensa y rígida.

De Vincenzi fingió indiferencia y dijo con tono jovial:

—¡Buenos días!... ¿Has dormido bien?

—He dormido bien... —respondió Giannetto con voz blanca, casi afónica.

Y se levantó despacio.

—¡Has dormido en el sofá! No es el lugar más cómodo...

—No tenía donde elegir... ¿Querías que fuera allí?

Pero no se giró para indicar la puerta de la sala de estar. Todavía le tenía

pavor.

De Vincenzi, por el contrario, miraba hacia esa puerta y respondió con indiferencia, como si quisiera quitarle hierro al asunto:

—¡Oh! Ahora puedes entrar. Ya no está...

Aurigi lo interrumpió, con una voz casi estridente:

—Ya lo sé...

—¿Estabas despierto cuando se lo llevaron?

—Sí...

Se estremeció de forma visible y se encogió.

Se hizo un largo silencio. Demasiado largo. Al inspector le hubiera gustado romperlo, pero no encontraba las palabras adecuadas. Finalmente, preguntó:

—¿El juez te ha interrogado?

Aurigi estaba tan ensimismado que, cuando respondió, parecía como si se hubiese vuelto a despertar.

—¿Cómo dices?... ¡Sí! Esta mañana...

—¿Y...?

—No he confesado.

Su sarcasmo, al responder, era doloroso; más que amargo, sangriento.

De Vincenzi creyó llegado el momento de profundizar más. Se encogió de hombros y exclamó con brutalidad policial:

—¡Ni siquiera era necesario!

Giannetto respondió cáustico:

—¡En efecto! ¿Quién va a creer que no he sido yo?

—¿No has sido tú? —dijo De Vincenzi justo después para no darle tregua, a la vez que estudiaba su mirada con atención.

—¡Oh!... Piensa lo que quieras tú también... ¡Qué importa, a estas alturas!

El desánimo, la renuncia a defenderse que aquellas palabras transmitían incitaron a su amigo a aferrarlo por el brazo y a obligarlo a volverse hacia él.

—¡Mírame, Giannetto! Lo que ha ocurrido aquí dentro es aterrador, sobre todo para ti. Yo me esfuerzo por creer en tu inocencia... ¡Quiero creerte! Es más... y te lo dice un amigo... un amigo, un compañero de tiempos inmemoriales... ¡Créeme! Te diré una cosa que, en calidad de inspector, no

debería decirte: en todo esto hay algo siniestro..., algo chocante..., algo terriblemente astuto... que me hace creer en tu inocencia. Pero, por el amor de Dios, ¡ayúdame! ¡Habla! ¡Cuéntamelo todo! ¡Permíteme descubrir la verdad, aunque tú mismo la desconozcas!

Aurigi no parecía conmovido. Se quedó impasible. Se encogió de hombros.

—¡A estas alturas! —repitió.

De Vincenzi volvió a reaccionar, y en esta ocasión con brutalidad:

—Imbécil, ¿no entiendes que te estás jugando la vida? ¡Todo está en tu contra! ¿No ves que yo no puedo hacer nada si tú no colaboras para que pueda descubrir la verdad?

—¡No sé! ¡No sé nada!

—¡Date cuenta, Giannetto, de que nadie puede creerte cuando dices que no sabes nada! Esta es tu casa... La cerradura no ha sido forzada... ¿Comprendes lo que quiero decir? Y, además, ¿cómo puede aceptarse que Garlini haya entrado en tu casa para que lo asesinara... otra persona, si no entraste tú con él? Garlini era tu corredor de bolsa, y mientras hablamos los peritos están estudiando los libros de cuentas del banco... ¡Encontrarán los datos, dirán que mañana habrías tenido que pagar a la agencia de Garlini casi medio millón!...

Giannetto escuchaba, eso era evidente, pero no se movía, y su rostro era impenetrable.

El inspector se estremeció levemente, como si una idea inesperada se hubiera cruzado por su cabeza.

Despacio, pronunciando las palabras con mucha claridad, preguntó:

—¿De verdad habrías tenido que pagarle medio millón de liras a Garlini?

—¿Qué quieres decir?

Entonces De Vincenzi habló con sencillez, y con un tono tan sincero que aturdió a Aurigi por un momento.

—¡Escúchame, Giannetto! ¡Tú lo sabes! A menos que el desencadenante sea la locura, para cometer un crimen se necesita una razón, una causa, un móvil. Tu móvil, en caso de que hubieras sido tú el asesino, parece claro: hay un interés... Al día siguiente, tenías que pagar una cantidad de dinero de la que no disponías...

Aurigi lo interrumpió con arrogancia:

—¿Quién dice que yo no tenía ese dinero?

El tono del inspector se hizo insinuante, pese a no dejar de escrutar a Aurigi:

—Entonces..., ¿has pagado?

—¡Tú ya sabes si he pagado o no!

—¡No! Obviamente no lo sé, al menos de momento. ¿Cómo crees que podría saberlo?

—¡Oh! Entonces...

—Entonces eres tú quien me tiene que responder. Y debes demostrarme también cómo te hiciste con ese dinero, si es que lo tenías.

La respuesta, demasiado inmediata y llena de ansiedad, no se hizo esperar.

—¡No pagué! ¿Cómo iba a disponer de ese dinero?

De Vincenzi recordó al instante una de las dos hojas que había encontrado en los bolsillos del cadáver, y que se había metido en el suyo en cuanto las hubo leído. No se las había enseñado ni siquiera a Maccari, ni pensaba, por el momento, enseñárselas al juez instructor. Extrajo esa hoja de manera mecánica del bolsillo; pero de pronto se contuvo: todavía no tenía que enseñársela a Giannetto; no debía, porque, de hacerlo, habría traicionado su profesión.

Entonces, queriendo disculparse ante sí mismo por su actitud rigurosa, por la sangre fría de investigador que siempre debía tener, pero que, en esta ocasión, y en virtud de la amistad que sentía por ese hombre, le estaba costando más de la cuenta conservar, dijo con renovado afecto:

—¡Pero, por Dios, no te encierres en ese silencio penoso y terrible, que será tu perdición!... ¿No ves que todos los hechos te acusan? ¿Cómo es que Garlini acabó aquí, si no fue en tu compañía, o porque vino a visitarte?

—¡No lo sé!

—¡Es una locura! ¿Quieres defenderte haciéndote pasar por loco?

Aurigi abrió los ojos de par en par, como si esa insinuación hubiera tenido el poder de sorprenderlo.

—¡Pero si no me defiendes! No me defiendes; solo te pido que no me tortures. Si conservas algo de nuestra vieja amistad, si eres capaz de no

despreciarme, no sigas queriendo sonsacarme algo que no puedo decirte, porque lo ignoro.

Se desplomó en el sofá y se cubrió la cabeza con las manos. Se oyó un gemido, y, con voz implorante, dijo:

—¡No puedo... No puedo decirte nada! No sé... No entiendo... Temo comprender.

Volvió a levantar la cabeza en un arrebato de desesperación. En su voz se percibía un dolor reprimido:

—Tengo miedo, ¿entiendes? ¡Miedo de saber qué ha ocurrido aquí dentro!

De Vincenzi seguía mirándolo con atención. Toda la tragedia tenía que estar encerrada en esas palabras. Pero Giannetto no estaba dispuesto a pronunciar otras que sirvieran para explicar el misterio.

Era preferible fingir que no quería saber más, evitando además un exceso de crueldad hacia su amigo.

—¡Bien! Cálmate... De todos modos, llegaré hasta el fondo del asunto, lo quieras o no. Tenemos demasiadas pruebas como para no conseguirlo...

Buscaba las palabras adecuadas. De pronto, se metió la mano en el bolsillo; no sacó la hoja que antes había estrechado entre sus dedos, sin atreverse a mostrársela a Aurigi, sino la otra, que también había encontrado en los bolsillos del cadáver. Se la enseñó:

—¡Mira!

No había necesidad de decírselo. Giannetto la miró, y un escalofrío le recorrió el cuerpo.

Preguntó con voz decidida:

—¿Estaba en su bolsillo?

—Sí. Ahí lo tenía, en el bolsillo interior del frac... Es tuyo, ¿verdad? Es un mensaje para Garlini, con la fecha de ayer... Está firmado por ti... Dice...

Giannetto lo interrumpió con sarcasmo. Había logrado superar su agitación y, con indiferencia, dijo:

—¡Sé lo que dice!

Pero De Vincenzi leyó igualmente: «Ven esta noche a las doce y media... Prepárate para cumplir lo pactado...». Y la firma... Tu firma... ¿Y bien?

Ahora, las preguntas y las respuestas, las palabras de ambos, se sucedían

sin tregua. Vibraban como disparos de revólver. El drama alcanzó, a través de esta conversación, su apogeo trágico.

—Está claro, ¿no? —exclamó Giannetto con ironía—. ¿Qué más quieres?

—Está clarísimo... para conseguir que te fusilen.

—¡Oh! —Y se encogió de hombros.

A continuación, añadió, con una frialdad bien medida:

—Era un canalla. Lo maté. Esto es todo lo que queréis saber, ¿no? ¡Pues ya lo sabéis! Y ahora, ¡basta! Se acabó. No tengo nada más que decirte.

—Ya... Y, sin embargo, quedan otras cosas pendientes. Tu coartada... Tú saliste a las once y media de la Scala, y estuviste paseando dos horas más o menos... ¡Te vieron!

Aurigi, casi sin querer, se iluminó esperanzado:

—¿Quién me vio?

Su ansiedad era tan evidente que De Vincenzi sintió otra vez que se desviaba, y tuvo que preguntar:

—Entonces... Entonces, ¿es cierto que estuviste dos horas vagando por Milán? ¿Es verdad eso que dices?

—¡Ah!

Por lo tanto, el inspector no sabía nada. Nadie lo había visto pasear por Milán a esas horas. Y Giannetto recayó en su apática resignación:

—¿Ves? ¡No me vio nadie! Y, además..., ¿qué demostraría eso? Pude haberlo matado justo antes de salir a pasear... ¡Ni que me fuera a quedar aquí dentro para contemplar el cadáver!

Iba a seguir hablando, pero De Vincenzi lo interrumpió:

—Dime una cosa: ¿conoces a Remigio Altieri? Al menos eso me lo podrás decir, ¿no?

Aurigi se quedó un instante mirando al inspector. No entendía el motivo de aquella pregunta.

—¿Remigio Altieri? —preguntó, profundamente sorprendido.

—Sí. Un joven rubio que vive...

Sin saber muy bien por qué, el inspector no terminó la frase para evitar decirle dónde vivía.

—No, nunca he oído ese nombre —afirmó Aurigi con sinceridad.

En ese instante sonó el timbre de la puerta. Giannetto se puso a temblar e,

instintivamente, retrocedió algún paso para alejarse de un posible peligro.

Ambos se quedaron contemplando la puerta de entrada, que se abría.

A partir de entonces, esa puerta —terrible Némesis— comenzó a asumir las funciones del Destino y a regular el desarrollo de la acción, abriéndose en los momentos decisivos.

CAPÍTULO 7

EL CONDE MARCHIONNI

Entró en primer lugar un anciano fuerte y erguido, con aire distinguido y una elegancia casi juvenil. Tras él, un hombre pequeño y delgado, pero en el que todos habrían reparado al cruzárselo por la calle debido a su vistoso traje gris claro y a su modo de actuar, que llamaban la atención. Llevaba anillos en los dedos y, sujeto a una corbata de colores llamativos, un gran diamante. Sobre ese fabuloso diamante y esa no menos fabulosa corbata, su rostro, vulgar, parecía el de un hurón olisqueando constantemente.

Cruni retrocedió para dejarles paso y cerró la puerta. El anciano avanzó con seguridad, mientras decía:

—Quisiera hablar con el inspector que esté a cargo de la investigación. Me han dicho en comisaría que está aquí. Soy el conde Marchionni.

Su expresión era seria y hermética, y cuando vio a Giannetto no se le contrajo ni un músculo de la cara. Al instante, De Vincenzi recuperó su serena seguridad, avanzó hacia el inesperado visitante y dijo, inclinándose con frialdad:

—Inspector De Vincenzi, a su disposición. —A continuación miró a Harrington y sonrió irónicamente—. ¡Ha encontrado usted una ocupación, Harrington!

Deprisa, el hombre de las joyas exclamó, con aire victorioso y levantándose sobre los talones:

—El juez instructor me ha dado su autorización, señor. El conde la ha solicitado y la ha obtenido.

—Es cierto —confirmó el conde Marchionni—. He contratado los

servicios del señor Harrington no por falta de confianza en la inteligencia y capacidad de los funcionarios del Estado, sino porque creo que un detective privado dispone de mayor libertad de movimientos y puede tener éxito allí donde otros fracasan. Como he vivido mucho tiempo en Inglaterra, me he acostumbrado a considerar la profesión del detective privado como necesaria e indispensable.

Hizo una pausa, en previsión de que el inspector se opusiera a sus palabras. No obstante, De Vincenzi guardó silencio, por lo que continuó:

—El juez instructor ha hecho un esfuerzo por entender mis motivaciones y, sobre todo, ha comprendido que es fundamental para mí saber la verdad, toda la verdad. Solo de ese modo podré proteger el honor de mi hija frente a calumnias y maledicencias.

Giannetto, que hasta aquel momento había permanecido callado e inmóvil en un rincón del salón, dio un paso al frente. Su rostro palideció todavía más, si es que eso era posible. Por un momento, sus ojos brillaron.

Sin embargo, De Vincenzi, con un movimiento rápido, se interpuso entre él y Marchionni. Temía que Aurigi pudiera abandonarse a algún exceso, por lo que le dijo apresuradamente al conde:

—No entiendo, señor conde, cómo puede ponerse en tela de juicio, siquiera remotamente, el honor de su hija.

—Hasta ayer, mi hija era la prometida del asesino.

Ante esa palabra, De Vincenzi se sobresaltó visiblemente, y la voz de Aurigi sonó apagada y jadeante:

—¡Usted no puede creer que yo sea un asesino!

Marchionni se volvió despacio hacia esa voz.

—¡Yo no creo nada! Lo constato. Intento llegar hasta el fondo del asunto. Juzgo. Otros deben condenar.

De Vincenzi intervino con autoridad:

—Permítame, conde... —E hizo un gesto con la mano, queriendo impedir con ello que continuara.

Luego se giró hacia el fondo del salón y llamó a Cruni:

—Venga aquí, sargento.

Cruni avanzó hacia ellos y el inspector le señaló a Giannetto.

—El señor Aurigi está bajo detención. Lo dejo a su cargo, Cruni.

Lléveselo al comedor, en espera de trasladarlo a San Fedele. Él no debe hablar con nadie. Cierre las puertas y no se separe de él, bajo ningún concepto, ni siquiera por un instante.

Giannetto escuchó las palabras del inspector con indiferencia. Volvió a quedarse sin fuerzas y no opuso la más mínima resistencia cuando el sargento se acercó a él y le dijo cortésmente:

—Venga conmigo...

Ambos desaparecieron por la puerta del comedor, que Cruni cerró una vez la hubieron cruzado.

La escena se había desarrollado en pocos segundos. El conde la había presenciado sin dar ninguna muestra de asombro. El silencio que se creó fue muy breve. Moviéndose con naturalidad, De Vincenzi le ofreció una silla a Marchionni:

—¿Quiere tomar asiento, señor conde? Al presentarse de manera inesperada aquí, ha satisfecho mi deseo de verle, por lo que me gustaría hablar con usted.

—También he venido para eso —respondió el conde, mientras se sentaba. De Vincenzi se giró hacia Harrington.

—Creo que querrá echar un vistazo a la escena del crimen, Harrington. Puesto que ha sido autorizado a seguir la investigación, se lo permito. Pero entienda que el juez instructor hará lo que crea conveniente en lo que a usted respecta. A mí, por el momento, no me causa ninguna molestia.

El detective, con actitud amable y confidencial, dijo:

—Antes bien, espero serle de ayuda, señor. Sé algo más de lo que han publicado los periódicos esta mañana, y puedo decirle que ya tengo una teoría.

—Una teoría, ¿eh, Harrington? —dijo De Vincenzi, con una ligera sonrisa burlona—. Qué maravilla, tener una teoría... Debe usted saber que yo, por el contrario, no tengo ninguna.

El detective prefirió ignorar la ironía del inspector.

—¡Oh! ¡Basta con hacer trabajar un poco la materia gris del cerebro!

—¡Cierto! —exclamó De Vincenzi, quien concluyó la conversación con frialdad—: Entonces, hágala trabajar, Harrington. Este es el momento adecuado.

Se dirigió hacia la puerta de la sala de estar e hizo un gesto al detective para que lo siguiera. Cuando llegaron al umbral, señaló hacia el interior y dijo:

—Aquí encontraron el cadáver... Entre y no toque nada... En cualquier caso, todo lo que había que tocar ya lo hemos tocado nosotros...

Mientras entraba en la sala de estar, Harrington susurró:

—Ya imagino, señor.

Acto seguido, De Vincenzi volvió junto al conde.

—Disculpe. Como puede ver, le facilito la tarea a su detective... Un buen hombre, Harrington... Tenía tantas ganas de poder ocuparse de un crimen, un crimen de verdad... Ponerse un nombre inglés, como Sherlock Holmes, para ocuparse solo de informaciones o vigilancias... ¡Todo un martirio! Pero Dios le ha echado una mano, por fin...

Hizo una pausa y, después, mirando a los ojos al conde, le preguntó:

—Pero ¿en qué puede ayudarle la investigación de un detective privado?

—De momento, será útil para echar una mano a la Policía... Y, por lo tanto, para acelerar el sumario...

En su voz había un ligero tono sarcástico, pero De Vincenzi no pareció percatarse de ello porque respondió con perfecta sinceridad:

—¡Gracias!

—Y, también, para demostrarle a todo el mundo, en caso de que fuera necesario, que el conde Marchionni, aun siendo Giannetto Aurigi el prometido de su hija, no dudó a la hora de posicionarse contra él...

—En caso de que sea culpable... —insinuó el inspector, sonriendo con amabilidad.

El conde lo miró con mucha atención, casi con asombro:

—¡Oh, eso sí, naturalmente! Pero, por desgracia, ¿qué esperanzas puede haber de que sea inocente? ¿Ha encontrado usted algo? ¿Cómo va la investigación?

—Acaba de empezar; por lo que a mí respecta, acaba de empezar... —respondió De Vincenzi, sacudiendo la cabeza—. En cuanto al juez instructor, no creo que ni siquiera la haya comenzado todavía, si obviamos algunas formalidades...

—¿Lo ve? No, no; opino que no podemos hacernos ilusiones...

Y guardó silencio, agachando la cabeza.

—Es un crimen complejo y terriblemente oscuro —observó el inspector, para romper aquel silencio tan incómodo—. Todo parece inculpar a Aurigi. Nadie más que él podría ser el asesino. Y, sin embargo, la razón se rebela a aceptarlo...

—Sí; de hecho, la razón de quien hasta ayer lo había tratado, de quien depositó en él toda su confianza, hasta el punto de acogerlo en su propia familia, se niega a creer en su culpabilidad. Pero, justo porque temía que, en esta ocasión, la razón se identificara con los sentimientos... o con el interés, he creído mi deber tomar cartas en el asunto, hacer algo visible y efectivo para contribuir a que se descubra la verdad.

La ironía del inspector pareció ahora inequívoca:

—¿Recurriendo a las capacidades deductivas y de investigación de nuestro amigo Harrington?

El conde se levantó y dijo acalorado:

—¡Exacto! De todos modos, él será un testigo.

—¡A nosotros —exclamó con frialdad De Vincenzi— no nos hacía falta ningún testigo!

—¿Cómo es que su razonamiento, que no puede guiarse ni por los sentimientos ni por el interés, duda en aceptar todas las pruebas... que existen y que inculpan a Aurigi?

—¡Porque sería la primera vez que un delincuente emplea toda su inteligencia y astucia en demostrar de forma inequívoca su propia culpabilidad!

—¡Oh! —dijo Marchionni, encogiéndose de hombros—, Aurigi, de ser el asesino, no lo sería más que de forma fortuita.

—Sí... Pero, sin premeditación, este crimen no podía cometerse. Y, si aceptáramos que la hubo, no podría haberse cometido de esta manera...

—¡Por Dios! —exclamó el conde.

Las palabras del inspector, más que sorprenderlo, lo habían incomodado. Quiso cambiar de tema y, para volver a su realidad más inmediata y práctica, dijo, poniéndose recto:

—Usted quería interrogarme...

El inspector lo corrigió con una cortesía excesiva, que ponía en duda su

sinceridad:

—Le he pedido que mantuviéramos una conversación; ¡no me permitiría interrogarle! No le oculto, sin embargo, que tengo mucha confianza en que, con sus palabras, usted me ayudará a dar un paso decisivo en la investigación...

—No sabría cómo; pero puede comenzar...

Por un instante, De Vincenzi pareció concentrarse y después, mirando a su interlocutor a los ojos, preguntó:

—¿Anoche Giannetto Aurigi estuvo en la Scala con ustedes, en su palco?

—Aurigi era el novio de mi hija. Podría buscar justificaciones a este hecho, que me es imposible negar. Prefiero no buscarlas. Llevaban prometidos un año. Se iban a casar después de la Cuaresma. Sin embargo, puedo asegurarle que yo ya había decidido no permitir que se celebrara ese matrimonio.

—¿Por qué? Si quiere contármelo...

—Desde hace unos meses, Aurigi había comenzado a apostar. El mes pasado tuvo enormes pérdidas en la bolsa. Este mes, su situación era todavía peor... Aun en el caso de que no hubiera ocurrido... lo que ha ocurrido, Aurigi no habría podido evitar arruinarse.

—¡Comprendo! —dijo De Vincenzi—. ¿A qué hora abandonó Aurigi el teatro, anoche?

—Tras el segundo acto de *Aida*, sobre las once.

—¿Estuvo en el vestíbulo con él?

—Sí, eso es correcto —reconoció Marchionni, con una breve sonrisa—. Fui yo quien lo invité a que viniera conmigo al vestíbulo para hablar con él. Fue una discusión violenta, o todo lo violenta que puede ser una discusión en el vestíbulo de la Scala, lleno de gente que nos escuchaba.

—¿Aurigi abandonó el teatro justo después?

—No. Volvió al palco. Se quedó allí unos minutos con mi mujer y mi hija; a continuación, dijo que le dolía la cabeza, se despidió y salió.

—¿Usted permaneció en el palco con las señoras?

—Sí... naturalmente.

De Vincenzi notó que aquella fue la primera vez que, al responder, Marchionni había manifestado una ligera incomodidad. El conde lo miró y

siguió hablando rápido:

—Mientras tanto, comenzó el tercer acto... Mi hija fue a visitar a la marquesa de Belmonte, a su palco, y se quedó con la hija de la marquesa, que es amiga suya, hasta el final de la representación. Salió del teatro con ellas y volvió a casa en el coche de la marquesa.

—Muy bien... —murmuró el inspector—. Entonces, su hija llegó a su residencia hacia la una de la noche...

—Calculo que sobre esa hora, sí...

—¿Usted la vio llegar? —preguntó rápidamente De Vincenzi, mientras lo escrutaba.

—Sí... pero ¿por qué me hace estas preguntas? No veo el interés que pueda tener lo que hicimos ayer mi familia y yo...

—¡Tiene razón! No me interesa... Necesito precisar las horas para entender cuáles fueron los movimientos de Aurigi. Solo por eso pregunto por usted y su familia.

—Si realmente quiere saberlo, le diré entonces que, tras la representación, yo fui al Savini y después al Clubino... Del Clubino salí a las dos... o hacia las dos.

—¡Oh! —exclamó De Vincenzi—. ¡Qué extraño!...

El conde dijo sarcásticamente:

—¿Qué le resulta extraño? ¿Que yo, guiado por un presentimiento, estuve fuera de casa justo a las horas en las que se cometía un homicidio?

—Yo creo en los presentimientos —dijo De Vincenzi.

—En cambio, yo no. Y le diré que fue la discusión con Aurigi lo que me trastornó. Sentía que Aurigi estaba al borde de la ruina. Me temía lo peor, y estaba preocupado por el efecto que la separación, a estas alturas inevitable y definitiva, habría tenido sobre mi hija...

El conde paseó por el salón durante unos momentos, y acto seguido se plantó frente al inspector con determinación:

—Mi hija quería a su prometido —pronunció con fuerza—. Ella lo había elegido libremente. Con tal de casarse con él, habría estado dispuesta incluso a perder su título...

Dejó de hablar, esperó a que De Vincenzi dijera algo y, puesto que este también guardaba silencio, volvió a pasearse por el salón. Hablaba entre

dientes, como si se hubiera olvidado de que no estaba solo:

—Claro, jamás habría podido pensar en algo tan terrible... pero conocía la grave situación financiera de Aurigi... Lo veía abocado a la ruina..., a la quiebra..., puede que a la fuga... Sabía que Maria Giovanna, anoche mismo, discutió con él... Los vi hablar alterados tanto en el palco como en los pasillos...

Se detuvo otra vez y miró al inspector, que seguía callado y lo observaba:

—Un presentimiento, ¿eh? —dijo, y sonrió con amargura—. ¡Intuición! ¿Qué hay de raro en que me sintiera nervioso y turbado?

De Vincenzi creyó que había estado callado el tiempo suficiente.

—Cuando exclamé «¡Qué extraño!», no lo hice a causa de su presentimiento —dijo con voz tranquila—. La extrañeza provenía de otra cosa...

El conde se puso a la defensiva:

—Explíquese.

—Es extraño, decía, que usted viera regresar a su hija a casa a la una, si a esa hora usted se encontraba en el Savini... o en el Clubino...

El desconcierto del conde no fue excesivo. Sonrió:

—¡Ah!, ¿es eso?... En verdad, no la vi llegar a casa. El portero me dijo anoche a qué hora volvió, y mi mujer me lo confirmó. ¿Tiene esto alguna importancia para usted?

—¡Ninguna! —dijo De Vincenzi con indiferencia.

—¡Exacto! Ninguna. Y no creo que usted deba estrujarse el cerebro en exceso para reconstruir la escena del crimen...

—¿Le parece? Sí, hay más de una reconstrucción lógica posible, pero todas suenan mal, como campanas quebradas.

Marchionni le lanzó una mirada compasiva al inspector:

—¡Y usted ha llegado a esa conclusión!

—¡No! No he llegado a ninguna conclusión... ¡Sigo buscando!

—Muy bien —dijo el conde, con voz fría, como queriendo interrumpir la conversación—. Pero permitirá que Harrington también busque y no le obstaculizará su trabajo, ¿verdad?

—¡Por supuesto! Siempre que busque realmente pruebas de la verdad.

El conde se dirigió hacia la puerta de la sala de estar:

—Voy a decírselo, entonces, si le parece bien.

De Vincenzi se inclinó:

—Adelante...

Cuando lo vio en el umbral de la puerta, volvió a llamarlo:

—¡Disculpe, señor conde! ¿Le parece bien que llame a la condesa, para rogarle que me reciba?

Marchionni se giró despacio y miró a De Vincenzi con perfecta calma:

—No puede llamar a nuestro palacio, señor...

Hizo una pausa muy medida. ¡Sin duda, pensó De Vincenzi, este hombre es muy hábil! Había comprendido perfectamente cuáles eran las intenciones del inspector.

Y siguió con un tono casi irónico:

—No tenemos teléfono... Nunca he querido tenerlo.

—En ese caso, si lo considera oportuno, ¿podría informarla usted de mi visita?

—Naturalmente. Yo mismo avisaré a mi mujer, y usted podrá visitarla esta misma tarde...

Respondió a la inclinación del inspector con un gesto de cabeza y desapareció en el salón de estar.

De Vincenzi se quedó absorto. Aquella conversación le había abierto un nuevo horizonte. Nuevo, pero en absoluto tranquilizador. ¿Dónde acabaría todo? Ahora, el drama atravesaba caminos tortuosos y plagados de obstáculos de todo tipo. Era evidente que aquel caballero perseguía un objetivo que no era el que dicho caballero había confesado. De Vincenzi recordó la metáfora que había empleado antes, y pensó que también Marchionni sonaba mal, como una campana quebrada.

Pero ¿por qué? ¿Dónde estaba la grieta del conde, y qué la causaba?

Vaciló unos instantes. Acto seguido, se decidió y fue de prisa hacia la puerta del comedor. Se asomó, hizo una señal a Cruni para que se acercara y cerró la puerta. Cuando el sargento se le aproximó, lo tomó por el brazo confidencialmente y murmuró:

—Cruni, amigo mío..., usted confía en mí, ¿verdad?

A veces tuteaba al sargento y a veces lo llamaba de usted, según el momento.

A Cruni no le asombraron ni el tono ni las palabras de su superior. Lo conocía y lo apreciaba. Era un inspector que no hostigaba a sus subordinados con demasiadas peticiones. El único que se mostraba siempre amable con ellos. El único que no echaba la culpa a los demás de sus propios errores, ni eludía las tareas más aburridas de la profesión asignándoselas a otros.

—¡Han pasado ocho años, señor —dijo con voz casi conmovida—, desde que empecé a trabajar con usted! Es usted quien debe tener confianza en mí... ¡Yo haría cualquier cosa para ganármela!

Y subrayó esa última frase con un gesto enérgico, cerrando el puño y agitándolo.

De Vincenzi sonrió.

—¡Lo sé, Cruni! Pues bien, ahora voy a confiar en usted. Tengo que...

Dudó unos segundos, miró a su subordinado a los ojos y vio en ellos tal franqueza que, de inmediato, se decidió a continuar:

—Cruni, estoy a punto de hacer algo irregular... muy irregular... Y usted debe hacerlo conmigo, si accede a ello. ¡Es necesario! ¡Oh! No solo para salvarlo a él... —y señaló hacia la puerta del comedor—..., siempre que se merezca ser salvado...

El sargento lo interrumpió:

—¡Señor, ese hombre no ha asesinado a nadie! Se lo digo yo, que de esto entiendo: ¡no ha asesinado a nadie!

De Vincenzi respondió:

—¡No lo sé, Cruni! ¡Ni yo mismo lo sé! De lo que estoy seguro, sin embargo, es de que en este crimen hay algún elemento... justo el elemento más atroz... que no tiene nada que ver con Aurigi. Por eso, Cruni, es necesario que yo llegue hasta el fondo, ¿comprende? Las vías normales, legales, reglamentarias no son suficientes ni resultan útiles en esta ocasión... Para descubrir la verdad, debo hacer uso de otros medios, sean los que sean. Mi conciencia me autoriza a ello, es más, me obliga, aunque el reglamento o el código me lo prohíban. Por lo tanto, lo necesito. ¿Está dispuesto a ayudarme?

—¡Estoy a su disposición, señor! —dijo Cruni, poniéndose una mano en el pecho.

—¡Sí, cuento con usted! Ahora le diré qué hay que hacer; antes, llame a un agente. Tiene que haber dos en la portería. Que venga el más avisado.

El sargento salió de prisa y dejó abierta la puerta de entrada.

De Vincenzi miró hacia la puerta del comedor. Se acercó a ella despacio, mientras escuchaba con detenimiento. Nada, ni el más mínimo ruido. La entornó y vio a Giannetto sentado delante de la mesa, con la cabeza entre las manos. Estaba inmóvil, y tampoco reaccionó al movimiento de la puerta.

De Vincenzi sonrió con amargura y volvió a cerrarla. Retrocedió hasta el centro del salón y miró de nuevo hacia donde estaba Aurigi, esta vez con un gesto de ira. ¿Por qué se obstinaba en guardar silencio? ¿Por qué tenía él que salvarlo a toda costa?

Entonces entraron en el apartamento Cruni y un agente. De Vincenzi miró a este último y le dijo:

—Bien. Tú tienes que ir a esa habitación. —Y le indicó el comedor—. Verás a un señor, que está detenido. Queda bajo tu responsabilidad. Pero, cuidado, debes tratarlo con amabilidad y, sobre todo, pasar inadvertido, que no parezca que lo estás vigilando. Cierra la puerta, puedes incluso echar la llave por dentro si lo consideras oportuno, y no dejes que entre nadie a excepción del juez instructor, a quien, de todas formas, veré yo primero. ¿Has comprendido?

El agente se inclinó, extendiendo los brazos con un gesto torpemente expresivo y respondió:

—Sí, señor.

—Ve, entonces.

Y lo condujo él mismo casi hasta el interior de la habitación, tras lo cual cerró la puerta.

A continuación, se acercó a Cruni.

—Ahora, escúchame —le dijo.

De prisa, pero con la mayor claridad posible, le expuso los puntos más relevantes de todas las declaraciones del conde, y le ordenó que las verificara. Tenía que ir al Savini, al Clubino y al palacio del conde, e interrogar a todos los que pudieran confirmar o desmentir las palabras de Marchionni. Le pidió que fuera lo más discreto posible. Cruni debía entender que tanto él como el inspector estaban jugando con fuego al tratar de corroborar de aquella manera las declaraciones de un testigo tan importante. Cruni asintió con la cabeza, había comprendido perfectamente. En un momento determinado, exclamó:

—¡A mí ese hombre tampoco me parece trigo limpio; no señor!

—De un modo u otro, estimado Cruni, si el juez instructor se entera de lo que estamos haciendo sin su autorización, acaba con ambos. Para mí, no es problema; pero para usted...

—¡Oh, por mí...! —dijo el sargento, encogiéndose de hombros y, una vez cogido el sombrero que había dejado sobre una silla junto al recibidor, se dirigió hacia la puerta.

Justo en ese momento, desde fuera, alguien metió una llave en la cerradura. El ruido que hizo la llave al girar parecía preciso y seguro.

De Vincenzi agarró a Cruni por el brazo de inmediato y lo arrastró a un rincón. Los dos aguardaron allí, con los ojos fijos en la puerta.

La llave giró dos veces y la puerta se abrió lentamente.

CAPÍTULO 8

LOS DOS REVÓLVVERES

Se abrió la puerta, y apareció la figura de un hombre achaparrado y cuadrado. Llevaba un sombrero gris calado casi hasta los ojos y un largo gabán negro.

Se detuvo un instante para observar el recibidor, pero no vio a los dos policías escondidos detrás de la puerta de la cocina. Cerró con cuidado la puerta de entrada y avanzó despacio. Luego se dirigió hacia la habitación del criado y se quitó el gabán y el sombrero. Tomó el chaleco de rayas blancas y celestes y la chaqueta negra que estaban sobre la cama. Miró un momento las prendas, como si se estuviera preguntando sobre la conveniencia de ponérselas o no, y finalmente tomó una decisión: se quitó la ropa que llevaba y se puso la que había cogido. La nueva indumentaria denotaba claramente la función que ese hombre desempeñaba en la casa.

Acto seguido se dirigió hacia el comedor.

De Vincenzi pudo verlo con claridad: un hombre mayor, fuerte, macizo, con el pelo gris, pero la piel todavía tersa.

El inspector no le permitió entrar en el comedor y lo interceptó en el recibidor.

El hombre se sobresaltó e instintivamente se llevó la mano hacia el bolsillo posterior de los pantalones. Con voz un poco turbada a la vez que amenazante, preguntó:

—¿Qué hace aquí dentro?

El inspector le dijo:

—Usted es Giacomo Macchi, el sirviente de Aurigi.

El otro se estremeció, pero se rehízo casi al instante.

—Soy el sirviente del señor Aurigi, en efecto. Ustedes, en cambio, ¿quiénes son y qué hacen en casa de mi señor?

—Se lo explicaré después —respondió De Vincenzi, mientras se dirigía hacia el comedor—. Venga aquí. Ahora entrégueme el revólver que tiene en ese bolsillo y responda a mis preguntas.

—¿Con qué derecho me habla de ese modo?

—Soy inspector de policía. ¡Deprisa! El revólver...

El criado titubeó. Tuvo que dominarse y recomponerse para lograr sacar el revólver del bolsillo y tendérselo al inspector:

—No entiendo...

—Ya lo entenderá... —dijo De Vincenzi al mismo tiempo que se guardaba el revólver—. Un Browning... Seis y medio... Para siete cartuchos...

Hizo girar el tambor para verificar que estaba cargada. Olió el orificio de salida: con toda certeza, ese revólver no se había utilizado recientemente.

—Bonita arma, bien conservada... Muéstreme su licencia de armas.

—No tengo... —respondió el criado, tras un breve titubeo.

—Bien. ¿Y el revólver es suyo?

—Sí... No... ¡No es mío!

—¿De quién es, entonces?

—Del señor Aurigi..., de mi señor...

—¿Y por qué lo lleva usted?

—Lo cogí ayer por la noche. Lo pensaba devolver esta mañana... Él no se habría dado cuenta.

—¿Dónde lo guarda, por lo general?

El criado se dio la vuelta y señaló un pequeño mueble en el rincón de la habitación, cerca de la chimenea sobre la que el reloj de péndulo marcaba las once menos cuarto.

—Ahí, en ese mueble. En el primer cajón.

De Vincenzi fue allí e intentó abrir el cajón en cuestión, pero estaba cerrado. Se volvió hacia Giacomo:

—¿Y la llave?

El asombro del criado fue evidente.

—¡No lo sé! Estaba abierto... Siempre está abierto... —Se acercó al mueble y abrió el resto de los cajones, en busca de la llave—. ¡No lo entiendo! Ayer por la noche el cajón estaba abierto, y la llave en la cerradura.

De Vincenzi se dirigió a Cruni:

—Encuentre un cincel o cualquier herramienta... ¡Algo habrá en esta casa que sirva para abrir este cajón!

—¡Sí! —dijo el criado—. En el armario de la cocina está la caja de herramientas... Voy a por ella.

De Vincenzi lo retuvo aferrándolo por un brazo.

—No. Quédese aquí... —Y le hizo un gesto a Cruni para que fuera a la cocina.

El inspector, con la mano todavía cerrada sobre el brazo de Giacomo, lo miró a los ojos y le preguntó:

—¿Usted afirma, entonces, que anoche el cajón estaba abierto?

—¡Claro! El señor Aurigi deja siempre todos los cajones abiertos. Él sabe que puede confiar en mí...

—¡Ya veo! —dijo con ironía el inspector.

El criado se encogió de hombros y replicó:

—Le he dicho que lo habría vuelto a colocar en su sitio. Si le hubiera pedido que me lo prestara, lo habría hecho.

—¿Y para qué necesitaba usted el revólver anoche?

Giacomo no dijo palabra.

—¿Para qué? —insistió el inspector.

—¡Oh! —respondió con esfuerzo el criado—. ¡No sé por qué me hace usted tantas preguntas! ¿Que me ha encontrado un revólver encima? ¿Que no tengo licencia de armas? Entonces, si lo cree oportuno, arrésteme. ¡No tengo nada más que decir!

—¡Ah! ¿Eso cree?

Cruni volvió con un cincel, y el inspector se lo arrebató de la mano con brusquedad.

—Deme ese...

Se inclinó sobre el cajón y, haciendo palanca con el cincel, logró abrirlo. Miró en el interior y su asombro se hizo reconocible en la expresión de su rostro. Se giró y miró a Giacomo.

—¡Ojo! ¡Si está usted jugando conmigo, buen hombre, podría acabar arrepintiéndose!

El criado lo miró desconcertado:

—¿Yo? ¿Qué dice?

—¡Mire! —dijo De Vincenzi, sacando del cajón otro revólver—. ¿Y este de quién es? ¿Su señor tiene una colección de revólveres?

El estupor de Giacomo parecía inmenso.

—¡Claro que no! Solo uno. ¡Esa arma no estaba ahí! Yo no la he visto antes, señor. Deje que le eche un vistazo...

Y tendió la mano hacia el inspector, quien estuvo a punto de dársela, pero finalmente se contuvo de hacerlo.

Examinó el revólver, olió el orificio de salida, como había hecho con el otro, y reaccionó.

—¡Espere!

Colocó el revólver que le había quitado a Giacomo sobre la mesa, envolvió el segundo revólver con su pañuelo y se lo metió en el bolsillo.

Si volvió hacia Cruni:

—Llame ahora mismo al doctor, al cementerio municipal. Que me envíe la bala extraída del cuerpo... Y luego busque a un armero y dígame que a las... —Miró el reloj de péndulo de encima de la chimenea y sonrió, mientras sacaba del bolsillo su propio reloj. Sí, el reloj de péndulo marcaba una hora más—, que a las once venga aquí... En cuanto lo haya hecho, vaya usted donde ya sabe y haga lo que le he dicho...

—Muy bien, señor —dijo Cruni, que ya se disponía a salir de allí—. ¿Quiere que le diga a Paoli que suba con usted?

—No hace falta. Dígame solo que no se mueva de la portería bajo ningún concepto.

El inspector esperó a que el sargento saliera y, a continuación, se giró hacia Giacomo:

—Y, ahora, hablemos.

Se sentó y señaló una silla para el criado.

—Siéntese. Necesito saber muchas cosas de usted. ¿A qué hora salió de casa anoche?

Giacomo permaneció de pie.

—A las once. El señor Aurigi me había dado permiso. Él sabía que yo no habría vuelto hasta esta mañana...

De Vincenzi se sobresaltó.

—¡Ah! ¿Lo sabía?

—¡Por supuesto! —exclamó Giacomo—. Él mismo me dijo ayer por la mañana que me tomara la noche libre. Cada semana, el señor Aurigi me concede una noche libre. Por lo general, los viernes. Esta semana quiso cambiar el día. Ayer por la mañana, me dijo: «Giacomo, hoy es martes, pero no importa, te tomarás esta noche libre, en vez de la noche del viernes. Lo prefiero así».

Se hizo un silencio. De Vincenzi se decía que, cuanto más avanzaba la investigación, más clara parecía la culpabilidad de Aurigi.

—¿Y usted se lleva el revólver cada semana?

—Sí. ¿Qué hay de malo en ello? Voy a una casa en Cagnola, a cinco minutos andando desde el final de trayecto del tranvía. Las calles en esa zona, de noche, son peligrosas...

—¿Y Aurigi nunca advirtió que se llevaba... por precaución... su revólver?

—¡No, nunca! Se lo he dicho: él nunca tenía ocasión de usar el revólver.

—Bien. Verificaremos después la verdad de todo cuanto afirma. Pero ¡preste atención! Anoche se cometió un crimen en esta casa...

El criado dio un paso atrás. El terror que se dibujó en su rostro debía de ser sincero, pensó De Vincenzi; de lo contrario, ese hombre era un curtido criminal, un actor experto.

—¡No! —exclamó con voz áspera—. ¿Mi señor?

—No, su señor está a salvo. Pero dese cuenta de que todo lo que diga..., incluyendo su coartada..., es de vital importancia.

—¿¡No querrá decir que...!?

No intentaba ni siquiera esconder su propia turbación. Debía de sentirse sobre todo presa del miedo.

—¡Quiero decir justo lo que estoy diciendo! —dijo De Vincenzi con frialdad—. Pero usted no debe pensar en otra cosa más que en decir la verdad...

El hombre miraba a su alrededor aturdido.

—Pero ¿quién?... ¿Quién? ¿Y dónde está mi señor?

—¡Siéntese! —ordenó el inspector, y esta vez, de forma automática, el hombre se sentó—. ¿Ayer se quedó en casa todo el día?

—Sí.

—Cuénteme lo que sucedió aquí dentro durante la tarde de ayer...

—Pues... no sé... —respondió Giacomo, encogiéndose de hombros—. Nada fuera de lo normal, creo.

—¿Aurigi salió a las tres?

—Sí... a las tres... o quizá algo más tarde... No, creo que justo a las tres...

—Y, mientras él estaba fuera, vino...

—¿Lo sabe? —exclamó con asombro Giacomo. Y añadió—: Sí, vino la señorita... Le dije que el señor no estaba en casa y la hice entrar aquí, al salón. Nada raro, por otra parte. Cuando el señor Aurigi no está, la señorita siempre se queda aquí... o allí, en la sala de estar, y lo espera...

—¿La señorita venía cada día?

—¡No! —respondió sorprendido—. ¿Por qué iba a venir todos los días?

De Vincenzi lo escrutó. ¿Cuál de los dos mentía? ¿Él o la portera? La mujer había dicho que la señorita venía todos los días.

—¡Tenga cuidado! Intente ser lo más preciso posible. ¡Tengo entendido que venía cada día!

El criado se encogió de hombros y replicó:

—Si eso tiene usted entendido...

El inspector comprendió que el hombre que tenía enfrente era particularmente sombrío y susceptible. Hacía falta hablarle de otro modo.

—¡Bien! Intentemos descubrir la verdad. Si no venía cada día, entonces, ¿cuándo venía?

—¡Oh! De vez en cuando. Una vez a la semana, por ejemplo, algo más o algo menos dependiendo del periodo. Además, las suyas eran visitas muy breves. Se quedaba con el señor en este salón o en el comedor... Hablaban, pero la señorita tenía siempre mucha prisa. Naturalmente, el señor no se mostraba complacido con ello.

Era evidente que ese hombre, al menos sobre este punto, no estaba mintiendo. Al fin y al cabo, ¿por qué iba a hacerlo?

Pero, en ese caso, ¿cómo podían conciliarse las afirmaciones de la portera y las del criado?

Tampoco era posible que la portera mintiera. Cuando lo contó, estaba demasiado aterrorizada como para no decir la verdad. Por otro lado, si hubiera querido mentir por su propio interés, lo habría hecho negando ese hecho, así como lo intentó negar al principio, sin admitirlo. Era obvio que ella recibía dinero de Aurigi o de la misma señorita Marchionni, y algo así nunca se confiesa con gusto.

Pero ¿entonces?

¿Podía admitir De Vincenzi que la condesita entrara en el edificio de Aurigi, sin que fuera a visitar a su prometido?

La hipótesis era arbitraria. Pero ¿no es acaso la realidad misma arbitraria?

El inspector aplazó el estudio y la solución a este problema para más adelante. Por el momento, lo esencial era lograr que aquel hombre que tenía delante hablara.

—¿Y después? Continúe.

—Después de una media hora... quizá algo más... Oí que llamaban de nuevo. Era mi señor con otra persona...

Se interrumpió. Una idea se le cruzó por la cabeza. Se levantó, presa de una profunda agitación.

—¡No!... No es posible...

De Vincenzi también se levantó y miró a Giacomo a los ojos.

—¿Qué es lo que no es posible?

Pero hizo un gesto para impedir que el criado respondiera.

—¡No! ¡No responda! No me interesa lo que a usted le parezca posible o imposible. Cuénteme los hechos. ¿Quién era ese señor?

El criado volvió a su frialdad anterior.

—El padre de la señorita. El conde Marchionni. Yo me dije nada más verlo que había que advertir al señor Aurigi. A él no le habría gustado que el padre encontrara a su propia hija aquí, eso pensé. E intenté hacerle una seña para que no entrara aquí dentro, pero no me entendió...

—Entraron... ¿Y encontraron a la señorita?

—No, no... La señorita tuvo que escuchar las voces... No lo sé... Lo cierto es que se había escondido en el comedor...

De Vincenzi se estremeció. Empezaba a comprender, o eso creía.

—¡Ah! ¿Y después?

—El señor Aurigi y el conde permanecieron en esta habitación mucho tiempo, durante horas. Discutieron...

De Vincenzi lo interrumpió con un gesto. Miró hacia la puerta de la sala de estar. Se acercó allí y echó un vistazo al interior, pero no vio ni a Marchionni ni a Harrington.

Debían de encontrarse en el dormitorio o en el baño. Satisfecho, cerró la puerta de la sala de estar. Acto seguido, se volvió hacia el criado y le dijo con suavidad:

—Discutieron, sí. ¿A voces?

—Sí... De vez en cuando se oía algún grito, y luego callaban y retomaban la conversación con serenidad.

—¿Y la señorita?

—Se quedó allí una media hora. Luego, de repente, la vi salir por la puerta de la cocina. Estaba blanca como la cera. Me dijo: «Giacomo, le dirás al señor que vine pero que no pude quedarme a esperarlo. Lo veré esta noche en el teatro». La acompañé a las escaleras, con cuidado de que esta puerta estuviera cerrada y de que quienes estaban en el comedor no pudieran verla. Así, la señorita se marchó. Eso es todo.

—¿Su padre no la vio?

—No, creo que no.

—Y, mientras el señor Aurigi y el conde hablaban, usted, naturalmente...

De la sala de estar llegaron las voces del conde y de Harrington.

De Vincenzi se acercó deprisa al criado y lo empujó hacia el recibidor.

—¡Basta por ahora! ¡Seguiremos después!

La puerta de la sala de estar se abrió y aparecieron el conde y Harrington. Marchionni avanzó enseguida hacia De Vincenzi. Su expresión era todavía más irónica que antes, y dijo con voz sibilante:

—Se han examinado a fondo esas habitaciones, ¿no es así, señor?

Se percató de la presencia de Giacomo e, indicándolo, dijo:

—Este es el criado de... del...

—Sí, señor conde —interrumpió De Vincenzi—. Este es el criado de Aurigi, que usted debe de conocer, naturalmente, porque también tuvo

ocasión de verlo en la tarde de ayer.

El conde se había estremecido, pero venció con rapidez la ligera turbación que lo había invadido.

—Puede ser... ¡No creo que eso tenga mucha importancia! Por el contrario, me parece mucho más importante lo que tiene que decirle Harrington.

—¡Ah! ¿Harrington ha tenido ocasión de perfeccionar su teoría?

Cada vez más vanidoso y triunfante, el detective respondió:

—Apenas algunas apreciaciones, caballero. Para sacar esas conclusiones, no me ha sido necesario nada más que observar. Ellos lo habían tocado todo, pero (¡ya se sabe...!) a veces se pasan cosas por alto. Por ejemplo, en el suelo, allí en la sala de estar, bajo un sillón, he encontrado esto...

De Vincenzi tomó el papelito y lo observó. Después, levantó la cabeza, dio un pequeño silbido y miró a Harrington. «Pobrecillo», pensó para sí mismo, «¡démosle al menos esta satisfacción!».

Y dijo en voz alta:

—La mitad de una entrada de butaca de la Scala.

—Número 34 H. A la derecha. Fecha de ayer —comentó exultante el detective.

Una intensísima alegría se le dibujó en el pequeño rostro arrugado, que resplandecía tanto que logró eclipsar por un instante el brillo del gran diamante que colgaba de su corbata.

El conde intervino, con voz gélida:

—El sillón de Aurigi.

—Sé perfectamente que usted no se equivoca —dijo De Vincenzi, mientras sonreía y se giraba hacia Marchionni— al afirmar que era el sillón de Aurigi.

—¡No me equivoco, por supuesto que no! Durante el primer acto, antes de venir a nuestro palco, Aurigi estaba en una butaca, y recuerdo perfectamente qué fila era.

—¡Claro, claro! —exclamó De Vincenzi—. Entonces, diremos que esta es una prueba... La prueba de que Aurigi estuvo aquí dentro después de haber ido al teatro...

—Aquí, en su casa... y en esa sala de estar... —subrayó Harrington.

—Correcto... —susurró De Vincenzi, pensativo.

Después de un instante de silencio, se giró hacia el detective:

—Entonces, Harrington, expóngame su teoría.

—¡Oh! No creo revelarle ninguna novedad al decirle que...

Adoptó una pose de orador. Era el momento de su revancha. Pero sonó el teléfono en la antesala.

—Con permiso... —dijo De Vincenzi, y se dirigió deprisa hacia el fondo.

Descolgó el receptor y poco después se le oyó hablar.

—¿Dígame? Sí... Soy yo, comendador... ¡Oh! Por ahora, nada... Estaré con usted a mediodía y le informaré... No, no tan fácilmente... ¡Claro!... No haré ninguna declaración a la prensa. ¡Ah! Le han traído ya los resultados de laboratorio... Sí, gracias... ¿Cómo dice? ¿En el libro de contabilidad? Bajo la fecha de ayer... Qué curioso... Digo que es curioso y terrible. Luego se lo explicaré, comendador. Adiós...

Colgó el receptor y se quedó mirando al vacío durante un breve lapso de tiempo. Era obvio que las palabras del juez le habían desconcertado profundamente, y tuvo que quedarse un rato en el recibidor, porque no quería mostrar su turbación a los otros dos hombres.

Finalmente, volvió al comedor.

—Bien, ¿por dónde íbamos?... —hablaba deprisa—. Me estaban exponiendo; no, Harrington, usted me estaba exponiendo su teoría. ¿Puede compartirla con nosotros?

Harrington volvió a adoptar la misma pose de antes.

—Decía que las pistas y las pruebas..., la deducción y el sentido común..., todos los elementos del crimen..., el cálculo de las horas..., los móviles..., la psicología de las personas involucradas..., todo apunta a que el asesino es uno solo, y no puede ser otro que Aurigi...

De Vincenzi se había sentado y miraba a Harrington haciendo gala de un profundo interés por lo que este decía.

—¡Entendido! —dijo, interrumpiéndolo—. Por lo tanto, Aurigi habría quedado con Garlini en su casa... Habría venido aquí a la salida del teatro... Habría visto al banquero... Y lo habría asesinado... ¿Es así?

Harrington no se percató de la ironía de las palabras del inspector, y exclamó con fuerza:

—¡Por Dios que sí!

—¿Y cuál sería el móvil del crimen, en su opinión? —preguntó el inspector con voz serena.

Harrington se encogió de hombros con compasión.

—¡El dinero! Aurigi tenía que entregar al banquero Garlini en dos días, sí, escuche bien, en dos días, cientos de miles de liras, y no las tenía...

—¿Usted cree? —preguntó la voz irónica del inspector De Vincenzi.

—¡De eso yo doy fe! —intervino el conde—. No lo creo: ¡lo sé!

De Vincenzi se levantó y dijo con perfecta cordialidad:

—Permítame decirle, señor conde, que usted se equivoca, como todos nosotros nos equivocábamos. Hace dos minutos me ha llamado el juez instructor por teléfono. Resulta que me ha informado de que el mayor descubrimiento se ha hecho en los libros de contabilidad del Banco Garlini.

Miró el rostro de los dos hombres e hizo una larga y estudiada pausa.

—Aurigi —continuó después, hablando despacio— debía a Garlini exactamente quinientas cuarenta y tres mil liras.

—¡¿Ve usted?! —gritó el conde, con tono triunfal.

—¡Veo! —convino con serenidad el inspector—. Pero, según los libros de Garlini, ese dinero se devolvió ayer.

—¡No!

—¡Imposible!

El conde y Harrington reaccionaron a la vez. Su estupefacción era tan fuerte que debía de ser sincera.

Lentamente, De Vincenzi sacó de su bolsillo un papel doblado, lo abrió y posó su mirada sobre él.

Los otros dos hombres, todavía profundamente asombrados, dirigieron sus ojos al mismo sitio.

Tras una larga pausa, De Vincenzi dijo:

—Este recibo, señor conde, lo encontré en la ropa que llevaba puesta Garlini. Se lo leo. —Y, pronunciando muy despacio las palabras, leyó—: «Recibo quinientas cuarenta y tres mil liras del señor Giannetto Aurigi como liquidación de la cobertura del diferencial pasivo de sus acciones, vendidas a finales del presente mes de diciembre».

Le tendió el recibo al conde.

—¿Ve? Sellado y firmado. Todo en regla.

El conde estaba trastornado.

—Y usted dice —balbuceó— que este recibo...

—Exacto. Este recibo estaba en el bolsillo del frac de Garlini...

Tras un momento de pausa, añadió, señalando la parte derecha de su propio pecho:

—En este bolsillo del pecho...

—¡No, en ese bolsillo no! ¡Ahí no estaba! —exclamó el conde, que reaccionó de manera instintiva.

A lo que De Vincenzi respondió:

—En efecto, en ese bolsillo, no; era en otro... Pero usted, conde Marchionni, ¿cómo puede saber que no estaba ahí?

El conde estaba lívido.

Harrington, sorprendido, retrocedió un paso, como si quisiera alejarse de su cliente.

Un silencio inquietante invadió el salón.

CAPÍTULO 9

«¡YO LO MATÉ!»

Ninguno de los cuatro hombres del salón se movía. De Vincenzi, con las manos en los bolsillos, tranquilo y sereno, observaba al conde sin que su mirada pareciera demasiado penetrante. Tenía ganas de restarle importancia a la exclamación del conde, de quitarle hierro al asunto, de simplificarlo, e ignorar el valor del grito que había dado de forma inconsciente, y que lo apuntaba como uno de los actores vulnerables y vulnerados de este drama.

Por su lado, Marchionni, como si hubiese comprendido la intención del inspector, se calmó al instante. Ni rastro de la más mínima conmoción; solo se hacía patente su inmovilidad, que ni siquiera una respiración más acelerada de lo normal lograba romper. Se podría decir que, del mismo modo que De Vincenzi, el conde esperaba que los hechos se explicaran por sí solos.

El más desconcertado de todos era Harrington, cuyo diamante absorbía la escasa luz que quedaba en sus apagados ojos. Toda su astucia se había desvanecido de su rostro descolorido. Se había alejado de Marchionni, y ese gesto no era sino la manifestación de su voluntad de desvincularse del asunto, puesto que se sentía sobrepasado y había perdido todo deseo de seguir con la investigación.

El último en llegar, y que hasta ese momento se mantenía en un segundo plano, Giacomo Macchi, el criado, también él algo apartado debido a su acostumbrado rol de servicio, miraba hacia el suelo. Era evidente que se sentía más incómodo que sorprendido por todos los acontecimientos que se habían desencadenado a raíz del asesinato y que ahora parecían cargados de un peligro inminente, como una bomba de relojería.

De Vincenzi repasaba mentalmente los hechos con la intención de hacer balance con la rapidez del navegante que teme una tempestad. No había tiempo para sacar el sextante y calcular con precisión. Hacía falta, sobre todo, dejarse llevar por el instinto. Por intuición le había tendido una trampa al conde Marchionni, casi de forma involuntaria, y, cuando de manera deliberada había mentido al afirmar que el recibo no estaba en el bolsillo del pecho de la chaqueta del cadáver, ni siquiera él mismo sabía por qué había dicho esa mentira. Había dado frutos inesperados, pero ¿qué valor tenían? ¿Era posible pensar que el conde Marchionni asesinó a Garlini? Sí, era posible, pero entonces era necesario encontrar el resto de las piezas del caso, que todavía faltaban.

De Vincenzi pensaba y, al mismo tiempo, quería prohibirse pensar. Le hubiera gustado actuar como un zahorí, movido por una fuerza inconsciente. Buscaba un asesino y tenía que encontrarlo con una varilla.

El silencio envolvía a aquellos cuatro hombres inmóviles, y ya no era tenso, sino casi cataléptico, viciado.

¿Cómo romper una atmósfera tan turbia? ¿Cómo volver a respirar aire fresco? ¿Cómo moverse? Una nueva intervención del azar irrumpió en la escena como una piedra lanzada a un estanque.

Volvió a sonar, inquietante, el timbre de la puerta, y todos se sobresaltaron. Sin darse cuenta, habían suspirado aliviados.

Pero el alivio fue breve.

Otra incertidumbre los agarrotó a los cuatro: ¿qué nueva sorpresa, y de qué tipo, iba a atravesar la puerta que el agente apostado en el recibidor estaba a punto de abrir?

La persona que entró era una mujer. Pasó por delante del agente y entró en el comedor, en absoluto extrañada por la presencia de aquellos hombres que la miraban con ojos atónitos.

Era muy bella, joven y elegante. Sostenía con las manos enguantadas un bolsito de oro y se cerraba sobre el pecho el abrigo de piel.

De Vincenzi la miró con los ojos abiertos de par en par y respirando con dificultad.

¡La mujer de la fotografía! ¡La mujer del joven rubio!

Y, además, no le cabía la menor duda, la prometida de Giannetto Aurigi.

Los acontecimientos se sucedían rápidos, a fogonazos inesperados.

Ahí estaba el anillo de compromiso.

El último piso de la vivienda, aquella buhardilla preciosa y ordenada, acababa de ligarse con el segundo piso, el apartamento de soltero de Aurigi, donde se había encontrado el cadáver.

Aquel nuevo vínculo confirmaba la complejidad de los hechos, misteriosos y oscuros, que al manifestarse de golpe trastornaron el espíritu de De Vincenzi.

Se sentía profundamente turbado. Una leve ansiedad lo invadía. Aquel hombre, encerrado en la habitación de al lado, bajo vigilancia, que él mismo había tenido que declarar bajo arresto, ¿no era, pues, solo inocente, sino también víctima de una desgracia incluso mayor, una desgracia que aún ignoraba, pero que iba a consternarlo todavía más? ¿O él la conocía y todo el asunto se fundamentaba sobre dicho conocimiento?

¡No era posible!

Giannetto no conocía ni tan siquiera el nombre de Remigio Altieri.

Y, además, ¿cómo podía ser que un drama que incumbía a tres personas—el triángulo fatal, el círculo mágico de la traición amorosa— pudiera haber afectado a una cuarta que solo conocía a uno de ellos, y que en todo caso mantenía con él una relación que se limitaba a las finanzas?

De Vincenzi tuvo que hacer un esfuerzo titánico para no mostrar todo su desconcierto.

El primero que habló fue Marchionni. El anciano, al ver entrar a su hija, se había sobresaltado y se había puesto pálido.

—¿Por qué has venido, Maria Giovanna? —preguntó con voz rauca en la que vibraba, más que la indignación, una angustia reprimida.

La hija miró a su padre con naturalidad, casi sorprendida por aquella pregunta:

—¿Por qué te asombras, papá? Soy la prometida de Giannetto Aurigi...

Los ojos del conde centellearon.

—Tú ya no eres la prometida de Aurigi, y este no es lugar para ti. ¡Vuelve a casa!

—¡Te equivocas, papá! —Y su voz era tan nítida y precisa que daba la sensación de que ignoraba lo que, en cambio, sí sabía—. Aunque Giannetto hubiera sido el asesino, yo no lo abandonaré. ¡Pero él no ha matado a nadie!

¡Lo sé!

—¡Calla! ¡Estás loca, Maria Giovanna!

El grito, esta vez, iba cargado de violencia. Se veía que Marchionni se contenía para no arrojarse sobre su hija y cerrarle la boca con las manos.

Se giró hacia De Vincenzi y dijo, con tono de súplica y una angustia que lo torturaba:

—¡No la escuche! ¡No le haga caso!... ¡No sabe lo que dice!

De Vincenzi observaba.

Despacio y con la misma naturalidad, Maria Giovanna dijo:

—¡No! ¡Aurigi no mató a Garlini!... ¡Yo lo maté!

Tras estas palabras, todo el drama se redujo a ellos dos: padre e hija. De Vincenzi se había desvanecido, junto con los otros dos, que no tenían cabida en aquella escena. No existían más que el anciano caballero, que temblaba de cólera y terror, y la joven, muy guapa, solo un poco pálida, con los labios demasiado encendidos, como una herida abierta en medio de la palidez.

—¡Loca! ¡Loca! ¿Por qué mientes? ¿Para salvarlo?

Juntó agitadamente las manos y, volviéndose de nuevo hacia De Vincenzi, suplicó:

—¡No la crea!... ¡Esto no tiene ningún sentido!... ¡Mi hija no estuvo aquí anoche! Miente para salvarlo...

La joven dio un paso adelante e hizo un gesto enérgico.

Afirmaba una verdad que sabía incontestable.

—¡Estuve!... Y tú, papá, ¿por qué mientes? ¿Para perderlo?

Los demás se estremecieron.

El hierro candente, en ese momento, penetraba en la herida abierta, giraba y la descarnaba.

El conde se derrumbó de pronto sobre el sillón, como si hubiera recibido un mazazo en la cabeza. Con la cabeza entre las manos, respiraba con dificultad.

Todos guardaban silencio.

En aquel instante, el reloj de péndulo tomó la palabra desde la chimenea y dio la hora con campanadas, una tras otra, lentamente.

De Vincenzi se sobresaltó.

Miró el reloj con ojos brillantes, como si hubiera tenido una revelación.

Movía los labios en silencio, contando cada campanada.

Casi sugestionados por él, los demás comenzaron a hacer lo mismo. Incluso el conde había levantado la cabeza.

El reloj sonó once veces.

Después, silencio.

Para zanjar el tema, De Vincenzi sacó su reloj y lo miró como si acabara de hacer una suma, o de poner el punto a una frase.

—Son las diez —dijo.

En ese momento, el conde también se levantó, y todos se sorprendieron. Giacomo dio un paso en dirección a la puerta, después se contuvo y volvió a su sitio. El único que no se percató de lo que sucedía fue Harrington.

El inspector parecía haberse liberado de pronto de una carga que no le había permitido moverse hasta aquel preciso instante. Se movió con desenvoltura. Ahora, para él todo se había vuelto fácil, espontáneo, natural.

—Caballeros —dijo con tranquilidad—, creo que todos ustedes, por diferentes motivos, necesitan un poco de descanso. No debe pedírseles a los nervios un esfuerzo mayor del que pueden asumir. De lo contrario, hay riesgo de que al forzarlos acaben desgarrándose.

Dirigió su mirada a cada uno de los rostros y prosiguió:

—El ambiente de esta habitación se ha caldeado demasiado. La temperatura es excesiva para que el cerebro pueda funcionar bien. Yo mismo temo que sus acelerados pulsos puedan influir en mi capacidad de reflexión. Comprenderán, por ello, que les ruegue que me dejen solo para que pueda pensar. Es necesario que ordene mis ideas y las domine. ¿No es eso cierto?

Nadie respondió. De inmediato, antes de que ninguno pudiera arrepentirse de su silencio, el inspector añadió:

—Gracias. Veo que me han comprendido. Entonces...

Miró a su alrededor y se dirigió, en primer lugar, al conde.

—Conde Marchionni, por favor, vaya a esa habitación...

Y lo acompañó hacia la puerta de la sala de estar.

Marchionni había recuperado la sangre fría y también su altanería.

—¿A qué conclusión pretende llegar? Espero que, por más que se haya sobrecalentado, su cerebro haya sido capaz de no otorgar un valor excesivo a las palabras insensatas de mi hija.

—¡Por supuesto! —respondió De Vincenzi, mientras lo empujaba con delicadeza hacia la sala de estar—. ¡No lo dude! Me he impuesto, sobre todo, no dar valor a las palabras... Creo, ahora más que nunca, que, en toda relación con nuestros semejantes, a falta de pruebas indiscutibles —y pruebas indiscutibles no existen nunca o casi nunca—, uno tiene que intentar descubrir solo el valor de los individuos... Le ruego que se ponga cómodo y espere ahí dentro...

El conde, cuando llegó a la puerta, se giró:

—¿Esto quiere decir que estoy detenido?

—¡Claro que no! Quiere decir que le ruego que se quede aquí solo por un breve periodo de tiempo.

—¿No teme las consecuencias de cometer un abuso?

—¿Abuso? —dijo De Vincenzi con voz realmente sorprendida—. Palabra flexible...

—¿Usted cree?

Y la ironía que encerraba aquella pregunta sonó como un latigazo. Pero De Vincenzi no se dio por aludido, y Marchionni se encogió de hombros y concluyó:

—Por lo demás, haga lo que quiera...

Y entró en la sala de estar.

El inspector cerró la puerta y volvió con el resto. A Harrington, que era el que tenía más cerca, le señaló la puerta del recibidor:

—Harrington, creo que usted ya no tiene nada más que hacer aquí. Hasta más tarde...

El detective venció su incomodidad y logró decir:

—No pretendo seguir con este caso, inspector. Otros informarán al juez de que se me ha imposibilitado hacer aquello para lo que se me había autorizado...

De Vincenzi lo interrumpió casi con violencia:

—¡Ah! ¡No, Harrington! De este asunto me encargo yo, y usted también se involucrará si yo así lo deseo. De todas formas, venga a verme a mi despacho hoy a las tres, por favor. Adiós.

Él mismo lo acompañó hasta la puerta y esperó a que hubo salido y hubo comenzado a bajar las escaleras; a continuación, se acercó al agente que

seguía esperando en el recibidor y le dijo:

—Síguelo... No servirá de nada, pero quiero darle una lección...

El agente siguió al detective y De Vincenzi cerró la puerta. Cuando volvía al comedor vio a Giacomo yendo hacia su habitación. Le cerró el paso.

—¿Adónde va?

—Creía que no me necesitaba a mí tampoco...

—De hecho, por el momento no le necesito, pero sí le hace falta usted a la casa, y dentro de poco también yo le necesitaré... Vaya y no se preocupe de otra cosa que de hacer su trabajo, haga como si no hubiera ocurrido nada.

El criado sacudió la cabeza:

—No creo que vaya a ser fácil hacer eso...

Otra vez con voz gélida, el inspector le dijo:

—Le será fácil, de todas formas, no venir aquí a menos que yo le llame.

Acto seguido, regresó al salón y cerró la puerta con cuidado; lo hizo con lentitud, como si estuviera dándole a su espíritu el tiempo suficiente para calmarse por completo. Cuando se volvió hacia Maria Giovanna, se mostró correcto y amable, y sonrió.

La joven, ni turbada ni intimidada por el auténtico interrogatorio que parecía estar a punto de comenzar, fue la primera en formular una pregunta:

—¿Dónde está Aurigi?

—No está lejos. ¿Quiere hablar con él?

—Se lo agradecería... —susurró Maria Giovanna, cuya voz dio una súbita muestra de inestabilidad.

—¿Con él antes, o conmigo? —preguntó De Vincenzi, mirándola con atención.

—Usted... ya ha oído lo que he dicho...

—¡Claro! Lo he oído; pero que lo haya oído no quiere decir que lo haya entendido ni, sobre todo, que me lo haya creído.

La joven suplicó:

—¡Debe creerme! He dicho la verdad...

—¡Una triste verdad, señorita! Que, si en realidad lo fuera, no salvaría nada ni a nadie.

—¡Por desgracia, ya no queda nada que salvar!

Había tanta desesperación encerrada en sus palabras que el mismo De

Vincenzi quedó desconcertado.

—De todos modos —dijo con fuerza, también para superar su conmoción—, yo tengo que entender qué ha ocurrido.

Y a continuación añadió, con voz afectuosa y amable:

—La completa ruina nunca es tan definitiva como uno la percibe en momentos de flaqueza.

La joven se estremeció visiblemente. Se quedó callada para contener el ímpetu de la desesperación que estaba a punto de desbordarla, pero no lo consiguió, por lo que tuvo que cubrirse el rostro con las manos.

—¡Lo que ha ocurrido en un solo día ha sido terrible! ¡Apiádese de mí!

—¿Cómo podría dejar de hacerlo, señorita?

La acompañó hasta un sillón y la invitó a sentarse. Ella se movía como una autómatas. Cuando De Vincenzi la vio resignada, insinuó con delicadeza:

—¿Por qué ha querido declararse culpable del asesinato de Garlini, señorita Marchionni?

La joven encontró fuerzas para un último acto de resistencia:

—¡Porque yo lo maté! —gritó.

—¿Y por qué lo habría matado... justamente usted?

—¿No es suficiente que le diga que yo lo hice?

Pero el inspector la miraba con tal intensidad que ella susurró sin darse cuenta:

—Hay cosas que no se confiesan...

—Sí... A veces es más sencillo confesar un delito que no se ha cometido.

Maria Giovanna lo miró, hizo un movimiento con la cabeza y después desvió la mirada hacia otra parte. Parecía tranquila. Se puso las manos sobre las rodillas, levantó la cabeza y dijo despacio:

—Usted se equivoca al no querer creerme. Yo he matado a Garlini, en realidad.

De Vincenzi cogió una silla y se sentó frente a ella.

—¿Queremos decir que se beneficiaría de todos los atenuantes, si fuera usted la asesina?

La joven se asustó. Ahora miraba al inspector aterrorizada y le gritó, como si quisiera alejar de sí una amenaza:

—¿Por qué dice eso? ¿Qué sabe? ¡Se lo ruego! Dígame lo que sabe...

—Cálmese. Lo que yo sepa no puede modificar lo ocurrido ni el rumbo de los acontecimientos.

Dos lágrimas aparecieron en los ojos de Maria Giovanna.

—¡Oh! ¡Créame... créame y no pretenda saber nada más!

—Usted ha matado a un hombre con sus manos, disparándole con un revólver en la sien...

Pronunció esas palabras despacio, marcando cada sílaba. Hizo una pausa. Justo después se levantó de golpe y avanzó hacia la chimenea. Tendió la mano para señalar el reloj de péndulo:

—Y después de haber hecho todo esto, condesita Marchionni, ¿giró las agujas del reloj para que marcaran una hora más?

Con profundo estupor, Maria Giovanna preguntó:

—¿Qué reloj? ¿Qué dice? Yo no he tocado esas agujas...

El grito del inspector sonó triunfal.

—¡En efecto! Usted no ha tocado este reloj. Estoy absolutamente convencido. Por eso mismo, usted no ha matado a Garlini...

—Pero ¿qué dice? ¿Qué tiene que ver el reloj? —repitió Maria Giovanna.

El inspector recuperó su tranquila indiferencia.

—¡No intente comprender! ¡Y créame! Es demasiado complicado hacerse condenar por un delito que no se ha cometido. ¡Es más difícil, desde luego, que salvarse habiéndolo cometido!

Sin cambiar el tono de voz, preguntó de repente:

—¿Dónde estuvo anoche, condesita Marchionni, desde las once y media hasta la una?

En ese momento, fue Maria Giovanna quien gritó victoriosa:

—¡En esta casa!

—¡Lo sé! —dijo con la misma tranquilidad De Vincenzi, y sacó del bolsillo del chaleco el pequeño pintalabios rojo que Maccari había encontrado debajo del sillón.

Lo miró un instante y se lo tendió a la joven.

—Con su permiso..., esto le pertenece.

La condesita cogió el pequeño objeto de oro reluciente y preguntó:

—¿De dónde lo ha sacado?

—De aquí. Estaba en el suelo de este salón. Es un inofensivo pintalabios

rojo... carmín artificial... reaviva el rostro... Es una convención y una concesión. Ciertamente, un signo de vida, y usted, señorita, lo perdió aquí... Se le cayó en esta casa... —Tras un breve silencio, continuó—: Y no es lo único que perdió anoche en esta casa, condesita...

Maria Giovanna suspiró como para sí misma, afligida:

—¡Es cierto! También he perdido la razón...

De Vincenzi se acercó a ella y dijo en voz muy baja, en un levísimo susurro:

—Y también un frasco de veneno, que puede hacer perder la razón y la vida.

Maria Giovanna se puso todavía más pálida, si eso era posible, y sintió vértigo.

—¿Cómo es que sabe eso?

—¿Saberlo? ¡Yo no sabía que el frasco fuera suyo! ¡Usted, sin embargo, no creía haberlo perdido!

La joven se retorció las manos con desesperación y protestó:

—¡Oh, esto es una tortura!

—¿No quiere decirme qué ocurrió en realidad aquí dentro anoche? —Comenzó a pasearse por el salón sin dejar de hablar—: Antes o después descubriré toda la verdad... Este asunto está cerrado, a estas alturas. Encerrado entre las paredes de esta vivienda. Hay pocas personas involucradas, y todas están aquí dentro. ¿Quiere que las nombre?

Horrorizada, Maria Giovanna gritó:

—¡No puedo..., no puedo más!

Y volvió a derrumbarse en el sillón.

CAPÍTULO 10

UN GRAN AMOR

El inspector esperó pacientemente hasta que Maria Giovanna se tranquilizó.

La veía sollozar. Con el rostro entre las manos, la joven se estremecía con frecuencia regular. Su dolor era terrible. De Vincenzi habría jurado que no había lágrimas en sus ojos; debían de estar secos, áridos. No era uno de esos típicos llantos infantiles, liberadores y purificantes, sino una crisis de miedo y angustia, una rebelión ante algo más poderoso y cruel, ante lo ineluctable.

Bajo el ala del sombrerito de fieltro negro se veía una abundante melena rubia que caía con suavidad sobre su blanca nuca, como una cortina de oro.

De Vincenzi esperaba.

Poco a poco fueron cesando tanto los sollozos como los temblores, y la joven, despacio, levantó y descubrió el rostro. Sus grandes ojos profundos eran suplicantes. Miró con humildad al hombre que se mantenía de pie frente a ella.

—¿Por qué no quiere creerme? Créame y termine con este interrogatorio que me atormenta. ¡Acepte mi confesión!

El inspector habló casi con dulzura:

—¿Y si buscamos juntos la verdad que incluso usted misma ignora? Solo cuando hayamos visto el rostro de esa verdad podremos intentar salvar todo lo que todavía no se ha perdido para siempre.

Maria Giovanna seguía mirándolo, pero no hablaba.

—Sí, es lo que usted también desea, señorita Marchionni. Por el amor que siente hacia sí misma, hacia su padre, hacia...

Estuvo a punto de nombrar a Giannetto, pero se detuvo. De pronto, se le había aparecido el pálido rostro —de facciones regulares, finas y transparentes como el cristal— del habitante de la buhardilla de los muebles demasiado valiosos...

¿Por qué no jugar esa carta ahora?

El tiempo apremiaba. Esta investigación no era la típica que pudiera conducirse con placidez burocrática. Cada minuto era importante.

Miró hacia la puerta de la sala de estar, tras la cual aguardaba el conde, y dudó. Quizá el viejo estuviera escuchando.

Se encogió de hombros.

Era consciente de que, una vez resuelto el caso y descubierta la verdad, el mundo de la joven habría quedado en ruinas.

—Por el amor que siente hacia... Remigio Altieri —dijo con lentitud, bajando la voz.

La joven se levantó de un brinco con el rostro repentinamente encendido, los ojos en llamas, y los labios palpitantes a causa de la indignación.

—¿Cómo se atreve? ¿Por qué pronuncia ese nombre?

De Vincenzi hizo un gesto para calmarla.

Por lo demás, la prefería así: dispuesta a luchar, en la plenitud de sus fuerzas.

—¿Por qué lo ha nombrado? ¿Quién le ha dado permiso para hurgar en mi vida? ¿Cómo se ha enterado?

—Usted se olvida de que Remigio Altieri vive en este mismo edificio...

Como un rayo, una idea se le cruzó por la cabeza: la señorita, como la llamaban la portera y el criado, iba casi cada día a la Via Monforte y pasaba por delante de la portería, pero no siempre para visitar a Aurigi.

—Y no quiere recordar que venía casi a diario a visitarlo ahí arriba, al último piso...

Se derrumbó al instante. La sangre, que había vuelto a sus mejillas, regresó a su corazón, dejando su rostro pálido, blanco como el mármol.

—¿Cómo se ha enterado? —murmuró.

—No importa cómo haya llegado a enterarme. Lo importante es que Aurigi todavía no se ha enterado...

Y señaló hacia la puerta cerrada del comedor.

Maria Giovanna dirigió allí su mirada.

—¿Está ahí dentro? —preguntó con voz casi inaudible.

—Ahí dentro, bajo arresto —pronunció con firmeza el inspector—. Y, quizá, él preferiría...

—¡Se lo diré yo misma! —afirmó Maria Giovanna, irguiéndose—. Se lo habría dicho hace mucho si... —Pero se detuvo—. Pues bien, todo esto no tiene nada que ver.

Había recuperado su energía una vez más. De Vincenzi comprendió que habría luchado con uñas y dientes, como un tigre, ahora que su secreto había sido descubierto.

Tenía que marcarla de cerca para no perder su ventaja sobre ella.

Sin embargo, ¿era real esa ventaja? ¿O, por el contrario, avanzaba en la investigación a tientas, sin haber descubierto nada esencial o concreto, correteando tras luces efímeras que aparecían en las tinieblas para, justo después, alejarse y desaparecer, autónomas y fantasmales como fuegos fatuos?

—¡Deje fuera de esto a Remigio Altieri para siempre!

—No me es posible, señorita Marchionni. Hasta que no sepa quién mató al banquero Garlini, me es imposible descartar nada ni a nadie. El señor Altieri tendrá que responder por sí mismo, como todos los demás.

—¡Ah, no!

El grito sonó reprimido, pero terrible. Había en él tanta pasión contenida que el comisario se estremeció hasta la médula, tuvo la sensación física de una vibración intensa y eléctrica.

¡Cómo lo amaba!

Pero ¿por qué, entonces? ¿Por qué había venido para confesar el asesinato de Garlini, y poder así salvar a Giannetto?

Precisamente ella había estado aquella noche en aquella casa. Y había extraviado un frasco de veneno y un pintalabios rojo.

Y, pese a todo, no lo había matado ella. No podía haberlo matado.

«¿Por qué no lo mató ella?», se preguntó una vez más el inspector, y lanzó una rápida mirada al reloj de péndulo, que era la clave de todo el misterio.

Maria Giovanna estaba erguida, envalentonada, con los centelleantes ojos

fijos en el inspector.

—¡Ah, no! —repitió—. Usted no involucrará a Remigio Altieri en todo esto. Él no tiene nada que ver. Su única culpa es amarme, del mismo modo en que yo lo amo. Porque yo lo amo. Solo una razón más fuerte y terrible que nuestro propio amor, que nuestro instinto de conservación, me habría inducido a arruinar su vida y la mía, pero lo amo, ¿comprende? ¡No amo a nadie más que a él! ¡Y quizá, a estas alturas, ya le habré arruinado la vida! Pero involucrarlo en todo esto, ¡no!... ¿No entiende usted que todo el drama que estamos viviendo es abyecto? ¡Y él es puro! ¡Él está por encima de toda sospecha!

Habló deprisa, pero en voz baja. Se detuvo y esperó.

—Pues bien, todo esto puede que sea así —dijo De Vincenzi—. Pero yo debo saber.

Y se dirigió hacia la puerta.

—¿Adónde va?

La joven lo había seguido y se disponía a interponerse en su camino.

El inspector no se giró.

—¿Adónde va? —repitió, y lo agarró por el brazo.

—¡A verlo a él!

Se liberó de la mano de Maria Giovanna y continuó avanzando. Abrió la puerta.

—¡Deténgase! ¿Qué quiere saber de él? Yo le diré todo lo que haya que saber..., todo cuanto sé... ¡Pero no lo interrogue! ¡No le haga partícipe de este horrible episodio! ¡Él no tiene nada que decirle!...

De Vincenzi se detuvo.

—¿Por qué vino a vivir aquí?

Maria Giovanna lo miró detenidamente, como si quisiera leer en sus ojos hasta qué punto conocía la verdad.

—Él no vino... Él ya estaba. Creo que siempre vivió aquí.

—No. Hace apenas dos años.

—¡Ah!

—¿Por qué sigue mintiendo?

—Está bien, es verdad. Se mudó aquí cuando yo me prometí con Giannetto Aurigi.

—¿Y por qué se prometió con Aurigi si no lo amaba a él, sino a otro?

La joven vaciló y guardó silencio. Parecía confundida, pero nada en ella mostraba vergüenza o pudor, sino más bien, una nueva angustia.

—¿Por qué quiso usted hacer eso? —insistió De Vincenzi, que se erigió en acusador de ella en aquel momento mientras seguía agarrando el picaporte de la puerta, dispuesto a abrirla.

—No puedo decírselo. Todavía no puedo decírselo. Había para ello una razón férrea, opresiva, terrible, como un castigo divino. Pero no puedo revelársela. Y permítame confiar en que no deba revelársela jamás.

El inspector calló. La observaba. Parecía sincera. Al fin y al cabo, todo en ella desprendía una pasión tal, un amor tan exclusivo y violento hacia el joven de la buhardilla que era difícil imaginar que se hubiera resignado a renunciar a él a no ser por una razón imponente, más fuerte que ella misma y a la que no pudiera enfrentarse.

—No me la revele. Quizá no tenga nada que ver con todo esto. Pero es un hecho que cuando Remigio Altieri se enteró de que usted se había prometido con otro hombre, con Giannetto Aurigi, quiso venir a vivir a esta casa. ¿Cuál fue el sentimiento... o el cálculo que lo indujo a tomar esta decisión, y a usted a acceder a ello?

—¿Por qué habla de «cálculo»? —exclamó reprovando la joven—. Pues bien, esperaba que usted hubiese comprendido... que usted fuera humano...

—¡No sé! ¿Por qué no me lo explica?

—¿Qué tengo que explicarle? Altieri fue mi profesor de francés desde que yo era muy joven. ¿Acaso eso significa que él era también demasiado joven? ¡Es cierto! Mi padre lo eligió porque cobraba menos que otros profesores... Mi padre siempre ha sido muy ahorrador...

Dijo esa última frase de prisa, ruborizada, dando a entender que aquella no era la razón, sino que había alguna otra. Justo después intentó hacer olvidar esas palabras:

—¡Fue el Destino, ya se lo he dicho! Tuvo que ser así, de otra forma no lo habría conocido. Y lo amé. ¡Oh!, no a primera vista, naturalmente. Durante los primeros años no me daba cuenta del sentimiento que él albergaba hacia mí, y que día tras día iba surgiendo también en mi corazón. A él jamás se le habría ocurrido confesármelo, de no ser porque un día... Debo decirle que durante los últimos años, cuando ya no era una niña..., cuando era una

señorita libre, o casi..., porque mi padre siempre me educó en libertad, y me inculcó un sentido de responsabilidad hacia mí misma y hacia los demás..., con mucha frecuencia dábamos la clase mientras paseábamos... Por otro lado, a esas alturas no eran clases propiamente dichas, sino conversaciones en francés... Un día, hace tres años más o menos, salimos de la ciudad, más allá de Acquabella... Era nuestro paseo favorito... Nos cayó una tormenta..., uno de esos aguaceros de otoño, repentinos y que parece que quieren tragarse la tierra. Estábamos en campo abierto, más allá de las vías del tren, de las fábricas y las casas... En una pendiente, había una zanja... El terreno curvado hacia dentro formaba una especie de refugio... Corrimos hacia allí para protegernos... Era estrecho... El agua nos llegaba de costado... Nos pegamos lo más que pudimos al terreno... Y me encontré entre sus brazos... ¡Fue repentino! Para mí, aquel abrazo fue una revelación... Cuando volvimos a casa, sabía que lo amaba.

Narró ese episodio mientras lo revivía en su memoria, y estaba tan absorta que llegó a olvidarse de la realidad del momento. Sus ojos brillaban; sus mejillas ardían.

—¡Así fue! —dijo, y parecía que no hubiera nada más que contar.

Para ella, todo comenzaba y terminaba en aquel amor.

—¿Y después? —preguntó con amabilidad el inspector.

También él se sentía conmovido. Una extraña y ligera turbación lo había invadido. Una gran ternura, un deseo inesperado de hacer el bien, de sembrar la felicidad en su entorno.

—¿Y después? —repitió—. Continúe. La comprendo.

—¡Sí! —exclamó Maria Giovanna—. ¡Quizá usted me comprenda! Pero los demás es más difícil que lo hagan. No puedo contarle todo. Es necesario que me crea, pese a que lo que yo le diga no resulte claro.

Se detuvo a reflexionar un momento.

De Vincenzi había retirado la mano del picaporte. Ahora era inútil amenazar con subir a la buhardilla. Todo le parecía lógico, natural, bueno.

—Vivimos días de éxtasis. Tenía la sensación de encontrarme en otro mundo, de haber dejado de ser yo misma. Remigio venía cada día a darme clase... pero entonces hablábamos de nosotros, de nuestro amor. Él hacía proyectos. Lo habría sacrificado todo. Habría trabajado el doble. Debía conseguir labrarse una posición. Yo, sin embargo, no quería ocultar nada a

mis padres. Quería que lo supieran. Remigio me había contado la historia de su padre, y también yo me sentía capaz de abandonar a mi familia, de huir con él, del mismo modo que hizo su madre... No obstante, no me atreví a hablar inmediatamente con mi padre... Una mañana, mi madre me preguntó. ¡A una madre no se le escapa nada de lo que sucede en el corazón de su propia hija! No supe callarme... No quise mentirle... Lo confesé todo. Mi madre me adora... Creí que iba a abrir sus brazos, feliz a causa de mi propia felicidad... Sin embargo, rompió a llorar...

Hizo una pausa, miró fijamente a De Vincenzi como para suplicarle que la comprendiera y le permitiera callar aquello que no quería contar, que no podía decir.

—Sí. Rompió a llorar y me dijo que mi padre quería que me casara con Giannetto Aurigi. Sentí una terrible punzada. Mi primer impulso fue rebelarme. Por encima de todo, me sentía incapaz de tomar parte en aquella farsa. Pero después...

Calló. Temblaba.

—¿Y él? ¿Altieri? —preguntó De Vincenzi.

—¡Ah!

Se alejó. Fue al sillón. Se sentó. Parecía absorta. Miró hacia la puerta del comedor. Se estremeció.

A continuación, se giró hacia el inspector y le siguió hablando con voz blanca, con intención de seguir con el relato, sin interrumpirse, sin lagunas. En su cabeza, por desgracia, no existían las lagunas.

—La primera vez que vine a esta casa para visitar a Aurigi... ¡era necesario que yo viniera!... me encontré a Remigio en el portal. Me estaba esperando. ¡Me dijo que vivía aquí! ¡Así siempre lo iba a tener cerca! Su sufrimiento era infinito. ¡Un martirio, créame! Duró dos años... Después, hace algunos días, se cernió sobre nosotros la terrible angustia de este drama... Hasta el horror de anoche... ¡Y, después, hoy! Terrible presente, que me parece...

—¿Qué drama? —interrumpió el inspector, que se inclinó hacia la joven—. ¿Qué drama vivíais?

—¡No! —gritó—. ¡No!... ¡No puedo decirlo!... ¡No debo!

Fijó su mirada sobre ese hombre, cada vez más cerca de ella, e intentando leer sus ojos agitó las manos como para alejarlo.

—¡Yo maté a Garlini! ¡Yo maté a Garlini!

Y calló, exhausta.

De Vincenzi se alejó de ella con un gesto de rabia. Su cara se contrajo.

Sentía, una vez más, que la verdad se le escapaba.

Todo ese relato no había servido para otra cosa que para alejarlo del punto crucial. Y había permitido que la joven se recuperara, y volviera a atrincherarse tras aquella mentira heroica e inútil.

¡Ah, no! Ahora habría llegado hasta el fondo de la cuestión.

Esa juventud torturada por el dolor lo angustiaba, pero había un cadáver, él debía cumplir con su deber y sentía, además, la imperiosa necesidad de salvar a Aurigi, sobre todo ahora que era consciente de su infelicidad, dado que se iba a poner en duda su hombría, y su corazón iba a acabar hecho pedazos.

Quizá todo ese relato era sincero. Es más, él lo consideraba sincero y verídico. Pero no explicaba el asesinato, ni la presencia de Maria Giovanna en ese apartamento justo la noche del crimen; sobre todo, no explicaba la existencia del frasco de veneno.

Y luego estaba ese otro hombre del piso de arriba, que, a tenor de los acontecimientos, sin duda arrojaba una nueva luz sobre los hechos. Él también debía de saber algo, porque ¿cómo podía suponerse que durmiera tranquilamente mientras, muy cerca de él, la mujer que amaba estaba viviendo una terrible tragedia?

Era momento de actuar.

Miró a la mujer. ¡Por supuesto! Empezaría por ella.

CAPÍTULO 11

EL DOLOR MÁS ALLÁ DEL DOLOR

La puerta de la sala de estar se abrió y en el umbral apareció el conde Marchionni.

Su rostro estaba contraído, y su mirada, centelleante. Un ligero temblor agitaba sus labios. Se puso a observar a su hija y a De Vincenzi, inmersos en ese terrible drama, y guardó silencio.

De Vincenzi, tras una breve pausa, dijo con voz decidida:

—Está bien, señorita, entonces hablaré yo. Pero será más doloroso para usted, porque para completar mi razonamiento deberé recurrir a la imaginación. Debo reconstruirlo todo, hasta el último detalle. Y seré brutal, porque me he visto obligado a buscar la verdad analizando cada elemento, mirando más allá de las apariencias...

Marchionni intervino con voz cortante y dando un paso al frente:

—¡Las apariencias engañan, inspector!

De Vincenzi se giró sin asombro, y dijo con profunda amargura:

—¿Ha estado escuchando usted?

—Su forma de proceder no es la reglamentaria. ¿Qué valor puede darse a una confesión sonsacada, con sus medios, a una mujer?

La frase golpeó de lleno a De Vincenzi, que se estremeció. La sangre incendió sus mejillas, y se dirigió rápidamente hacia la puerta del comedor.

—Muy bien: si así lo quiere, hagamos las cosas siguiendo el método correcto.

Llamó a la puerta.

—¡Abre! Soy el inspector.

La puerta se abrió de inmediato y apareció el agente de policía. De Vincenzi lo apartó con violencia.

—¡Fuera! Allí, a esa habitación... Donde quieras.

Lo empujó hacia el recibidor, cerró la puerta y volvió rápidamente sobre sus pasos.

—¡Aurigi! ¡Aurigi! Ven aquí.

Todavía con el frac puesto, la cara cansada y la mirada alucinada, apareció Giannetto. Vio a Maria Giovanna y al conde e hizo un amago de alejarse, preparado para defenderse. Retrocedió, pero De Vincenzi lo retuvo.

—¡No! Acércate.

Y lo empujó hacia el centro de la estancia. A continuación, miró desafiante al conde.

—¡Perfecto! Ya están casi todos. ¿Considera ahora que estoy siguiendo el procedimiento oficial, conde Marchionni?

—¡No lo creo! —exclamó el anciano—. He oído hablar de un juez instructor y conozco el Código Penal.

—¿Conoce también —preguntó de golpe el inspector, con ironía—, además del Código, el tratado clásico de Tardieu sobre los síntomas y desarrollo del envenenamiento por ácido prúsico?

—¿Qué quiere decir? —preguntó el conde.

Maria Giovanna se había acercado y estalló con voz aterrorizada:

—¡Ah! ¡No, eso no! ¡No tiene derecho!

Pero De Vincenzi no se detuvo.

—Quiero decir —declaró con voz glacial—, y tengo derecho a decirlo, que a su hija, conde, anoche, en esta misma casa, se le cayó un frasco con suficiente ácido prúsico como para matar a media docena de personas.

—¿Tú estuviste aquí anoche? —gritó el conde a Maria Giovanna.

En el tono de su voz no había, en verdad, más que una desesperada súplica.

—¡Sí que estuvo! —respondió De Vincenzi, interponiéndose entre el padre y la hija—. Mientras usted se encontraba en el Savini o en el Clubino...

El conde y el inspector se encararon.

—¿Cómo puede usted negarlo, si su hija lo ha confesado?

El conde respondió con sarcasmo:

—¡También ha confesado que mató a Garlini!

—¡Claro! Sin embargo, no lo mató ella. En eso estamos de acuerdo. Pero ¿de dónde saca usted, conde, la certeza de que no fue ella la asesina?

Marchionni vaciló un segundo, después se encogió de hombros y respondió:

—No habría sido capaz...

—¿Por qué no afirma también que no tenía ningún motivo para matarlo?

—¿Qué motivos podía tener?

—Soy yo quien le pregunta.

—Solo había una persona con motivos para matar a Garlini...

—¿Usted cree?

El conde, tendiendo el brazo hacia Aurigi, exclamó:

—¡Él!

—De hecho, Aurigi —continuó De Vincenzi con decisión— ha admitido que lo mató... Él también. ¿No cree que dos confesiones de un mismo crimen son demasiadas? ¿Y no le parece que esta implacable voluntad suya de acusar a Aurigi es... inexplicable?

—Mi hija, llevada por su noble amor, ha intentado sacrificarse.

—¿Lo cree de verdad? De todas formas, el sacrificio ha sido inútil.

La conversación entre los dos hombres había sido rápida; sonó ahora la acongojada voz de Aurigi dirigiéndose a Maria Giovanna:

—Pero ¿por qué? ¿Por qué has querido hacer esto? ¿Por qué te han traído aquí?

La joven se levantó. Estaba tan pálida que daba miedo. Vacilaba. Respondió casi alucinada, como si sus palabras surgieran sonámbulas y su voluntad consciente se centrara en contener su turbación interior:

—¡Giannetto!... Giannetto, estoy a punto de cometer un acto de crueldad hacia ti por hablar demasiado tarde... Quizá, si hubiera hablado antes, todo esto no habría ocurrido...

Con un movimiento espontáneo, De Vincenzi se había apartado un poco. Sentía que la tragedia, de nuevo ondeando como si estuviera viva, se izaba sobre aquellos dos seres que el destino sacudía. Durante un momento, él no podía ser otra cosa que un mero espectador, y lo entendió tan bien que escuchó todo con el corazón encogido, pero desde lejos.

Marchionni quiso interponerse, pero no pudo. Una fuerza ajena a él mismo lo retuvo: sintió que algo nuevo, distinto, atroz estaba a punto de suceder.

—¿Qué quieres decir, Maria Giovanna? —preguntó Aurigi, aterrorizado. Y llegó la respuesta, terrible.

—¡Yo no te amo, Giannetto! No te he amado nunca. Siempre te he considerado un amigo..., un buen amigo...

Aurigi, debido a su estado de agotamiento, no asimiló de forma inmediata el significado de aquellas palabras. Preguntó con voz llorosa, como la de un niño que gime:

—¿Por qué dices eso, Maria Giovanna? ¿También tú ahora sientes la necesidad de renegar del pasado?

Los ojos de la mujer eran tan fríos como su voz.

—¡No! Has preguntado por qué estoy aquí. Pues bien, te lo voy a decir. He venido empujada por el remordimiento; el remordimiento de haberte inducido a hacer lo que has hecho...

Aurigi agitó las manos, como para liberarse de una visión que lo trastornaba. Avanzó hacia Maria Giovanna; cuando parecía que se iba a poner a gritar, vio a De Vincenzi y a Marchionni y siguió guardando silencio.

La joven continuó:

—El remordimiento por no haberte amado nunca, pero habértelo hecho creer... y por haberte engañado. ¡Esta es la verdad, Giannetto! Yo me habría casado contigo solo porque tú eras rico..., porque creía que eras rico, mejor dicho... Y mi padre necesitaba a un hombre rico que lo ayudara...

El conde cerró los puños y dijo:

—Maria Giovanna, te lo prohíbo.

Echando la cabeza hacia atrás, Maria Giovanna se irguió como si quisiera parecer más grande mientras continuaba humillándose a medida que avanzaba su confesión:

—¿Qué quieres prohibirme, papá? ¡No podemos callarnos por más tiempo! ¡No aguantamos más! ¿Crees que mañana no se sabría?... Ahora... ¡Oh! Ahora hurgarán hasta el fondo en nuestras vidas..., en nuestras almas... Me habría gustado callarme... Lo he hecho hasta hace bien poco. Pero ahora entiendo que a estas alturas ya no puede esconderse la verdad.

Se volvió de nuevo hacia Aurigi:

—La situación de mi familia era lamentable. Una buena fachada y, tras ella, la ruina. Un palacio..., criados..., pero la lucha cotidiana para mantener esta apariencia de riqueza era una verdadera tortura...

Hablaba sin esconder nada, desgarrándose por dentro mientras expresaba esta atroz confesión justo ante el hombre al que había engañado y al que ella creía haber inducido a cometer un asesinato.

—Hasta hace muy pocos años, ignoraba la trágica batalla que mis padres mantenían heroicamente contra la pobreza... Ventas de terrenos, ahorro...; después, la plata, los cuadros, el mobiliario de lujo vendido lejos de aquí y sustituido por piezas de latón plateado o réplicas más baratas...; más adelante, las joyas de mi madre..., las deudas...

Se volvió hacia su padre, con una expresión que no era en absoluto acusadora.

—Él ha luchado con una fuerza que he admirado mucho... Me ocultaba todo... Siempre me ocultó todo... ¡Ahora sufre porque se ha percatado de que yo lo sabía! ¡Mi madre tuvo que confesarme toda la verdad! ¡Ella me dijo que la única esperanza de mi padre residía en mí! ¡Solo nos habríamos podido salvar encontrando un marido rico para mí! Es por eso, Giannetto, porque ellos creían que tú eras rico..., porque me dijeron que nos habrías podido salvar... Por eso acepté casarme contigo. Ese es el motivo por el que me convertí en tu prometida.

Lo había contado todo. Y añadió, sollozando:

—Lo único... lo único es que no había pensado en que tú me amabas de verdad y que antes o después yo habría tenido que confesarte esta atrocidad.

El conde había escuchado las palabras de Maria Giovanna y se sentía aplastado por ellas. Ante los sollozos de la joven, que habían interrumpido su última frase, encontró fuerzas para reaccionar y dijo:

—¡Es suficiente! ¡Es suficiente! ¡Ni una palabra de las que ha dicho esta loca es cierta! ¡El hecho mismo de la ruina de Aurigi lo demuestra! ¡Si hubiera querido un yerno rico, no lo habría elegido a él!

Se hizo otro silencio en la sala, un silencio angustioso.

Maria Giovanna se acercó a su padre y le dijo con dulzura, como queriendo convencerlo de algo:

—¿Quieres decir que te ha engañado, papá? ¿Qué te has engañado a ti

mismo? Sí, eso es verdad: creíamos que Aurigi era rico... Quizá él mismo ha hecho todo lo que estaba en su mano para hacérselo creer... Pero de todo lo que sucedió anoche en esta casa yo me he sentido tan culpable como Giannetto. Por eso he venido aquí. No debía, no podía abandonarlo. No lo amaba, no lo amo, y él sí creyó en mi amor hasta el punto de cometer un asesinato para no perderme.

Lívido, con el rostro contraído, los músculos temblorosos, conteniendo con gran esfuerzo la violencia explosiva de sus pasiones, Giannetto se acercó a Maria Giovanna casi de un salto y la aferró por la muñeca. Su voz sonó inhumana, llena de odio y sibilante:

—¿Cómo sabes que yo soy el asesino? ¿Cómo te atreves a afirmarlo?... ¡Todavía sigues interpretando el mismo papel para deshacerte de mí! Eres una pu...

De Vincenzi, hasta ese momento testigo pasivo de la atroz discusión de aquellas dos almas terriblemente desesperadas, se había acercado a ambos, colocándose a su espalda. En cuanto vio que Giannetto no lograba dominarse por más tiempo, lo tomó del brazo y apretó con tanta fuerza que este se vio obligado a liberar la muñeca de Maria Giovanna.

—¡Calla! ¡Calla, Giannetto!

Empujó violentamente a Giannetto lo más lejos que pudo.

—¡Calla!

En cuanto vio a Giannetto apoyado contra la pared, con los ojos apagados, con sus labios curvos que dibujaban una marcada expresión de tristeza, volvió hacia la joven y la sujetó, porque estaba a punto de desplomarse. Con delicadeza, la condujo hacia el sillón y la ayudó a sentarse.

Una vez más, volvió a reinar el silencio en aquella habitación. Y una vez más fue De Vincenzi quien lo rompió.

Inclinándose hacia Maria Giovanna, susurró con amabilidad:

—Usted, Maria Giovanna, estuvo anoche en esta casa...

La joven asintió con la cabeza.

—¿Por qué? Es imprescindible que lo cuente usted todo.

Marchionni intervino con decisión:

—¡Hablaré yo, inspector!

—¡No! ¡Todavía no! —dijo De Vincenzi, ansioso—. Llegará el momento

en el que usted tenga que hablar, conde Marchionni, pero ese momento no ha llegado aún.

—¡Tengo derecho, por Dios!

—¡No! Ahora mismo, hay solo una persona con derecho a interrogar al resto, y soy yo. Se ha cometido un crimen, ¡no nos olvidemos de ello! Alrededor de este asesinato, que ha requerido la intervención de las fuerzas del orden y la justicia, hay otras tragedias personales que pueden parecerles capitales, que para cada uno de ustedes constituyen el hecho central, pero yo solo debo ocuparme del crimen y de su autor. El resto solo me sirve para recabar información sobre lo verdaderamente importante. Ahora, conde Marchionni, usted debe guardar silencio; de lo contrario me veré obligado a hacer que lo conduzcan a otro sitio.

Marchionni se calló.

El inspector se volvió de nuevo hacia Maria Giovanna y le dijo, con voz firme:

—Condesita, usted se dejó un pintalabios rojo en esta habitación, y un frasco de ácido prúsico en el baño. No tenía ninguna prueba que me indujera a afirmar que usted trajo ese frasco, podía haber sido tanto usted como cualquier otra persona. Sin embargo, lo intuí desde el principio, y usted confirmó mis sospechas al confesarlo. Ahora sé que fue usted quien lo dejó allí. Por lo tanto, usted estuvo anoche en esta casa. No mató a Garlini, pero estuvo aquí. ¿Quiere decirme por qué y cómo?

Maria Giovanna levantó la mirada hacia De Vincenzi, y en sus ojos el inspector leyó una desesperada súplica, ante la que respondió:

—¡Sí, sí; es necesario; es indispensable! Todo aquello que puede todavía salvarse se salvará solo si usted habla...

La joven dijo, suspirando:

—Vine para ver a Garlini...

—¿Usted sabía que Garlini iba a estar aquí a medianoche?

—Sí...

De Vincenzi estuvo a punto de hacer otra pregunta, pero miró a Giannetto y vaciló. A continuación, se decidió a hacerla:

—¿Y Garlini sabía que usted iba a venir?

Aurigi reaccionó con violencia:

—¡No! ¿Qué dice? Maria Giovanna sabía lo de Garlini por mí. Desde hace algunos días ella se había percatado de que yo estaba agitado, preocupado; de que algo me turbaba... Anoche, en el teatro, en un momento de exaltación, no sabiendo yo cómo pagarle más de medio millón de liras a Garlini, le confesé todo... Mi situación... La cita con Garlini en mi casa... La hora de la cita, y que habría tenido que pagar anoche mismo esa cifra a Garlini... Había logrado que esperara hasta medianoche, aunque a él le habría gustado que yo hubiera pagado ayer por la tarde. En un momento de debilidad, consciente de mi irremediable ruina, le confesé a Maria Giovanna que Garlini iba a venir a mi casa a esa hora para...

Se le rompió la voz, pero De Vincenzi siguió con frialdad:

—¡Continúa! Para que tú lo mataras... ¡No te detengas!

—Sí —dijo Aurigi—. Por la tarde le escribí una nota para decirle que confiaba en su promesa de esperar hasta medianoche... y para pedirle que viniera porque estaba listo para mantener mi palabra de entregarle el dinero... Ayer Garlini tenía que cerrar las cuentas del mes, y, si mis deudas hubieran salido a la luz, habría sido el fin para mí. Quería asegurarme de que nadie llegara a conocer esa información... Estaba dispuesto a todo.

Con una risa ahogada, añadió:

—Incluso a matarlo... Pero no aquí dentro, claro, ¡no habría sido tan imbécil! Lo habría llevado fuera de aquí.

De Vincenzi se puso delante de él y lo miró a los ojos:

—¿La señorita Maria Giovanna lo sabía?

—Sí. Tuve una crisis nerviosa... Tuve un momento de debilidad. Por la tarde lo vi a él..., al conde Marchionni, con quien tuve una escena terrible. En la Scala perdí el control y, cuando Maria Giovanna me preguntó, le confesé todo, hui del teatro... y me vine aquí.

El inspector concluyó, con voz fría:

—¡Sin embargo, tú no lo has matado!

—¡Se había hecho demasiado tarde! Yo nunca llevo reloj. No creía que fueran ni las once y media, pero al llegar a casa vi en ese reloj de péndulo que eran las doce y media. No había nadie en casa. Pensé que Garlini había venido y que, después de llamar al timbre inútilmente, decidió marcharse. Esperé hasta la una menos cuarto, y después me fui. Creía estar volviéndome loco... Di vueltas por la ciudad, sin rumbo... Tenía la sensación de que el

frío me estaba sentando bien, pero de golpe percibí que me dominaba un agotamiento mortal... Necesitaba dejar de pensar, dormir, olvidar, desaparecer. Así se explica que fuera a visitarte a comisaría. A esa hora no sabía adónde ir, tenía miedo de volver a casa y sentirme solo. Inconscientemente, pensé que tú me ibas a proteger, que, al estar contigo, no iba a asesinar a nadie... ¡No sé explicarlo mejor! Pero fue así.

Hablaba muy deprisa, como si a través de aquella confesión hubiera querido vaciarse por completo y liberar también su propia alma. Desgarrado por dentro una vez más, guardó silencio.

De Vincenzi se volvió despacio primero hacia Maria Giovanna y después hacia el conde. Callaban. Habían escuchado a Giannetto y una mayúscula sorpresa, un aterrorizado estupor se había dibujado en sus rostros.

Miraban a De Vincenzi con el temor de que fuera a pronunciar la acusación decisiva. Si Giannetto no había matado a Garlini, ¿quién lo había hecho? El padre se giró para mirar a Maria Giovanna, pero ella no se atrevió a devolverle la mirada.

De Vincenzi, con la misma lentitud que antes, posó sus ojos sobre el reloj de péndulo.

—Tú miraste la hora ahí, en ese reloj, que señalaba las doce y media..., ¡pero eran las once y media! Del mismo modo que ahora son las diez y cuarto, y ese reloj señala una hora más. Sí, así es...

Cambiando bruscamente de tema y de tono de voz, como si no quisiera que los demás comprendieran el sentido misterioso de ese reloj de péndulo, que iba una hora adelantado, preguntó a la condesita Marchionni:

—Y usted ¿por qué ha venido aquí? ¿Con qué objetivo?

Había llegado el momento de las confesiones.

Con los nervios a flor de piel, tensos como las cuerdas de un violín, ninguna de aquellas tres personas habría sido capaz de callarse o de mentir. Habló Maria Giovanna:

—Ayer por la tarde yo estaba en esta casa mientras mi padre y Aurigi discutían. Lo escuché todo: que Aurigi estaba arruinado, que tenía que pagar esa misma noche una cantidad enorme de dinero... ¡Entendí que la ruina de Aurigi conllevaba también la nuestra! Las palabras que mi padre pronunciaba eran muy claras para mí: su situación era también crítica. Solo podía salvarse, y yo era muy consciente de eso, si yo me casaba... ¡y de pronto había

descubierto que Aurigi no tenía dinero! Decidí entonces irme de aquí, coger un taxi e ir a ver a Garlini.

El grito de Aurigi sonó desesperado:

—¡No!

—Sí... —respondió la joven. Y continuó en voz baja—: Garlini me cortejaba... desde hacía mucho tiempo. Tenía la esperanza de que fuera todo un caballero, de que estuviera sinceramente enamorado de mí, y de que yo pudiera influir sobre él de alguna forma... Y, en cambio, encontré... ¡ah!

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Maria Giovanna. Se cubrió el rostro con las manos, mientras murmuraba:

—¡Qué asco!

Justo después se repuso y, otra vez con el rostro descubierto, explicó con frialdad, pero también con infinita amargura:

—¡Su mirada hablaba más claro que su boca! Me dijo que Aurigi había prometido que le pagaría esa misma noche, pero que él no creía que fuera a hacerlo. Estaba decidido a acabar con él. Le había ofrecido un crédito muy alto precisamente para atraparlo... Sabía que antes o después yo habría tenido que recurrir a él para poder evitar el escándalo... Registró, escribiéndolo en ese momento y delante mis ojos, el abono de la deuda de Aurigi en los libros de contabilidad. A continuación, me dijo: «Si esta noche no paga él, pagará usted, condesita... La esperaré en mi casa mañana a las once. Si no viene, arruinaré a Aurigi...». Preparó un recibo para Giannetto, y dijo burlón: «¡Aquí está el recibo que no le entregaré a él, sino a usted!».

Cuando Maria Giovanna terminó de hablar, estaba exhausta.

Se hizo un largo silencio.

Giannetto se había desplomado sobre la silla. Tenía la mirada perdida.

El conde sufría, sufría tan intensamente que sus ojos parecían enloquecidos a causa del dolor.

De Vincenzi dijo con amabilidad:

—¿Y después? Se dirigió al hospital, ¿no es cierto, condesita?

—Sí, ¿cómo lo sabe?

—Usted está asistiendo a un curso de enfermería de la Cruz Roja... Fue a la farmacia del hospital y cogió el frasco de ácido prúsico...

—¡Sí! —gritó Maria Giovanna, interrumpiéndolo—. ¡No habría podido

sobrevivir a aquella vergüenza! ¡Y tenía que salvar a mi familia de la ruina! Giannetto... Giannetto también había apostado en nombre de mi padre, y mi padre no podía pagar lo adeudado. Esta es la verdad que descubrí ayer por la tarde, escondida ahí, en esa habitación... mientras Giannetto y mi padre discutían aquí. Esta es la verdad, y Aurigi se ha mostrado generoso al no haberla revelado hasta ahora.

De Vincenzi se volvió hacia el conde:

—¿Es esta la verdad?

Haciendo un evidente esfuerzo, pero, en voz alta, Marchionni respondió:

—Sí, esta es la verdad.

—Entonces, ¿usted anoche —retomó de inmediato el inspector, volviéndose hacia Maria Giovanna—, cuando supo que Aurigi estaba dispuesto a cometer un asesinato con tal de salvarlos a su padre y a usted, vino aquí para impedirlo y... para entregarse a Garlini?

—Sí... Después, me habría suicidado...

—Pero ¿qué sucedió?

Con un evidente esfuerzo, la joven continuó:

—Llegué pasadas las doce... No pude liberarme antes porque tuve que visitar a unos amigos de otro palco de la Scala para que mis padres no sospecharan... Y, al llegar, me encontré el cadáver de Garlini.

—¿La puerta estaba abierta? —preguntó De Vincenzi.

—La del portal, sí; la del apartamento estaba entornada. Entré... y ahí dentro, en la sala de estar..., el cuerpo...

Se cubrió el rostro con las manos, atenazada por el horror.

Pero el inspector no le dio tregua y continuó.

—¿Huyó de inmediato?

—Estaba aterrorizada —continuó Maria Giovanna, apartándose las manos del rostro—. ¡Me sentía atrocamente culpable por haber llegado demasiado tarde y no haber sido capaz de evitar el asesinato! Me quedé sin fuerzas... Cuando oí entrar a alguien... por esa puerta... entré en pánico... Hui... allí al fondo, al baño... Estaba oscuro... Tiré algunas sillas... Se me cayó el bolso... Por eso perdí el frasco... Y me quedé ahí dentro, trastornada..., aguantando la respiración... hasta que...

Vaciló. Se quedó callada.

Entonces, el conde Marchionni dijo:

—Hasta que yo encendí la luz, la vi, la levanté y la llevé a casa... ¡Ahí lo tiene! Ahora ya sabe usted todo. Yo también estuve aquí anoche... Yo también sabía que Aurigi había quedado con Garlini, aunque no contaba con que mi hija estuviera aquí... Yo también pude haber matado a Garlini, pero no lo maté. No lo maté, ¿entiende, inspector?

Después de una breve pausa, la voz del conde sonó con sarcasmo:

—Y ahora que ya lo sabe todo, si ninguno de nosotros tres es el asesino, ¿quién mató a Garlini?

CAPÍTULO 12

TINIEBLAS

Ahora que los tres protagonistas de esta triste historia se habían probado inocentes, sobre el caso volvían a cernirse las tinieblas, y esta vez todavía más oscuras que antes.

Si Giannetto, Maria Giovanna y el conde Marchionni no habían matado a Garlini, ¿quién lo había hecho?

El inspector no había respondido a la pregunta del conde, pero estaba convencido de que, por mucho que los tres hubieran dicho la verdad, era imprescindible encontrar pruebas que lo corroboraran.

«Lo que yo piense no tiene ninguna validez, a menos que sea capaz de descubrir al culpable del asesinato», pensaba De Vincenzi, y se decía para sus adentros: «Tengo que descubrirlo todo antes de que llegue el juez instructor y actúe por su cuenta... Aquí dentro, en estas pocas habitaciones, hay pruebas suficientes contra Maria Giovanna y su padre como para que sean arrestados y condenados junto con Giannetto. Si el caso pasa a manos del juez instructor, no podré hacer nada, porque todas mis intuiciones y mis impresiones psicológicas no tendrán valor alguno. El engranaje de la justicia los absorberá y triturará... Puesto que sé que son todos inocentes, tengo que hacer todo lo que esté en mi mano para salvarlos».

Sin embargo, estas reflexiones no impedían que el inspector, en lo que al asesinato de Garlini se refería, siguiera avanzando a tientas en las tinieblas.

El reloj de péndulo, que marcaba una hora más, era su primera pista, pero solo había servido para convencerse de la inocencia de esas tres personas. El adelanto de una hora del reloj estaba relacionado con el crimen, de eso no le

cabía ninguna duda. La persona que se había tomado la molestia de adelantar las agujas del reloj tuvo que haberlo hecho por algún motivo concreto.

De Vincenzi había comprendido eso desde el principio, y también que ni Maria Giovanna, ni Giannetto ni el conde eran los responsables de ese adelanto.

Si alguno de los tres hubiera sido el asesino, se habría tratado indudablemente de un crimen pasional: odio y liberación del instinto sanguinario de un individuo que se encuentra entre la espada y la pared, a punto de perderlo todo.

Si el autor del crimen hubiera sido Giannetto, lo habría hecho quizá con premeditación y, eso seguro, con una buena dosis de desesperación. Era extraño que hubiera asesinado a Garlini en su propia casa; eso fue lo primero que causó perplejidad al inspector. Sí era más probable que Giannetto, como había confesado, hubiera querido atraer a Garlini a su casa para conducirlo, en un segundo momento, a otro lugar y matarlo allí, y que en cambio hubiera tenido que improvisar y actuar antes de tiempo, obligado por las circunstancias.

Sin embargo, ninguno de esos escenarios explicaba el adelanto del reloj de péndulo.

Maria Giovanna o el anciano conde también podrían haber matado a Garlini, empujados por razones algo más complicadas, pero del mismo tipo que las de Giannetto. Ahora De Vincenzi sabía, gracias a lo que le habían contado, que al menos uno de los dos se había planteado la posibilidad de suprimir a aquel hombre, y que cuando llegó al apartamento se encontró el crimen ya consumado.

Esa persona, el padre, podría haber sido capaz de llevar a cabo su propósito, pero en ese caso todo habría sucedido de forma diferente: los indicios y las huellas habrían hablado por sí solos.

Sobre todo, el inspector no se habría topado con la pista del reloj de péndulo, porque tal pista no habría existido. ¿Cómo pensar que el conde adelantó el reloj una hora? ¿Por qué habría tenido que hacer tal cosa?

Una constatación de ese tipo era suficiente para que un hombre inteligente y observador como De Vincenzi dejara de considerar sospechosos a esos tres individuos. Sin embargo, no servía por el momento para desenmascarar al asesino, ni tampoco constituía una prueba irrefutable de la

inocencia de nadie.

De Vincenzi reflexionó sobre todo ello con frialdad y ponderación, mientras en su rostro se hacía visible una profunda concentración.

Las tres personas que lo rodeaban estaban angustiadas porque intuían lo que estaba pasando por la cabeza del inspector.

Tanto a Maria Giovanna como al conde Marchionni se les había revelado un hecho inesperado: la inocencia de Giannetto. Cuando se encontraron de bruces con el cadáver de Garlini en casa de Aurigi, se habían quedado aterrizados porque ambos habían pensado que el asesino solo podía ser él.

A Maria Giovanna le resonaban todavía en la cabeza las exaltadas palabras de Giannetto; en lo que respecta al conde, conocía demasiado bien la desesperación de Aurigi como para haber dudado de la autoría del crimen. Por lo demás, en su corazón reinaba la misma desesperación, y también él había sentido el instinto de eliminar a Garlini.

Sin embargo, padre e hija acababan de saber que Giannetto no había matado a nadie, y los dos eran conscientes de que ahora todas las sospechas recaían sobre ellos.

La preocupación por la presencia de ambos en esa casa justo después del asesinato ya había incitado a Marchionni a contratar los servicios de un detective privado. Ello le habría servido para seguir de cerca el desarrollo de la investigación y para asegurarse de que se condenaba a quien él consideraba el verdadero asesino.

Marchionni no pensaba en protegerse a sí mismo, sino a su hija. Maria Giovanna, en cambio, estaba trastornada y no pensaba en otra cosa que no fuera en su propia vida despedazada y en Remigio, a quien podía haber perdido para siempre.

El tercero en cuestión, Giannetto, había sufrido las penurias de ese día y los terribles tormentos de la noche en la que había creído que Garlini rehusó presentarse en su casa, lo que conllevaba su inevitable ruina. A todo eso se había sumado el intenso dolor que la cruel revelación de Maria Giovanna le había provocado.

En ese momento, su cuerpo yacía inerte en el sillón donde se había sentado, con la mirada perdida.

Él había amado a Maria Giovanna. Quizá, la había amado mal, como ama un hombre que quiere vivir libremente su propia vida, que está seguro de sí

mismo, acostumbrado a ver a las mujeres como meros instrumentos de placer y de satisfacción, tanto estética como de los más brutales instintos.

No obstante, sentía mucho cariño hacia ella y se había planteado matar a Garlini para salvarla de la ruina.

De golpe, había descubierto que ella no lo amaba, y que nunca lo había amado.

Le había invadido una cruel sensación de vacío. Se había quedado con el amargo regusto de un agudo dolor. Los labios, cada vez más contraídos, formaban una especie de mueca.

El silencio duró bastante.

Marchionni, con su frase sarcástica, había construido una barrera delante de cada uno de ellos. Si ninguno de los tres había asesinado a Garlini, ¿quién lo había hecho?

De Vincenzi reaccionó.

—Es necesario actuar. Y yo soy el único capaz de hacerlo —dijo con voz firme.

Después, miró a los tres a la cara y añadió:

—Ustedes no tienen nada más que hacer. Mi convicción personal no tiene ningún valor. Creo en las palabras que han pronunciado, pero ello no será impedimento para que el juez tome medidas contra ustedes. Si no se encuentra al verdadero culpable, ninguno de los tres tiene muchas esperanzas de salir indemne.

Aurigi lo interrumpió, acentuando todavía más la mueca de su boca, con una sonrisa que daba miedo:

—¡Oh! Si te apenas por mí, puedes ahorrártelo. A estas alturas, nada me importa...

Echó un rápido vistazo a Maria Giovanna y concluyó:

—De verdad: nada de lo que pueda suceder me quita el sueño.

De Vincenzi lo entendía perfectamente, pero se vio en la obligación de reaccionar, y lo hizo con violencia:

—¡Querido Giannetto, no eres el único que está en un aprieto! Maria Giovanna está tan comprometida como tú. Su padre, también. Y, sobre todo, está la justicia humana, en la que yo creo y que esta vez debo proteger.

Hizo una breve pausa y añadió con frialdad:

—Las tragedias del alma se han convertido en un lujo que no podemos permitirnos en este momento. He de resolver este caso, y no tengo tiempo que perder. Necesito que tú, tanto como los otros, te prestes a ayudarme. ¡Lo harás, Giannetto, lo harás!

Aurigi escuchó, y como respuesta hizo un gesto ambiguo.

—¿Y bien? —preguntó con indiferencia.

—Quiero resolver este caso antes de esta noche. Quizá no lo consiga, pero cabe la posibilidad de que el destino, en el que creo, me ayude.

Se dirigió hacia la puerta del fondo y la abrió de golpe.

Giacomo estaba en el recibidor, centrado, aparentemente, en limpiar el polvo de los muebles.

El inspector hizo como si ignorara su presencia y se acercó al teléfono.

Llamó a la Fiscalía y se puso en contacto con el juez instructor encargado del caso.

No lo conocía más que de nombre y de haberse cruzado con él alguna vez; el juez, por su parte, no sabía quién era De Vincenzi, o eso al menos dio a entender, y habló con la típica indiferencia con la que los jueces instructores tratan en general a los funcionarios de Policía.

Le dijo de inmediato que volvería a la escena del crimen en una hora.

De Vincenzi tuvo que esforzarse para persuadirlo de que retrasara su visita hasta las cuatro de la tarde. «A esa hora», le dijo, «tendré novedades».

El juez se mostró incrédulo.

—¿Qué novedades va a tener usted? Por lo que he visto esta mañana, todo parece tan simple y claro que no puedo imaginarme de qué novedades me habla.

De Vincenzi no quería comprometerse de forma explícita, pero el juez insistía en recibir más detalles.

—¡Me es imposible explicarme por teléfono en este momento, señor juez! —terminó por decir, con cierta impaciencia—. Solo le ruego que me permita proseguir con la investigación hasta las cuatro.

El juez, casi a regañadientes, aceptó retrasar los interrogatorios y el registro de la escena del crimen «por hacerle un favor».

Cuando colgó el auricular, De Vincenzi tenía el rostro oscurecido.

El juez no le habría perdonado ni un error ni un retraso. Su convicción era

firme, y era fácil suponer cuál era; debía de tener ya lista la orden de arresto para Aurigi.

Se volvió y vio la espalda curvada del sirviente, concentrado en limpiar el polvo del arcón. Lo miró un instante y regresó al salón justo después. Los demás estaban esperándolo.

La ansiedad de Maria Giovanna y de Marchionni se hacía evidente.

Giannetto apenas levantó la cabeza cuando De Vincenzi entró, y le dedicó una mirada cansada y abatida, la mirada de un perro herido que observa a su amo, que intenta curarlo, aunque sabe que todo esfuerzo es inútil.

«Al menos, que me dejen morir en paz», decía esa mirada.

El inspector conocía su dolor y evitó que sus ojos se cruzaran con los de Giannetto.

—Necesito una hora —dijo—. Es imprescindible que pueda moverme libremente. Usted, conde, puede volver a casa con su hija. Le ruego que vuelva a esta casa a las tres y media.

El conde asintió con una leve inclinación.

—¿Cree usted que logrará... encontrar al asesino?

—Eso espero —respondió el inspector.

Maria Giovanna siguió a su padre, que se dirigía hacia la puerta, pero cuando llegó al umbral del salón, se volvió de nuevo hacia De Vincenzi:

—¿Me promete que no le dirá nada? —le susurró afligida.

—Le prometo que no diré nada inútil —respondió evasivo.

La empujó con delicadeza hacia la salida y, cuando llegaron a la puerta, le advirtió:

—No intente ir a verlo hasta las cuatro. Mis agentes se lo impedirían.

La joven bajó las escaleras cabizbaja, como si un enorme peso pendiera sobre sus hombros.

—Tú te quedas aquí —dijo De Vincenzi a Giannetto—. Un agente se quedará también en la casa, claro.

Aurigi hizo un gesto de indiferencia con la cabeza.

El inspector hizo entrar al agente que estaba de guardia en el rellano.

Le habló en voz baja, tras haberlo conducido a la sala de estar, cuya puerta había cerrado. El agente escuchó con atención, y cada poco murmuraba:

—¡Entendido, señor!

Pero en realidad entendía poco o nada, porque las palabras de De Vincenzi lo habían dejado estupefacto.

—Entonces, ¿usted cree?... —preguntó titubeante, cuando su superior terminó de hablar.

—¡No creo nada! —respondió con frialdad el inspector—. ¡Y te pido que tú tampoco creas nada!

Salió deprisa. Hizo ver que bajaba las escaleras y, cuando se aseguró de que el agente había cerrado la puerta, cambió de dirección y subió hasta el último piso.

Remigio le abrió la puerta y lo invitó a pasar.

En sus labios se formó una sonrisa triste y resignada.

—Póngase cómodo —dijo—. Me imaginé que iba a volver muy pronto. ¿Y bien? ¿Ha descubierto algo?

El inspector no respondió.

Se sentó junto a la mesa, y Remigio se sentó frente a él. Se miraron durante unos instantes.

«¡Qué buen muchacho!», pensó De Vincenzi. Quizá no se merecía todo lo que le estaba ocurriendo. ¿Por qué, además, seguía los pasos de su padre? ¿Compartían el mismo destino! No solo la suerte de los individuos estaba marcada, sino también la de las familias... Una generación tras otra... Lo sucedido hacía veinte años se repetía, con la salvedad de que, en esta ocasión, había un cadáver de por medio.

—¿Por qué no me dijo que anoche salió de casa? —preguntó de pronto el inspector, mirándolo fijamente y marcando cada sílaba.

El joven se sobresaltó. No se esperaba esa pregunta.

—¿Qué tiene eso que ver? —dijo-. Usted no me lo preguntó...

—Al contrario, le pregunté dónde estuvo desde las doce hasta la una de la madrugada.

—Puede ser. No obstante, pensé que no le interesaría saber que hacia la una salí a dar un paseo.

—¿Con la niebla que había, y una temperatura bajo cero?

—Se me habían acabado los cigarrillos.

—¿Adónde fue a comprarlos?

—¿Ve usted? Ni siquiera esa información le será de utilidad. Los conseguí en la máquina de tabaco que está junto al Duomo, frente a la Rinascente. ¡Las máquinas no pueden testificar!

—¡Cierto! Entonces, usted salió a la una... ¿A qué hora regresó?

—Poco después... Estuve fuera unos veinte minutos como máximo. Usted mismo lo ha dicho: con el frío y la niebla que hacía, no era buen momento para ir a pasear al parque...

—¡Ni siquiera a Acquabella!

El joven se sobresaltó de nuevo.

—¿Por qué lo menciona?

—¿Está usted seguro de que anoche no se encontró, durante su paseo nocturno... con la condesita Marchionni?

—¿Qué dice? ¿Bromea, o está desvariando? Si se trata de una broma, debo decirle que es de pésimo gusto.

Su voz sonó enardecida. De Vincenzi comprendió que, en lo que respectaba a la señorita, estaba dispuesto a todo.

—No tengo ninguna intención de bromear. Anoche, la señorita Marchionni estuvo en este edificio.

El joven palideció de golpe. Se quedó sin habla durante un breve instante.

—¿Está usted seguro? —preguntó, con desesperación contenida.

—¿Por qué tiene tanto miedo de que yo esté seguro?

—¡Porque es increíble!

Ambos callaron.

De Vincenzi esperó un momento a que Remigio se repusiera y continuó:

—Y en este edificio... ayer por la noche... mataron a un hombre...

El joven se puso de pie de un brinco, pero tuvo que apoyarse sobre la mesa porque le temblaban las piernas.

—¿No estará queriendo decir...? ¿Qué insinúa? ¿Usted sabe de quién está hablando?

—¡Ni afirmo ni insinúo nada! Siéntese... Es mejor que mantengamos la calma.

Remigio volvió a sentarse dejando caer todo su peso sobre la silla.

Miraba aterrorizado al inspector, al que imploró:

—¡Cuénteme todo! Se lo ruego: ¡todo!

—No puedo contar nada más que lo que ya le he contado. Sin embargo, es usted quien puede y debe hablar.

—¡No sé nada!...

—¿Por qué salió a la una?

—Para comprar tabaco...

—A esa hora no se sale a comprar tabaco...

—Cuando el vicio es muy fuerte, como me pasa a mí, se hace eso e incluso más.

—De todas formas, si salió a la una, no pudo dejar de encontrarse con alguien en las escaleras.

El joven vaciló un breve instante.

—No salí a la una. Le he mentado. Ni siquiera sé por qué lo he hecho. Quizá porque usted mencionó esa hora y no se me ocurrió rectificarla. Fue más bien hacia medianoche... Quizá algún minuto antes.

—¿Se encontró a alguien?

—Sí... Vi a un hombre que bajaba las escaleras justo delante de mí, y que provenía del segundo piso. Lo vi solo de espaldas, porque aceleró el paso en cuanto me oyó.

—¿Y no lo reconoció?

—No. Tenía el pelo gris, y el abrigo oscuro y largo, le llegaba hasta los pies.

—¡Ah! ¿Y la puerta de Aurigi... del señor Aurigi estaba abierta?

Remigio se golpeó la frente con la palma de la mano:

—¡Me hace usted recordar! Estaba entornada... Me dio esa sensación, aunque no lo percibí con total seguridad. Cuando paso por delante de esa puerta, desvío la mirada...

—Por lo tanto, salió a las doce... ¿Y después?

—Después, nada: caminé hasta la plaza del Duomo, compré tabaco y volví a casa.

—¿Encontró el portón cerrado?

—No, estaba abierto, pero eso sucede a menudo: en esta casa el portón casi siempre está abierto.

—Hum...

De Vincenzi reflexionaba.

También Remigio había salido de su buhardilla justo a la hora a la que mataron o acababan de matar a Garlini. También él había pasado por delante del apartamento del crimen, y también él mantenía relaciones íntimas con uno de los protagonistas de esta intrincada historia, que seguía siendo tan oscura como cuando la serena voz de Maccari le anunció por teléfono que un cadáver había sido descubierto en la Via Monforte, número cuarenta y cinco...

De Vincenzi había descubierto muchas cosas, de eso no cabía duda. Estaba profundamente convencido de que Aurigi no era el asesino, ni Marchionni ni Maria Giovanna.

¿Quién, entonces?

Procedía por eliminación, un método infalible solo en apariencia, puesto que una mala interpretación o, peor todavía, una convicción equivocada podía influir en la investigación hasta el punto de que el error se hiciera irreparable.

No quedaban ya muchos sospechosos —siempre que la investigación no deparara nuevas sorpresas—: quizá dos, o quizá solo uno.

A este joven, que estaba frente a él, lo dominaba una fuerte pasión amorosa. Se lo podía leer en el rostro y en los ojos que de cuando en cuando se desviaban hacia el retrato de Maria Giovanna y brillaban febrilmente.

¿Hasta dónde podía haberlo empujado ese amor?

La decisión de mudarse al edificio de Aurigi ya le parecía una actuación un tanto extraña. ¿Por qué lo había hecho? ¿Por una especie de cruel y torturadora necesidad de sentirse cerca de aquel que le había destrozado la vida? ¿Para erigirse en la imagen viviente del reproche a ojos de ella, que había estrangulado el amor puro y bueno de su corazón en aras de sus responsabilidades como hija, quizá como respuesta a una atávica ley de obediencia y a una férrea exigencia de su casta?

¿O, sin embargo, Remigio seguía las directrices de algún plan desesperadamente loco y largamente meditado?

¿Por qué, entonces, había aparecido el banquero Garlini con sus cuarenta millones en medio del drama de estas tres personas?

¿Era acaso posible que ese joven leal, de ojos claros y límpidos y de frente resplandeciente, tuviera también la perfidia necesaria para concebir un

delito monstruoso a través del cual inculpar a su rival y deshacerse de él?

En ese caso, su habilidad —una habilidad de experto delinciente— habría sido realmente diabólica al haber preferido, para quitarse de en medio a Aurigi, esa forma indirecta antes que el intento directo, y mucho más peligroso para él, de desembarazarse del propio prometido de Maria Giovanna.

En este último caso, las sospechas habrían recaído inmediatamente sobre el joven habitante de la buhardilla.

De este modo, en cambio...

De Vincenzi pensaba en todo esto mientras seguía mirando a Remigio Altieri.

El joven parecía absorto en sus pensamientos. Destellos de terror cruzaban su mirada. Se hacía evidente el esfuerzo por no mirar el retrato de Maria Giovanna, frenado por el miedo y la vergüenza.

El inspector se levantó de pronto con tal determinación que Altieri se sobresaltó y lo miró con ansia.

Parecía que De Vincenzi hubiera querido reaccionar y tomar una decisión definitiva.

—Entonces, ¿no quiere decirme nada más?

—¿Qué más podría decirle?

El inspector, desde la puerta, preguntó con indiferencia:

—¿Cuándo vio por última vez a Maria Giovanna?

Cogió por sorpresa a Remigio, que balbució:

—Ayer...

—¿Por la tarde?

—Sí...

—¿A qué hora?

—Hacia las cinco... o las cinco y media... No sé...

—¿Dónde?

La vacilación del joven se convirtió en verdadero embarazo. Murmuró:

—Pero ¿por qué... por qué quiere saber eso justo de mí? —El tono de su voz era suplicante.

De Vincenzi permanecía en la puerta, le cerraba el paso con su propio cuerpo.

—Le digo yo cuándo la vio por última vez. Fue a las cinco de la tarde; usted estaba saliendo de casa, casi a la carrera...

—¡Lo sabe! —exclamó.

—¿La vio coger un taxi?

—Sí.

—¡Y usted la siguió! —continuó, incisiva, la voz del inspector.

Altieri gritó:

—¡No! ¡No! ¡No la seguí! ¡Eso no lo hice!

Y exhausto, con los nervios destrozados, ya sin fuerzas ni control sobre sí mismo, rompió a llorar.

De Vincenzi cerró la puerta y bajó las escaleras.

CAPÍTULO 13

INTENTOS

En comisaría, De Vincenzi se encontró con Cruni, que lo estaba esperando.

—He hecho todo lo que me pidió, señor —dijo el sargento, acercándose al inspector.

Desprendía satisfacción.

El inspector lo miró.

—Anoche, el conde Marchionni no fue ni al Clubino ni al Savini...

—¿Y después? —preguntó el inspector De Vincenzi con indiferencia.

Cruni reaccionó con estupor. Después de todas las recomendaciones que le había dado, no entendía aquella indiferencia.

—¡Oh! He sido prudente, no le quepa la menor duda. En el Clubino, cada socio debe firmar en un registro tanto cuando entra como cuando sale, y logré consultar ese cuaderno sin tener que dar ninguna explicación al portero. En cuanto al Savini, todos los camareros conocen al conde y me bastó con preguntarles como quien no quiere la cosa para descubrir la verdad.

—¿Y después?

—¡Ah! ¿Quiere saber cuándo regresó al palacio? Fue hacia las dos. Volvió en taxi junto a su hija... La señorita parecía desenchajada, eso me dijo el portero, al que tuve que trabajarme, ¿sabe? Le aseguro que ese no dirá nada... De esta forma, se demuestra que el conde mintió.

—Lo sé —dijo sin darle importancia De Vincenzi; se acercó a la mesa y se sentó.

—¿Lo sabe? —exclamó el sargento con los ojos abiertos de par en par—.

Entonces yo...

—Tú has cumplido con tu deber de forma excelente, querido Cruni. Y te lo agradezco. Ahora, sin embargo, eso es agua pasada: ¡los hechos se suceden deprisa, amigo mío!

—¿Lo ha encontrado?

—¡No he encontrado nada!

Removió sus papeles. Aparecieron en sus manos los dos volúmenes que estuvo leyendo la noche anterior, cuando entró Aurigi, y suspiró... ¡Ojalá pudiera volver a sus libros, y dejar de ocuparse de crímenes y delitos! Ahora comprendía las palabras de Maccari. En ese momento, también él, como Maccari, habría preferido retirarse al campo... Al menos, Maccari pudo liberarse rápido de la obsesión y de esta horrible historia. Él, en cambio, no podía, no debía.

Pensó en Giannetto, en Maria Giovanna, en ese otro infeliz que lloraba en la buhardilla.

Volvió a recordar la irónica voz del juez instructor:

—¿Qué novedades va a tener usted?

En efecto, ¿qué novedades tenía, y qué le iba a decir dentro de muy poco, a las cuatro?

Miró el reloj. Eran las dos. Había comido alguna cosa rápida en Monumentale. Había confirmado que el proyectil que mató a Garlini salió justo del revólver que encontró en el cajón cerrado del mueble. Se tocó los bolsillos del abrigo y sintió la forma de los dos revólveres, uno en cada bolsillo. Tendría que haberlos depositado en comisaría, con las otras pruebas del crimen: el pintalabios rojo, el frasco de veneno, la carta de Aurigi, el recibo de Garlini, la media entrada de la butaca de la Scala.

En cambio, lo tenía todo en el bolsillo.

¡Bah! En breve habría entregado esos objetos al juez instructor, diciéndole: «¡Arrégleselas usted!».

El juez se las iba a arreglar fácilmente, con el arresto de Aurigi.

Suspiró.

Cruni lo estaba mirando.

—¡Ah! Amigo mío —murmuró el inspector, solo por decir algo.

—El comisario jefe ha preguntado por usted —dijo el sargento con

timidez.

De Vincenzi se encogió de hombros.

Miró el calendario. Los mismos dos números rojos que señaló a Giannetto para obligarlo a confesar sus pérdidas bursátiles. Volvió a visualizar, por una extraña asociación de ideas, el Banco Garlini y al cajero rojizo y apoplético diciéndole, con el fajo de billetes de mil liras en la mano, «Los cogí delante de él... ¿Ve? Eran cien, y ahora son solo ochenta. ¿Quiere contarlos?».

Se sobresaltó. ¿Cómo había pasado por alto esa pista? Se ajustó el sombrero y se enderezó, le brillaban los ojos.

—Ven conmigo —ordenó a Cruni.

El sargento se puso el gabán a todo correr y cogió el sombrero.

—¿Sabes dónde vive Garlini?

—En la Via Leopardi.

—¡Rápido!...

Atravesaron el portón del edificio y se subieron a un taxi en la plaza. Un compañero lo saludó, pero De Vincenzi ni siquiera lo vio.

—Via Leopardi! —gritó al conductor.

Diez minutos después, bajó del taxi con Cruni delante del portal de Garlini.

Se encontró con una vieja gobernanta que, en cuanto lo vio y supo quién era, comenzó a llorar y a sonarse la nariz. Él la interrogó deprisa, sin demasiadas contemplaciones.

No, el día anterior el señor no volvió a casa a la hora de comer. No, ella no lo vio después del desayuno. ¿Dónde guardaba el dinero? Le señaló una pequeña caja fuerte. ¿Guardaba mucho dinero, generalmente? No, poco: el necesario para los gastos de la casa.

De Vincenzi recordó que en el bolsillo tenía un pequeño juego de llaves que habían encontrado en los bolsillos de la víctima. Ahí estaba la llave de la caja fuerte, claro. Una caja fuerte sencilla, sin código. La abrió y no encontró nada más que sobres, documentos, unas mil liras y algunos paquetes de cartas de mujeres atados con lacitos de colores.

¡Sin embargo, Garlini salió del banco con veinte mil liras en el bolsillo!

De Vincenzi parecía satisfecho. Sonreía. Le dio una amistosa palmada en

el hombro a Cruni, que no entendía nada, ¿a qué respondía ese registro, sin buscar en ningún otro sitio, que se limitaba a echar un vistazo al interior de la caja fuerte?

—Vámonos —dijo.

Cuando estuvieron en el portal, miró de nuevo la hora: eran casi las tres.

—Cojamos el tranvía —anunció—. No quiero llegar antes de las tres y media.

A las tres y media entró en el apartamento de Aurigi. En el recibidor se encontró con el agente.

—¿Alguna novedad?

—Nada.

Y el agente se le acercó para hacerle un resumen de lo ocurrido durante esas horas.

Aurigi no había comido. Se había quedado en el salón todo el tiempo, allí donde el inspector lo había dejado.

—¡Ni siquiera se ha movido! —exclamó el hombre.

—¿Y el otro?

—En la cocina o en su habitación... Me ha ofrecido algo de comer. Parece tranquilo. En todo caso, no hay duda de que es amable.

—Ya... —dijo De Vincenzi, y entró en el salón.

Saludó a Giannetto, con manifiesta alegría.

—¡Qué buen día hace! Tras la niebla de ayer, ha salido el sol.

Aurigi dijo con ironía:

—Naturalmente: después de la niebla, siempre hace buen tiempo.

Hablaba por hablar. Se levantó. No le preguntó al inspector qué había hecho, o si estaba seguro de haber descubierto al asesino. Para Aurigi, parecía que el crimen ni siquiera hubiera ocurrido, que cualquier cosa que pudiera suceder no le incumbiera.

Como De Vincenzi había dejado la puerta de entrada abierta, vio a Cruni conduciendo al salón al conde Marchionni y a Maria Giovanna.

La joven iba vestida igual que por la mañana. Observaba a De Vincenzi con la mirada perdida.

El conde había recuperado su seguridad: altivo y correcto, parecía un gran

señor de visita formal.

Inclinó la cabeza hacia el inspector.

—Aquí estamos —dijo, como si preguntara a un subordinado: «¿Qué ha hecho? ¿Qué pretende hacer?».

De Vincenzi, por toda respuesta, señaló el sillón con la mano:

—Tomen asiento, por favor.

Fue hacia la puerta del salón y llamó a Cruni. Le susurró algo al oído, y el sargento salió de prisa.

Después, De Vincenzi ordenó al otro agente:

—Vaya al rellano y cierre la puerta. Espere al juez y, cuando entre, baje a portería con Cruni. El sargento sabe lo que debe usted hacer...

El agente hizo una inclinación con la cabeza:

—Muy bien, señor.

Y también él se marchó.

Ahora, el recibidor estaba vacío. De Vincenzi echó un vistazo a la habitación del criado, que tenía la puerta abierta, y vio a Giacomo, que leía junto a la cama.

Entonces, cerró la puerta del salón, sacó del bolsillo el revólver que le había arrebatado al criado y se lo mostró a Aurigi.

—¿Conoces este revólver?

Giannetto no dudó:

—Es el mío... Tendría que estar en el cajón de ese mueble... No lo toco desde hace años...

—Muy bien —dijo el inspector, y volvió a meterse el revólver en el bolsillo.

A continuación, sacó el otro, que había encontrado en el cajón:

—¿Y este?

Aurigi abrió los ojos de par en par. Ese no lo había visto nunca.

—Este —dijo con decisión De Vincenzi— es el revólver con el que mataron a Garlini. El experto en balística me lo ha confirmado.

Envolvió el arma en un pañuelo y la colocó encima de la mesa.

Los demás lo miraban actuar. Tras una larga pausa y un breve titubeo, se dirigió a un rincón del salón, donde había visto un timbre, y lo tocó.

En apenas un par de segundos, casi como si hubiera estado detrás de la

puerta, listo para que lo llamaran, se abrió la puerta y apareció Giacomo.

El rostro imberbe del criado permanecía impassible, aunque un observador atento habría notado en sus pupilas un extraño fulgor que podía ser tanto de curiosidad como de un inconfesado recelo.

De Vincenzi lo observó durante un instante y después le dijo:

—¿Puede traerme un vaso de agua?

El criado hizo una inclinación y fue a la cocina.

Entonces, el inspector se dirigió hacia la puerta de entrada y, una vez abierta, llamó al agente que estaba en el rellano.

—Venga aquí.

Lo hizo pasar al comedor y le señaló el revólver envuelto en el pañuelo.

—Coja este revólver... pero ponga atención en no quitar el pañuelo y en no tocarlo...

El inspector estaba junto a la mesa y hablaba con lentitud. Cuando el agente tendió la mano para coger el arma, hizo un breve gesto para detenerlo.

—Espere... Debo decirle otra cosa... Darle otras instrucciones...

Intentaba ganar tiempo y, solo cuando percibió la presencia de Giacomo detrás de él, se giró de golpe y cogió con precaución, tocándolo solo con dos dedos, el vaso que el criado llevaba encima de un plato. Lo vació de inmediato en un jarrón con flores que había sobre la mesa y, tras sacar otro pañuelo del bolsillo de la chaqueta, envolvió con él el vaso y se lo tendió al agente:

—Coja esto también...

La voz era más firme.

—Hay huellas dactilares tanto en el revólver como en el vaso. Entréguelos a la unidad científica para que las analicen... ¡Ahora mismo! Quiero las fotografías en una hora.

El agente salió rápidamente con los dos pañuelos blancos en las manos.

El rostro de Giacomo había palidecido, pero no se hacía patente ninguna turbación en él; más bien, una cierta insolencia y un ligero sarcasmo. Con la mano derecha tendida hacia el inspector, dijo:

—¿Quiere tomar mis huellas?

El inspector lo miró de reojo y sacó del bolsillo un folio en blanco.

—Aquí —ordenó con voz seca, mientras colocaba el folio sobre la mesa.

Giacomo tendió la mano abierta mientras sonreía, e hizo presión con las yemas de los cinco dedos sobre el folio. Se detuvo desafiante. De Vincenzi, mientras lo observaba, le preguntó:

—¿Cómo se llama usted, en realidad?

—Giacomo Macchi.

—Conoceré su verdadero nombre dentro de muy poco. ¡No es ese! Ese nombre no aparece en los archivos de la Policía, y usted está demasiado familiarizado con el modo en el que se registran las huellas dactilares como para no tener un historial deshonroso... ¿Desde hace cuánto tiempo trabaja en esta casa?

—Ya se lo he dicho... dos años...

—¿Y antes?

El criado, acentuando su insolencia, respondió:

—Traje referencias... Si las quiere ver, puede pedírselas al señor...

E indicó a Aurigi, que lo estaba mirando.

—Él está satisfecho con mis servicios. ¡No he robado nada en estos dos años!

El interrogatorio se desarrollaba veloz. Se notaba la intención de De Vincenzi de no darle un solo respiro.

—Y, anoche, ¿a qué hora salió de aquí?

—Hacia las diez... Quizá antes...

—La portera no le vio salir...

—Pero tampoco puede afirmar haberme visto salir más tarde —exclamó el criado, con tono triunfal.

—¡Cierto! Pero después de las doce, el portón está cerrado.

—¿Por qué dice que salí más tarde de las doce?

—Alguien lo vio.

—¿Está usted seguro? —preguntó Giacomo, escéptico.

De Vincenzi se jugaba el todo por el todo. O conseguía hacer que confesara en ese mismo momento, o era consciente de que ese hombre no confesaría jamás.

—Dentro de poco vendrá aquí la persona que afirma haberlo visto —dijo con seguridad—. Y lo reconocerá a usted.

—Estaré encantado de ponerle cara a ese individuo.

Se veía que el criado estaba lejos de sentirse perdido. En cualquier caso, debía de haberse encontrado antes en situaciones parecidas a esta, porque hacía gala de una seguridad demasiado tranquila.

—Lo podrá ver a las cuatro.

Giacomo se giró hacia el reloj de péndulo:

—¡Bah! Queda todavía un cuarto de hora.

El reloj señalaba las cinco menos cuarto, y De Vincenzi tomó por el brazo al hombre:

—Ese reloj señala las cinco menos cuarto...

—¡Ya lo veo! —exclamó Giacomo—, pero está una hora adelantado.

—¿Cómo lo sabe?

El hombre, esta vez, se mostró sorprendido.

—¿Eh? —dijo para ganar tiempo.

—Digo —repitió el inspector, pronunciando las sílabas con claridad—, digo: ¿cómo sabe que ese reloj de péndulo está una hora adelantado?

Giacomo vaciló, pero no más de un segundo.

—Está estropeado... Tenía que llevarlo a que lo ajustaran...

Con voz cansada, Aurigi intervino:

—No es cierto, Giacomo. Ese reloj funcionaba perfectamente. Siempre ha funcionado bien.

Giacomo se sobresaltó y, volviéndose hacia su señor, dijo con un gesto de cólera:

—¡También usted, ahora! Habrá funcionado bien, pero ahora va mal...

Justo después tuvo que ocurrírsele una idea, porque los ojos se le iluminaron y volvió a sentirse seguro.

—Por lo demás —dijo, girándose hacia el inspector—, fue usted quien hizo notar delante de mí que el reloj estaba una hora adelantado.

Era verdad. De Vincenzi lo recordaba.

—¡Cierto! Y está adelantado porque usted, anoche, movió las agujas.

—¿Yo? ¿Por qué iba a hacer tal cosa?

—La razón se la diré dentro de poco. Ideó una sutil artimaña que da muestra de su gran inteligencia, una inteligencia de malhechor verdaderamente notable. De todos modos, esto no es un hecho extraordinario. El hecho extraordinario es otro: que usted no pensara en volver a ajustar el

reloj después de haber asesinado al banquero Garlini y tras haber colocado el revólver homicida en el cajón, cerrándolo con llave y llevándose la llave junto con el revólver de su señor.

El criado había escuchado a De Vincenzi sin que la sonrisa se le borrara de los labios.

—¡Qué dice! ¡Se lo está inventando! Si fuera posible probar todo esto...

De Vincenzi sabía perfectamente que estaba tirando de imaginación, y que, una vez más, no tenía ninguna prueba. Su intuición le decía que estaba moviéndose en la dirección correcta. Sin embargo, ¿cómo podía demostrarlo? ¡Ese hombre jamás habría confesado!

Se puso a caminar por la habitación, con pasos rápidos y nerviosos. En un momento dado, se detuvo de nuevo frente a Giacomo.

—¡Cometió un error! Lo tenía todo calculado, su plan estaba urdido a las mil maravillas, ¡y por un pequeño descuido ha saltado por los aires! ¡Si hubiera vuelto a poner en hora las agujas de ese reloj, yo nunca habría sospechado de usted!

—Y, en cambio, ahora... —insinuó Giacomo con insolencia.

—¡Ahora sé quién asesinó a Garlini!

—¡Pura imaginación! Tengo una coartada; puede confirmarla. Y además... ¿por qué lo habría de asesinar? Apenas sabía quién era...

—¿Y el dinero?

—¿Qué dinero? ¿Cree que alguien que mata a un hombre para robarle dejaría en su bolsillo quinientas liras?

Ante esas palabras, el conde, que hasta ese momento había guardado silencio ante esa escena a la que asistía con ansiedad reprimida, se levantó con un salto y avanzó hacia el criado.

También Aurigi se sobresaltó.

Sin embargo, De Vincenzi los frenó con un gesto para evitar que hicieran ninguna pregunta.

—¿Cómo puede saber —preguntó, mirando fijamente a Giacomo a los ojos— que Garlini tenía quinientas liras en la cartera?

Giacomo quedó desconcertado durante un instante, pero, en el momento en el que todos esperaban que callara o que se valiera de alguna frase ambigua, estalló a reír. Sacó del bolsillo un periódico, lo desplegó y lo colocó

abierto encima de la mesa.

—Lea ahí... —dijo con calma—. Lea y verá cómo todos pueden saber que entre las pertenencias del cadáver se encontró una cartera de frac con quinientas liras y algunas tarjetas de visita.

De Vincenzi dio una breve muestra de la rabia que sintió. El conde regresó al sillón con los puños cerrados.

Giannetto volvió a recostarse, dominado una vez más por su dramática apatía.

Y Maria Giovanna, que no había escuchado ni visto nada de lo sucedido, siguió pensando en lo destrozado que estaba su corazón y su vida, y en el pobre Remigio, a quien ella amaba...

CAPÍTULO 14

LA REUNIÓN

¡Ese hombre sabía defenderse!

Pero la rabia desapareció rápidamente del rostro de De Vincenzi. ¡Demasiado hábil! Se había traicionado a sí mismo.

—¿Cuándo leyó usted ese periódico? —preguntó el inspector, retomando el interrogatorio.

—Esta mañana...

—Aquí, en esta casa, no había periódicos. No ha podido hacerse con uno mientras estaba en la habitación de al lado. Por lo tanto, lo tenía y lo ha leído antes de llegar aquí. Eso es así.

El criado no comprendía. Preguntó con naturalidad:

—¿Y si así fuera?

—¡Oh! ¡Nada! —dijo el inspector con una ligera sonrisa—. Pero precisemos: ¿usted admite haber leído ese periódico antes de entrar aquí, hace seis horas?

—Sí. Lo leí, y no entiendo qué importancia pueda tener...

—Entonces, ¿por qué fingió no saber nada cuando lo interrogué? ¿Por qué entró en casa como si nada hubiera sucedido? ¿Por qué se mostró indiferente, como aquel que desconoce todo y tiene la conciencia tranquila?

Las preguntas se sucedieron rápidas e insistentes.

Giacomo estaba claramente afectado. Guardó silencio. Miró a su alrededor, como un animal enlazado. Sus ojos estaban encendidos.

Por última vez en aquel día lleno de acontecimientos dramáticos, el agudo, inocente y desavisado timbre de la puerta de entrada sonó con

insistencia. Como pasó las otras veces, todos se sobresaltaron.

De Vincenzi volvió la mirada hacia la puerta casi con ira. Después miró a Giacomo y el rostro se le iluminó. Se le había ocurrido una idea. Se dijo a sí mismo: «¡Esta es la única manera!».

Y ordenó al criado:

—Retomaremos la conversación más adelante. Ahora, vaya a abrir la puerta.

Como si hubiera comprendido que el inspector le estaba tendiendo una trampa, el hombre titubeó. Hizo una mueca. Miró de nuevo a su alrededor y a continuación, sin apresurarse, se dirigió hacia el recibidor.

Marchionni cerró los puños e hizo ademán de seguirlo:

—¿Qué hace? Él es el culpable. Huirá.

De Vincenzi detuvo al conde con un gesto brusco. Lo clavó en el sitio con la mirada.

Giacomo, mientras tanto, había abierto la puerta y se había apartado para dejar paso al juez instructor, seguido por el secretario. Después cerró la puerta y entró en su habitación.

El juez instructor avanzó rápido y sonriente. Era un hombre de unos treinta años, con un rostro corriente y un aspecto corriente. Llevaba las gafas apoyadas en la nariz y, como con cierta frecuencia se le resbalaban, él, con un movimiento rápido y mecánico, como si fuera un tic nervioso, las volvía a colocar en su sitio.

En cuanto entró en el salón, miró el rostro de los tres hombres y apenas vio a Maria Giovanna, que no se había levantado del sofá.

—¿El inspector? —preguntó.

De Vincenzi hizo una inclinación.

—A sus órdenes, señor juez...

—¿Y bien? ¿Se han tomado medidas? Me parece un crimen de fácil solución, ¿verdad? Y, además... —añadió con ironía—, seguro que usted tiene novedades, como ya me anunció antes.

Se colocó las gafas y observó al conde y a Maria Giovanna, la cual, sobreponiéndose a su parálisis, se levantó con lentitud.

—¿Y estos señores?

—El conde Marchionni y su hija —presentó De Vincenzi.

—¿Testigos? —preguntó el juez, mientras estrechaba la mano del conde. El inspector adoptó una ligera expresión de triunfo.

—Creo que se puede prescindir de ellos...

—¡Ah! —exclamó el juez, mirándolo fijamente. Después susurró—: Bien, bien.

Se acercó a la mesa y se sentó, haciendo señas al secretario para que se sentara junto a él.

El secretario sacó de una cartera de piel algunos papeles y los puso sobre la mesa.

De Vincenzi se había colocado de forma que pudiera ver la puerta de entrada. Tenía los ojos fijos, sobre todo, en la puerta de la habitación del criado. Si sus cálculos eran correctos, ahora debía producirse el acontecimiento decisivo. Mientras tanto, debía ganar tiempo.

Por eso habló:

—Un crimen común, concebido y ejecutado extraordinariamente. Los franceses llaman a los crímenes de este tipo *crapuleux*... Pero este tiene rasgos especialmente inteligentes. El móvil ha sido un robo... Un robo corriente de dinero.

Ante estas palabras, Marchionni y Giannetto, que sabían que se habían encontrado quinientas liras en la cartera de Garlini, se quedaron estupefactos.

De Vincenzi, manteniendo siempre el recibidor en su campo de visión, percibió esa reacción y sonrió.

—Esta mañana, antes de venir aquí —dijo volviéndose hacia Aurigi— yo también di un paseo y visité el Banco Garlini en Piazza Cordusio. Interrogué a los empleados del banco y descubrí que ayer por la tarde Garlini había retirado de la caja fuerte veinte mil liras y se las había metido en el bolsillo. Puesto que he verificado que ese dinero no estaba en su casa, es evidente que anoche lo llevaba encima.

Se giró de nuevo hacia el juez.

—Esta certeza me ha permitido excluir el móvil pasional y considerar, en cambio, el móvil común. Claro..., al principio, cualquiera habría seguido la pista del recibo de medio millón... y habría cometido un error irreparable. Si dejar las quinientas liras en la cartera fue una idea brillante, capaz de desviar las primeras investigaciones, también se engloba en el cuadro general de la

premeditación, de la inteligente y precisa planificación. El ladrón no solo ha asesinado, sino que ha asesinado preparando una red de pruebas tan tupida contra otras personas que las sospechas hacia él habrían sido imposibles... si el reloj de pared no hubiera marcado las horas y yo no hubiera contado sus campanadas...

Señaló con el dedo el reloj de péndulo sobre la chimenea, que ahora marcaba las cinco de la tarde.

—¿Ve, señor juez? Las cinco, cuando en realidad son las cuatro. Esta mañana marcaba las once, cuando eran las diez..., las once menos una...

Hizo una pausa. El recibidor seguía vacío. ¿Estaría equivocado? Por un momento, temió que Giacomo hubiera salido por otra puerta, pero se dijo que eso era imposible. Se había registrado el apartamento a conciencia. Y, en cuanto a las ventanas, no cabía pensar que ningún hombre saltara los veinte metros que lo separaban del suelo.

—¿Quiere, señor juez —continuó—, conocer los hechos inculpatórios para ordenar la detención del acusado y proseguir serenamente con su imputación?

—¡No quiero otra cosa! —dijo el juez, que no entendía la locuacidad del inspector.

—Aquí los tiene: un reloj una hora adelantado; un revólver en un cajón cerrado; la admisión espontánea y no inducida del presunto culpable de haber escuchado una conversación en esta habitación durante la tarde de ayer; una llamada telefónica realizada a la Comisaría Duomo para hacer que se descubriera al asesino cuanto antes, durante esa misma noche; finalmente, unas huellas dactilares que podrían revelarnos muchas cosas, aunque también podrían no revelarnos nada.

«¡Son todos iguales!», pensó el juez. «Estos inspectores son todos unos charlatanes, unos presumidos, siempre tan seguros de sí mismos. Investigan, descubren y no aportan nunca pruebas irrefutables, ¡y luego es el pobre juez quien se mete en un lío!».

—Ya veo... —murmuró, colocándose las gafas.

¡Pero no veía nada!

—Bien, bien... Pero son pistas, hasta ahora... Bien expuestas, pero solo pistas. ¡Ninguna confesión! ¿Y si usted se equivocara, estimado inspector? ¿Y si estuviera siguiendo las huellas engañosas de una fantasía juvenil para

obviar las más sólidas y reales? Por el contrario, a mí me parece que el asesino, si nos atenemos al nombre escrito en esta puerta, a las cuentas del banco y a las vidas de Garlini y del presunto culpable... el asesino, por así decirlo, ¡ha firmado su propio crimen!

Giannetto no se había turbado. Sabía demasiado bien que las pruebas, claras como el agua, lo inculpaban. Pero la verdad es que hubiera preferido que este martirio terminara de una vez y que lo acusaran, que lo condenaran. No se veía capaz de retomar su vida de antes, ahora que sentía su alma perdida y el corazón hecho pedazos.

—¡Cierto! —respondió De Vincenzi al juez, inclinando la cabeza.

Había dejado de sentirse tan seguro de sí mismo. Lo que había previsto que sucedería no había sucedido. ¿Podía haberse equivocado? ¿Y si todas las pruebas que inculpaban al criado, así como antes habían inculpado a los demás, se dirigían contra un inocente por un capricho del azar?

El inspector sabía perfectamente que se estaba jugando su puesto y su carrera. Ese hombrecillo delgado, con las gafas nunca quietas, debía de ser muy perseverante en sus ideas. ¿Cómo podía convencerlo?

Miró al recibidor y a la puerta de la habitación del criado con el corazón en un puño.

De repente, el rostro se le iluminó.

Había visto aparecer a Giacomo por la puerta, con el abrigo puesto y el sombrero en la mano. Miraba a su alrededor y dudaba.

De Vincenzi se giró al instante, para no darle a entender que lo había visto, y comenzó a hablar. Elevó la voz e hizo el mayor ruido posible, de forma que nadie, salvo él, pudiera oír los pasos del asesino.

—¡Efectivamente! Todo cuanto dice es absolutamente razonable. El nombre en la puerta..., las cuentas del banco..., la vida de Garlini..., sobre todo, la vida que llevó en los últimos meses el presunto asesino... Muchos hechos, muchas pruebas... Pero algunas veces, señor juez, los hechos son engañosos y las pruebas mienten... ¿Qué necesitamos para estar seguros? Sí, ¿qué necesitamos?

Oyó los pasos acercarse a la entrada, los goznes de la puerta chirriar con enorme lentitud. Percibió el ligero chasquido de la cerradura al cerrarse la puerta. Respiró aliviado y habló con la voz cambiada.

—Pero la verdad es esta, señor juez: un asesino nunca firma su propio

crimen.

Con tono triunfal, continuó:

—No, señor juez, un asesino nunca firma su propio crimen, pero a veces sí firma su confesión. ¡Y nuestro asesino ha confesado!

El juez se sobresaltó hasta tal punto que las gafas aterrizaron sobre la mesa.

Entornando los ojos miopes, se acercó al inspector.

—¡Ah! ¡Ha confesado! ¿Ha dicho eso? Pero si hace un momento decía, en cambio...

—¡Hace un momento no había confesado! Acaba de confesar ahora mismo: ha huido...

—¿Ha huido? —gritó el juez, levantándose—. ¿Qué dice?

Miró a su alrededor muy asustado. Ninguna de las personas que estaban en el salón se había movido de su sitio.

—¿Quién ha huido?

Con naturalidad, casi como si estuviera diciendo algo obvio y fácil, el inspector respondió:

—Giacomo Machi, el criado, el asesino...

El juez lo miró estupefacto.

—¡Pero si ha sido él quien me ha abierto la puerta! Al menos, imagino que ha sido él, porque el hombre que la abrió tenía aspecto de ser el criado. ¿Cómo sabe que acaba de huir?

—Lo he visto a través de este espejo...

Y De Vincenzi señaló un espejo colgado en la pared, a través del cual podía verse la puerta de entrada.

Ahora el juez sí que estaba asombrado. Levantó los brazos al aire.

—¡Ah! ¡Por Dios! ¿Lo ha visto huir y no ha reaccionado? ¿A qué espera, ahora, para mandar que lo persigan?

—Espero a que esté lejos..., a que intente esconderse..., a que firme, clara como el agua, su propia confesión... Esta era la única manera que tenía de hacerle confesar: darle la posibilidad de huir. Él es un hábil granuja, pero ha caído en la trampa que le he tendido. No irá muy lejos, téngalo por seguro...

Miraba al juez, que no era capaz de reponerse, y sonrió. A continuación,

tomó su brazo con suavidad.

—Siéntese, señor juez... Le ruego que se siente otra vez.

Como dominado por la tranquila seguridad del inspector, el juez se sentó. De Vincenzi se colocó frente a él y siguió hablando:

—Perfecto, ahora escúcheme. Le explicaré cómo Giacomo Macchi mató al banquero Garlini.

Hizo una pausa y evitó mirar a su alrededor, consciente de que detrás de él había tres almas en pena a las que sus palabras no iban a aportar ningún consuelo, porque su tragedia iba más allá del crimen cometido por otros: la llevaban dentro. Después, continuó:

—¿Qué es un crimen, señor juez, cuando no es pasional? ¡Una obra de arte! ¡Una obra perversamente, criminalmente artística! Y por obra artística entiendo una composición de la imaginación, sobria y concisa en su forma, equilibrada en sus elementos constitutivos, compacta y lógica, clara y armoniosa, tensa y vibrante. Pues bien, nada puede ser más artístico que el modo en el que se ha concebido este crimen y se ha ejecutado... ¡Escuche, señor juez! Estos son los antecedentes: una maraña de intereses materiales y pasionales hacen que al menos dos personas quieran matar a una tercera. Una de estas dos personas, en un estado de completa desesperación, se dice a sí misma, y quizá a otros: «Estoy en la ruina, lo voy a matar», y cita a la tercera, la víctima, en su casa a medianoche... en esta casa, quiero decir, y anoche. De este encuentro y del estado de desesperación en el que está sumida la persona de la que hablamos (digamos su nombre, señor juez: Giannetto Aurigi) se entera su criado, Giacomo Macchi, un delincuente que ya se las ha visto en numerosas ocasiones con la justicia. Es astuto e incluso extraordinario. Sabe que su señor ha llegado al punto de ser capaz de cometer un crimen, y cree poder anticiparse para aprovecharse de ello y lograr que todas las sospechas recaigan sobre él... ¿Me sigue, señor juez? Entonces, ¿qué hace? ¡Oh! Sencillamente, esto: sabe que su señor nunca lleva reloj, por lo que, valiéndose de esa información, que parece insignificante pero que resulta capital, se esconde después de haber adelantado una hora el reloj de péndulo de este salón. Piensa: si Aurigi vuelve antes y mira este reloj, pensará que ha llegado tarde a la cita y que Garlini ya se habrá ido... Así, el asesino se pone en manos del azar. Si el azar le es favorable, Aurigi saldrá de casa otra vez y él tendrá el campo libre... Y es justo eso lo que ha ocurrido,

señor juez... ¿Lo comprende ahora?

Y De Vincenzi continuó con el relato, detallado y sereno, de la reconstrucción que había hecho del crimen.

EPÍLOGO

Unos dos meses después de aquellas veinticuatro horas en las que se habían desarrollado los trágicos acontecimientos que hemos narrado, el inspector De Vincenzi se hallaba en su oficina de jefe de la Brigada Móvil, en San Fedele.

Eran las diez de la noche. Fuera, la ciudad vivía con alegría, en sus calles, plazas y lugares públicos, el jueves de ese carnaval notablemente más largo que el de otros años.

De Vincenzi, encerrado en esa sórdida habitación, delante del escritorio manchado y lleno de quemaduras de puros y cigarrillos, de los sillones gastados, del teléfono negro y resplandeciente, parecía leer el periódico. Debajo del periódico, que tenía desplegado encima del escritorio, había un libro abierto.

Tenía la mirada distraída. Una extraña sonrisa iluminaba ligeramente su rostro.

Volvía a verse en la bonita habitación, con pocos muebles antiguos y valiosos, del último piso, en el pasillo que conducía a los dormitorios de los criados. Un joven rubio, de ojos claros y leales, frente amplia y luminosa, lo invitaba a entrar con sencilla y espontánea amabilidad: «Pase... Imaginaba que volvería a verlo muy pronto... ¿Entonces? ¿Ha descubierto algo?».

Y acto seguido ese joven rompió a llorar —un llanto convulso, agitado, ruidoso—.

«¡Pobre muchacho!», pensaba De Vincenzi. Había pasado unas horas muy angustiantes y, antes, unos meses y unos años de sufrimiento. Pero ahora, por fin, era feliz. ¡Esa mañana de marzo, justo ese jueves lardero, se había casado con Maria Giovanna!

Esa felicidad era mérito, en parte, de De Vincenzi. No solo porque había

salvado a Maria Giovanna de la ruina y de aquel terrible crimen, liberando a Giannetto Aurigi de cualquier sospecha, sino también porque, la misma tarde de aquel día en que había terminado su relato al juez instructor y había hecho detener al asesino —que, seguido por Cruni, no pudo llegar muy lejos en su huida—, De Vincenzi mantuvo una larga conversación con el conde Marchionni.

Una conversación difícil.

El anciano caballero no sabía nada del amor de su hija. Ni siquiera su mujer se había atrevido a revelárselo. En un primer momento reaccionó con dureza, pero, al igual que su hija, él acababa de pasar una prueba demasiado terrible como para obstinarse firmemente en algo que no le habría traído más que disgustos.

Y aceptó, lo que significaba renunciar a la esperanza de un matrimonio ventajoso para Maria Giovanna y al sueño de reconstruir su antigua fortuna gracias al dinero de un hipotético yerno.

Vendió su palacio y, una vez pagadas todas las deudas, le había quedado la pequeña renta de unas tierras de Comasco, donde se había retirado a vivir como un caballero rural, en soledad, junto a su mujer y su hija.

Ahora, Maria Giovanna se había casado.

Remigio Altieri había sido contratado por un periódico como redactor. El joven tenía ingenio, buena voluntad y era íntegro. Podría labrarse una carrera.

Eran felices.

En la invitación de boda que le enviaron había una tarjeta blanca, en medio de la cual podía leerse solamente el nombre de los esposos —una boda sencilla y casi clandestina, porque el anciano conde había soñado con otro tipo de evento y no había sido capaz de olvidarse completamente de sus aspiraciones—, y sobre ella Maria Giovanna escribió de su puño y letra:

«A nuestro buen amigo y salvador, con afectuoso agradecimiento».

¡Esos dos habían encontrado su sitio!

Y De Vincenzi sonreía.

Todos los dramas humanos, por muy terribles que sean, siempre se cierran con señales de una nueva vida, de un renacimiento. ¿No es acaso la muerte lo que hace germinar la vida? ¡Incluso el ciprés es un árbol verde!

De Vincenzi pensaba en todas estas cosas y se detenía, casi con

obstinación, en el recuerdo de aquellos dos jóvenes. Se imaginaba su felicidad, alcanzada con tanto esfuerzo; los veía delante de sus ojos... porque no quería pensar en el triste héroe de esta historia, su amigo de la infancia... desaparecido.

Una vez cerrado el apartamento de la Via Monforte, que había dejado vacío, tras haber vendido todos los muebles, Giannetto Aurigi se había ido.

¿Adónde?

De Vincenzi no lo sabía, y sufría por ello.

Para Aurigi, el golpe había sido fuerte: una de esas penas que desgarran el corazón irremediablemente; que muestran un lado cruel de la existencia humana, jamás antes conocido. Fue más fuerte incluso porque Giannetto no sabía lo profundo que era el amor que sentía por su prometida.

De Vincenzi lo había buscado y ordenado buscar por todas partes. Quizá había ido al extranjero, quién sabe adónde, y no volvería a saber de él.

O quizá en algunos años volvería a verlo cambiado, puede que envejecido, pero curado; se le aparecería rollizo, más pesado, para decirle con una sonrisa:

«¿¡Quién se acuerda de todo eso, amigo mío!? ¡El mundo está lleno de mujeres de todo tipo, tan bellas como quieras y dispuestas a amarte!».

Siempre que no se hubiera echado a perder con las mujeres, y no llevara una vida de abyección moral y orgías degradantes...

En ese momento llamaron a la puerta. De Vincenzi sintió una punzada de impaciencia, pero justo después pensó: «Me ayudará a distraerme...».

Tras colocar el libro, que estaba encima de la mesa, en el cajón, con un movimiento que nunca olvidaba, y que le recordaba a la reacción de los estudiantes ante la imprevista llegada del profesor, dijo:

—¡Adelante!

Por la puerta apareció Giannetto Aurigi.

—¡Ah! —exclamó De Vincenzi, casi sin creer lo que estaba viendo—. ¿Tú? ¿De dónde sales?

El rostro de Giannetto parecía serio, pero sereno y tranquilo.

Avanzó despacio, sin responder. Dejó el sombrero y el bastón en una silla y se sentó enfrente de su amigo, que se había levantado y lo miraba.

—Vengo a despedirme, amigo mío. Sabes que nunca me habría ido sin

decirte algo, a ti, a quien casi te debo la vida... Mañana me voy.

—¿No te habías ido ya? —preguntó De Vincenzi con divertido asombro—. ¿Dónde has estado estos dos meses?

—En Milán —respondió—. No tenía ganas de ver a nadie. ¡He atravesado una profunda crisis! Me habría podido perder para siempre. Creí que perdía la razón. La vida ya no tenía ningún sentido para mí. Me decía: «¿Por qué no terminas con todo?». Entiende que, con estos pensamientos en la cabeza, no tenía ganas de salir, ni de ver a amigos, ni de conversar con nadie...

De Vincenzi escuchaba.

Él hablaba con voz sosegada. También esas palabras de desesperación las pronunciaba calmado, reflexionando. Estaban lejos de él, ya no le afectaban. Se adivinaba que había superado ese estado de ánimo, que podía describir justamente porque ya no era su estado de ánimo actual.

—¿Y bien? —preguntó el inspector, tras un silencio—. ¿Ahora?

—¡Oh! —dijo Giannetto, sonriendo—. Ahora todo ha quedado atrás. Mañana me voy. ¿Sabes adónde?

El inspector se encogió de hombros.

—Marcho para Abisinia. Tú sabes que soy teniente de artillería, como tú, por lo demás: estuvimos juntos en la guerra. Pues bien, he solicitado mi reincorporación al servicio activo y mi desplazamiento a la colonia, y han aceptado. Mañana zarpo desde Génova. ¿Qué te parece?

—¡Has hecho bien! —exclamó De Vincenzi.

—¡Sí, he hecho bien! Sé que es una buena decisión, sobre todo porque tenía la imperiosa necesidad de sentirme útil de cara a los demás; bueno, enérgico, incluso valiente. Cuando nos sentimos golpeados en lo más profundo de nuestro ser por alguna pena, inmerecida en apariencia, cruel y amarga, entendemos cuánto necesitamos a los demás, y cómo toda la alegría de la existencia se basa en vivir para ellos. ¿Me comprendes?

Sí. De Vincenzi, que en el fondo, día tras día, hora tras hora, no vivía para otra cosa que no fueran los demás, lo comprendía bien.

—Yo no lo había comprendido hasta ahora. También luché en la guerra con entusiasmo, pero sin sentirla. Combatía por mi patria, por mi tierra, pero siempre con un sentimiento, que podría llamar egoísta, de defensa de mi propiedad. Zarpo sabiendo que, si he de combatir, combatiré por los demás,

por aquellos que siento como mis hermanos, a quienes les debo todo. ¡La idea de patria! ¡La grandeza de mi stirpe! ¡Parecen solo frases y palabras! Pero son sentimientos profundos que pueden dormirse en nuestro interior, pero que no mueren nunca. ¡Sí!... Sentimientos que nos hacen existir, que nos dan fuerza ante las aflicciones, por muy intensas que estas sean. ¿De qué valemos nosotros individualmente, tomados uno a uno como conjuntos de moléculas vivas? De menos que nada, si no actuamos, si no producimos, si no vivimos para contribuir con nuestras escasas fuerzas a la vida general, al orden general de la creación. ¡Ruedecillas somos, nada más! ¡Y las ruedecillas, cuando se oxidan, cuando ya no sirven, se cambian, y las oxidadas se tiran...!

Hizo un gesto con la mano, como si de verdad quisiera tirar algo lejos de él.

Después, sonrió afectuosamente.

—¡Espero ser todavía capaz de hacer el bien!

Se levantó y tendió la mano a De Vincenzi.

—¡Adiós, querido amigo!... Espero que ahora no te arrepientas de haberme salvado de mi infortunio.

Se dieron un abrazo.

Cuando Giannetto hubo salido, De Vincenzi se percató de que había lágrimas en sus ojos.